









AÑO 13.

NUM. 154.

LA  
ESPAÑA MODERNA

---

**Director: JOSE LAZARO**

**OCTUBRE, 1901**



**MADRID**

**ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO**

*Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020.*



*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*





# SU MAJESTAD

NOVELA

(CONTINUACIÓN)

X

Era una de las históricas habitaciones del castillo de Vaza; una sala sombría en donde los Emperadores de Liparia, siempre que fueron huéspedes de los Duques de Iemena, habían dormido en un antiguo lecho completamente dorado, alto, con cinco peldaños, bajo una corona imperial sostenida por ángeles; la habitación estaba vestida con espesos cortinones de terciopelo azul obscuro. En ella estaban colocados los retratos de todos los Emperadores y Emperatrices que allí habían reposado; los Duques de Iemena fueron siempre los favoritos de sus Príncipes, y el orgullo de la familia ducal consistía en que todo Emperador de Liparia hubiese pasado una noche al menos bajo el techo del castillo. No había mueble, ni adorno, ni objeto, al que no estuviese unido algún recuerdo histórico, y las tradiciones de la casa mostrábanse una á una ante Othomar, en cuanto penetró en el cuarto.

El Príncipe estaba sumamente cansado, pero no tenía sueño. Pesábanle los miembros como si fueran de plomo, dolíanle las articulaciones, y le corría por todo el cuerpo un estremecimiento nervioso; vibraba como cuerda pulsada. Los ocho días pasados en Altara, los cinco en Vaza y las excursiones



por los alrededores, le habían fatigado excesivamente. Durante el día no había tenido tiempo de resentirse del cansancio; pero por la noche, en la hora del descanso, hallábase abrumado, sin poder conciliar un sueño reparador.

Estaba acostumbrado á su cama de campaña, en la que dormía en la austera habitación del palacio imperial, cama en la que reposara desde la infancia. Los lechos de gala del palacio episcopal de Vaza y del Castillo producíanle una impresión extraña y desagradable. Sus ojos permanecían abiertos, su mirada seguía los pliegues de los cortinones, y escrutaba las sombras proyectadas por la pálida luz de una lámpara de plata. Le zumbaban fuertemente los oídos.

Y le parecía muy extraño encontrarse en aquel lecho en el que también habían reposado sus antepasados. Veíalos á todos. Y él, ¿qué era? Un átomo de vida, un resto de ceniza nacida de todos ellos, uno de los últimos eslabones de la larga cadena que resaltaba al través de los siglos y le unía á los orígenes misteriosos, místicos, casi sagrados, legendarios, al mismo San Ladislao. ¿Continuaría, después de él, otra cadena que se prolongaría en el porvenir? O quizá... ¿A dónde conduciría la renovación sin fin, eterna, de la vida? ¿Cuál sería el fin, el supremo fin?

Entonces, ante él, se presentó de nuevo la noche pasada en la plaza de Santa Teresa, los tres cañonazos del fuerte y el poderoso rumor de una masa negra que se aproximaba y que parecía un mar. ¿Le zumbaban los oídos, ó era realidad aquel rumor? ¿Bramaba, tal vez, en respuesta á su pregunta acerca del supremo fin, el negro porvenir con el mismo rumor de aguas amenazadoras que nada podría contener?... Los diques están atravesados de parte á parte, han desaparecido todos los trabajos de defensa, y el flujo avanza inexorable, con su negra frente de ruda fatalidad; y las sombrías ondas de la inundación se extienden como un sudario sobre todo lo que debe terminar, llegan hasta la cumbre en donde se encuentran aquellos soberanos, que imperan por la gracia de Dios y de



San Ladislao; el Emperador reinante está en aquel trono que cuenta tantos siglos de edad, con la corona y el cetro, y el globo imperial en mano; y el flujo no parece saber que aquellos soberanos fuesen sagrados, divinos, inviolables; ni menos parece cuidarse de la enorme, estruendosa profanación, porque indiferente, incrédulo, extiende sus ondas negras sobre aquéllos, sepultábalo todo, y del Imperio apenas si queda una leyenda al aparecer el nuevo día que se alza sobre el sombrío mar...

Al Príncipe se le aparecían sus antepasados como sombras, leyendas, mentiras, que ya la tradición no protegía. Parecíanle fantasmas, enemigos... Abría sus brillantes ojos y miraba los rígidos rostros de sus antepasados, que volvían y se dirigían hacia él, circundándole, abrumándole, atenazándole, quitándole el aire... ¡Horrible pesadilla!

Entonces tuvo miedo como un niño á quien se han contado lúgubres historias, miedo de aquellos fantasmas de Emperadores, miedo de aquellas visiones que, como á la luz de un relámpago, le representaban las escenas de la inundación— los prados con los cadáveres, los marineros que pescaban la mujer. De repente los cadáveres comenzaron á reír á carcajadas, haciendo muecas, con las órbitas vanas, y llegó á creer que se volvía loco, que aquella cámara, llena de Emperadores, le sofocaba con su asfixiante atmósfera.

—¡Andrés, Andrés!—gritó con mortal angustia.

—¡Andrés, Andrés!

Se abrió la puerta de la cámara y Andrés entró asustado, vestido apenas. Esta aparición real disipó las visiones nocturnas, y los fantasmas recobraron su primitiva forma en los retratos.

—¡Señor!

—Andrés, ven aquí.

—¿Qué sucede, señor? ¿Qué ha ocurrido á Vuestra Alteza?...

Pensaba...

—¿Qué?



—Nada, señor; pero tenía Vuestra Alteza un acento tan aterrorizado... ¿Qué ha sucedido?

—No lo sé, Andrés; estoy enfermo me parece, no puedo dormir...

El criado enjugó con un pañuelo la sudorosa frente de Othomar.

—¿Tiene necesidad de algo Vuestra Alteza? Desea agua...

—No, gracias, gracias... Andrés, ¿no podrías venir á dormir aquí?

—Si lo desea Vuestra Alteza...

—Sí, aquí, á los pies de la cama. Me siento mal, Andrés... Trae tus bártulos.

Andrés le miró. No tenía muchos más años que su amo, á cuyo servicio estaba desde la niñez y á quien adoraba con la adoración de los humildes hacia una majestad; sentíase ligado á él completamente; sabía que el Príncipe no era fuerte, pero que jamás se quejaba... Salió furioso para buscar sus colchones.

—¡Sus acompañantes tienen la culpa!—exclamó con rabia que no pudo contener.—El General Ducardi cree sin duda que todos tienen como él la piel de foca.

Y murmurando entre dientes, volvió con un colchón que extendió sobre los peldaños del lecho regio.

—¿Tiene fiebre Vuestra Alteza?—preguntó.

—No... sí, tal vez; un poco. Esto pasará, Andrés. Estoy... —No se atrevió á concluir.

—Estoy un poco agitado—continuó.

Y sus angustiadas miradas giraban por la habitación, en la que los Emperadores permanecían tranquilos.

—¿Quiere Vuestra Alteza que venga un médico de Vaza?

—No, no, Andrés, no, de ninguna manera. Te has alterado. Ven á dormir aquí, á mi lado.

—Primeramente trataré de dormir á mi «Principito»—dijo, empleando ese diminutivo, que salió de sus labios como una caricia.



Othomar le dirigió una sonrisa y dejó que le arreglase las almohadas con el esmero y la dulzura de una nodriza.

—¡Qué cama!—murmuró Andrés.—Parece un catafalco.

Después se echó, pero sin dormirse; y cuando al cabo de un rato le preguntó Othomar:

—¿Duermes, Andrés?

Respondió:

—Sí, señor, casi.

—¿No oyes algo que brama en el campo? ¿Me engaño, ó es agua?

El criado escuchó.

—No oigo nada, señor... Vuestra Alteza está excitada.

—Coge una silla y ven junto á mi cabecera.

Andrés obedeció.

—Y deja que te coja las manos... Así...

Al fin Othomar cerró los ojos. En sus oídos continuaba sin interrupción el mismo ruido. Pero enmedio de aquel rumor, mientras que la luz desaparecía de su cerebro, el Príncipe heredero de Liparia se durmió, con su mano fina entre las toscas manos del criado, que velaba el sueño de su amo; sueño agitado, con contracciones de labios y estremecimientos de cuerpo; para tranquilizarlo, Andrés acarició suavemente la frente, que ardía, murmurando con acento rudo, pero lleno de compasión y de afecto:

—¡Pobrecito Príncipe!

Alboreaba; parecía que la luz luchaba contra los cortinones de las ventanas.

## XI

A la mañana siguiente, la Duquesa y sus huéspedes estaban ya en el comedor para tomar un ligero almuerzo, cuando Othomar entró el último, seguido de Dutri. Vestía el uniforme



azul, blanco y plata, y saludó sonriendo, pero con rigidez; Herman le estrechó la mano, los demás saludaron y la Duquesa le hizo una profunda reverencia.

—¡Qué pálido está el Príncipe!—dijo Leoni á Ducardi.

Y en efecto, el Príncipe estaba lívido y su mirada era vaga; sin embargo, se contenía; comió un poco de pescado y probó unas perdices. Pero su abatimiento era tan visible, que el mismo Ducardi, desde el otro lado de la mesa, le preguntó con dulzura:

—¿No se encuentra bien Vuestra Alteza?

Todas las miradas estaban fijas en Othomar, el cual quiso disimular, y respondió:

—No tengo nada.

—¿No ha dormido bien Vuestra Alteza?—insistió Ducardi.

—No, no muy bien.

Othomar no pudo menos de declararlo así, sonriendo.

Volvió á entablarse la conversación animada por la Duquesa; pero cuando, después del almuerzo, llegó el momento de la marcha, Ducardi dijo:

—Lo mejor será que no salgamos, señor.

Othomar pareció sorprendido; no comprendía la razón de aquello.

—Vuestra Alteza me parece un poco fatigada—volvió á decir Ducardi, y añadió, como para excusar al Príncipe:—No tiene nada de extraño el que estos últimos días hayan cansado un poco á Vuestra Alteza. Si Vuestra Alteza me lo permite, le aconsejaré que se repose hoy.

Esta grata esperanza de un poco de reposo había ya halagado al Príncipe; experimentaba tal placer ante esa idea, que no podía combatirla mucho tiempo; pero, no obstante, su deseo flaqueaba ante el recuerdo de su padre; sería una vergüenza que su padre se enterase de aquel desfallecimiento en presencia de todos.

Y de ninguna manera quería que se quedasen todos; reposaría si lo juzgaban necesario, pero solicitó con insistencia



que el Príncipe Herman y todos los demás hiciesen la expedición proyectada.

Y dijo esto con juvenil altanería, regocijado ya por completo, con el pensamiento de aquella jornada de descanso— ¡un día entero con el que no había contado!;—pero tenía miedo de que se clareasen demasiado sus propios sentimientos, y aparentaba estar incomodado, como si guardase rencor á Ducardi por su consejo.

Partieron aquellos señores. La Duquesa condujo ella misma á Othomar á la parte Oeste del castillo, é insistió para que descansase en su gabinete. Desde las ventanas de la galería, Othomar vió á Herman y á sus acompañantes, que se alejaban; les siguió un momento con los ojos, después volvió á entrar con la Duquesa, y en el patio interior vió á un mozo que conducía á la cuadra, acariciándolo en el cuello, el caballo que le habían destinado. Asaltáronle en un momento diversos sentimientos, la alegría del descanso, unida á un poco de angustia y de confusión.

La Duquesa le dejó solo en el gabinete. Al exterior, todo era calma, una paz infinita, las cabras seguían rumiando. La tranquilidad del gabinete de una mujer de mundo, con su opulencia silenciosa, tapizado de seda, la molicie que se desprende de los muebles, el brillo de los adornos, de todos aquellos objetos preciosos, deslizaban en él una languidez imperceptible, indefinible, como producida por las suaves emanaciones de una flor delicada: por el mismo perfume de la mujer. El ocio de aquel momento produjo en Othomar un efecto algo extraño, y proporcionó á su mente una ligera sorpresa. Se comparó á un caballo furioso, que se tranquiliza repentinamente.

Se sentó un instante y se puso á mirar las cabras. Se levantó después, preguntándose si debía llamar; pero prefirió buscar él mismo; en el lindo escritorio de la Duquesa, de laca del Japón con incrustaciones, encontró un pliego de papel y un lapiz, y escribió:



«*A Su Majestad Imperial Isabel, Emperatriz de Liparia.*»

Castillo-Vaza, Abril 18...

»No te asustes si los periódicos, con sus exageraciones, dicen que estoy enfermo. Estaba un poco cansado, y el General Ducardi ha marchado con los demás; espero realizar con ellos mañana nuestra segunda expedición. Pasado mañana iremos á Lycilia.

»OTHOMAR.»

Llamó y dijo al criado que se presentó:

—Que venga Andrés, mi ayuda de cámara.

Este vino pocos instantes después.

—Andrés—dijo Othomar,—pide un caballo; vete á Vaza y manda lo más pronto posible este telegrama á Su Majestad Imperial.

Andrés salió, y Othomar sintió que nuevamente le invadía aquella extraña molicie.

El sol iluminaba el parque, y la piel de los ciervos brillaba como raso de color obscuro. Othomar volvió á evocar los últimos quince días. Ante la gran catástrofe que abrumaba al país, su corazón se henchía de compasión. Durante toda la semana había experimentado la misma sensación de descorazonamiento al pensar en tantas desgracias que no podía remediar; volvió á experimentar esa sensación, como le sucedía siempre que estaba solo y podía reflexionar. Sentíase pequeño, insignificante, sin poder hacer nada, y había algo que daba vueltas en su alma, que le caía desde una altura incalculable, enervándole, matando en él la energía y la voluntad. Y este sentimiento de desesperación por la horrible miseria que asolaba á todo el Imperio, pesaba en él con un peso infinito.

Importantes huelgas habían estallado en las minas de mercurio del Este, al otro lado de los Gigantes. Recordaba haber hecho un viaje á aquellas regiones, y evocaba los lívidos rostros de aquellos obreros, que le miraban con sus hundidos



ojos, demacrados, consumidos lentamente por ganarse el pan en aquella atmósfera saturada de veneno. Y hartó sabía que los que había visto eran los mineros en mejor estado, escogidos para que los viera; sabía que no había de ver jamás la verdadera situación de su miseria, porque era el Príncipe heredero. Y nada se podía hacer por ellos; si volvían á rebelarse como antes, las tropas los fusilarían como á perros.

Y respiraba penosamente, como si quisiera apartar de su pecho un peso abrumador que le oprimía tenazmente. Se comparó con su padre; su padre, altivo, enérgico, con fe en sí mismo, sabiendo siempre, sin vacilaciones, lo que debía hacer, convencido de que un soberano no podía engañarse, firmando con caracteres gruesos, grandes, precisos; Oscar... Todo cuanto llevaba la firma de Oscar era de una justicia infalible, como la fatalidad misma. ¿Cómo era tan contrario él, su hijo? ¿Por qué con él perdía su poder y su autoridad la antigua raza, como si de una manera imprevista se hubiese debilitado el germen?

Entonces pensó en su madre, Princesa rumana, tan amante de los suyos, verdadero tipo de mujer y madre en la intimidad, altanera con el pueblo, inaccesible, sin tacto, como él; poco querida, como él también, por lo menos en Lipara y en el Sur del Imperio. Lo sabía; bajo aquella reserva imperiosa ocultaba ella su angustia, angustia que la perseguía en todas partes; en carruaje descubierto, en el teatro, en las ceremonias oficiales, en la iglesia, hasta en sus visitas á los establecimientos de beneficencia; y esa angustia había ahogado en ella el amor á la humanidad, y hecho que fuese morboso aquel amor á los suyos, aun cuando su alma fuese naturalmente grande para abarcarlo todo. Y á través de aquella angustia tenía la convicción, la expectativa de la catástrofe, de la explosión en que saltaría con los suyos.

Era el hijo de ambos, su inmediato sucesor; ¿de quien, pues, le venía aquella incertidumbre de que su padre carecía, y aquel amor al pueblo que tampoco su madre abrigaba? A



sus antepasados no los conocía más que históricamente: al principio de la Edad Media, bárbaros violentos; más adelante, refinados, sensuales, apasionados; un Príncipe, débil por completo, dominado por sus cortesanos, un Rey holgazán, bajo el cual el Imperio fue presa de las discordias interiores y de la dominación extranjera; por fin, con una nueva civilización, una resurrección del poder, una era de adelanto tras la caída, y la gloria y la grandeza habían continuado hasta el presente... hasta hoy. ¿Qué haría con esa herencia de grandeza y de gloria? ¿Cómo la transmitiría á sus descendientes? Sintióse entonces tan pequeño, tan asustado, que hubiera querido huir para apartar lejos de su vista los futuros deberes que le esperaban.

## XII

El *lunch* revistió la intimidad de un agradable coloquio entre dos personas; fue servido en un comedor pequeño, y únicamente asistió el mayordomo de pie, detrás de la mesa. La Duquesa preguntó á Othomar por su salud con mucho interés; el Príncipe se encontraba completamente repuesto, tenía buen apetito, estaba alegre y apreciaba el talento del cocinero, y también el famoso vino de Lycilia. Así que la Duquesa, después del *lunch*, le propuso dar una vuelta por los alrededores; le pareció muy bien la idea. Deseó ir á caballo, porque sabía que la Duquesa era una gran amazona, pero Aleja le disuadió riendo; dijo que tenía miedo del General Ducardi, que la había recomendado de una manera especial que dejase descansar al Príncipe, y pensaba que una pequeña vuelta en carruaje descubierto le fatigaría menos. Habíase acordado á tiempo que la amazona la hacía parecer más gruesa y de más edad, y se alegró de que el Príncipe accediera. El tiempo continuaba espléndido; un sol suave en un cielo azul. El paseo tenía el atractivo



del incógnito, sin etiquetas; el Príncipe, con uniforme de diario, iba al lado de la Duquesa, que vestía un sencillo traje de terciopelo, en la elegante y ligera victoria, sin lacayos, no más que con el cochero, el cual llevaba al trote largo á los dos magníficos alazanes. El sol resplandecía sobre la grupa de los caballos, en el barnizado del coche, en los cristales de los faroles, en el sombrero del auriga, en los botones del uniforme de Othomar, y todas las chispas que brotaban se reflejaban rápidamente en los radios de las ruedas, y brillando así el carruaje, corría á lo largo del camino, atravesando aldeas cuyos habitantes saludaban á su ama, sin saber quién era el joven y sencillo Oficial sentado al lado de aquélla. El viento había secado la humedad de los últimos días, y la victoria, en su rápida carrera, levantaba ligeras nubes de polvo.

La Duquesa hablaba mucho de Liparia, del Emperador, de la Emperatriz. Tenía la intuición de lo que debía decirse y de la manera de decirlo, cuando se trataba de agradar. Su voz era un encanto. Llegaba á mostrar gran sencillez y naturalidad, especialmente cuando no lo pretendía. Instintivamente, había adoptado respecto del Príncipe para serle grata, aquella sencillez que estaba en su misma naturaleza. Mostrábase rejuvenecida; la impertinencia de moda la favorecía menos, haciéndola más vieja y más vulgar al mismo tiempo. Siendo natural, ostentaba mejor la delicadeza innata de su antigua alcurnia. El velillo de su sombrero ocultaba las nacientes arrugas de su rostro, y sus ojos brillaban como dos luceros.

El Príncipe se acordó entonces de las historias que sus ayudantes de campo—sin excluir á Dutri—referían á costa de la Duquesa; se acordó del nombre que la daban en voz baja. En aquel momento no creía en semejantes calumnias, pues por tales tenía aquellas imputaciones. Avido como estaba de simpatías, se estremecía ante el afecto que adivinaba en ella, y la exaltaba en su pensamiento, como hacía con todos aquellos á quienes amaba.

Corría el carruaje entre las viñas, cuando de pronto, in-



esperadamente casi, pasó ante un castillo semioculto entre castaños seculares.

— ¿De quién es esta posesión? — preguntó el Príncipe. — ¿Quién es este vecino, Duquesa?

— Este castillo es de Zanti, señor — respondió la Duquesa. Se había puesto seria, pero se esforzaba en disimularlo.

— Baltasar Zanti habita aquí con su hija.

— ¡Zanti! ¿Baltasar Zanti? — exclamó Othomar con extrañeza.

Se irguió y miró con curiosidad en dirección del castillo, que se distinguía á medias detrás de los castaños.

— ¿Cómo es que viviendo aquí no oí hablar del Príncipe Zanti el año pasado, cuando vine á cazar con el Emperador y con el Duque?

La Duquesa reía.

— Probablemente porque mi marido dirigiría la caza hacia otro sitio, y si Vuestra Alteza no llegó á pasar por este paraje, fue sin duda porque Su Majestad no quería oír el nombre de Baltasar Zanti.

— Pero ninguno de los ayudantes...

La Duquesa continuaba riendo alegremente, miró al Príncipe, y siguiendo en su tono de broma, dijo:

— Verdaderamente, es raro que no tengan informes precisos acerca de los particulares del Gobierno de Vaza. Pero ahora que me acuerdo, la cosa es muy natural. El castillo estaba deshabitado el año pasado. Zanti recorría el Imperio pronunciando discursos. Vuestra Alteza me hace recordar que después le fueron prohibidos. Su nombre entonces no era todavía célebre...

El Príncipe continuaba mirando hacia el castillo, que ya había desaparecido de la vista, cuando el carruaje, al volver un recodo del camino, rozó casi con un grupo compuesto de un viejo, una joven y un perro; la muchacha era débil, pálida, delicada, vestida de pieles á pesar del sol, lo que le daba cierto aspecto de elegancia enfermiza: estaba sentada en la



hierba, y llevaba una gorrita de piel obscura en sus cabellos de un rubio dorado; con sus manos largas, desprovistas de guantes, pegaba al perro, que ladraba al carruaje, para que se estuviera quieto, y á su lado estaba en pie un anciano, alto, de aspecto extraño, vestido con una blusa gris: era una especie de gigantes gris, de lengua barba, cuyos ojos grises despedían negros relámpagos. El perro ladró; la joven saludó al reconocer á su vecina la Duquesa, sin saber que el otro era el Príncipe; el viejo miró arrugando el entrecejo, y no saludó. El carruaje pasó de largo.

—Ese es Zanti—murmuró la Duquesa.

—¡Zanti! — exclamó el Príncipe. — ¿Y desde cuándo está aquí?

—Desde hace poco tiempo: creo que los médicos recomendaron á la muchacha el aire de Vaza.

—¿Esa muchacha es hija suya?

—Sí, señor; la he visto ya otra vez; parece enferma.

—Zanti es el Príncipe Zanti, ¿no es verdad?

—Ciertamente, señor; pero Zanti á secas, según sus deseos... Los títulos, señor, no tienen importancia, á lo que parece, en el siglo XIX.

Dijo esto bromeando, pero se estremeció sin saber por qué. Sentía que Zanti hubiera venido á vivir tan cerca del castillo de Vaza. Por lo demás, observó que también el Príncipe había sufrido un estremecimiento, y sintiendo que el Príncipe se hubiese molestado, cambió de conversación para alejar de aquél la idea del reciente encuentro, y dijo:

—Veo que Vuestra Alteza está bastante mejor que esta mañana. El aire ha probado bien á Vuestra Alteza.

Pero el Príncipe permanecía silencioso, y parecía como si le agitara una súbita emoción. Cuando volvieron al castillo y se encontraron en el gabinete de la Duquesa, ésta quiso ofrecer al Príncipe una taza de té. El Duque estaba asomado á la ventana y miraba al exterior, contemplando las cabras; pero mientras preparaba el servicio de té, dorado, blasonado, la



Duquesa vió que el Príncipe se ponía lívido, blanco como la cera; sus pupilas se dilataban y miraban de una manera extraña, como sucedió por la mañana...

—¿Qué tiene Vuestra Alteza? — preguntó asustada, acercándose á él.

El Príncipe se volvió hacia ella, esforzándose en sonreír.

—Perdón, Duquesa, no tengo disculpa, pero ese hombre, ese hombre me ha extrañado... No sabía que estuviese aquí, y además la atmósfera, esta atmósfera sofocante...

Se llevó las manos á la frente; la Duquesa vió que palidecía aún más, como si se quedase sin sangre..., que iba á desvanecerse...

—¡Señor!—exclamó ella.

Pero Othomar, después de alargar el brazo como para buscar apoyo, cayó en los brazos de la Duquesa, la cual le estrechó contra su pecho, verdaderamente aterrorizada al ver que perdía el conocimiento. El Príncipe tenía la frente cuajada de sudor, cerrados los ojos, como si estuviera muerto, y la boca entreabierta, pero sin respiración.

La Duquesa estaba extraordinariamente asustada; tenía un miedo mortal de que le ocurriese algo al Duque de Xara, en aquel castillo, solo con ella; veía al Príncipe ya muerto, y se veía á sí misma en desgracia en la corte. Todo esto le pasó por la imaginación en los primeros momentos; pero después miró largo rato al Príncipe y apareció en su rostro una expresión de ternura...

El orgullo de tener sobre su seno al Duque de Xara, que reposaba semidesvanecido, y un repentino sentimiento medio materno, medio compasivo, se confundían extrañamente en su alma. Arregló suavemente los cabellos del Príncipe y le enjugó con un pañuelo la sudorosa frente... Y aquel extraño sentimiento se hizo más extraño aún, adquirió mayor intensidad en los dos elementos que le formaban, más intenso de orgullo, más intenso de amor compasivo, como el de una madre, unido al de una amante. Entonces con una sonrisa acercó el pa-



ñuelo, húmedo aún por el sudor imperial, á sus palpitantes labios. Aquel perfume pareció embriagarla como un aroma de viril juventud... Pensó en las cartas y en los retratos encerrados en el cofrecillo de plata incrustado de turquesas. Sacudió su alma una emoción profunda; asaltáronla también otros recuerdos como cenizas aventadas. Entonces, no queriendo abandonarse á aquellas emociones, alzó la cabeza, sonrió, se abandonó al presente, que la traía una nueva felicidad, y apoyó los labios en los labios de Othomar. Estuvo así un momento, cerró los ojos y le dió un beso.

Ambos abrieron los ojos al mismo tiempo. Severa, sombría, casi trágica, se hubiera dicho que ella hundía sus miradas en las de él. El no decía nada; la contemplaba con los párpados entornados. Sus mejillas se habían coloreado nuevamente. Sus ojos languidecían. Sentía abrirse ante sí lo incógnito, parecíale entrar en un mundo de cosas conocidas que brotaban de ella y que él hasta entonces ignoraba. Pero no experimentaba alegría alguna; su mirada recobraba su expresión sombría. La cogió una mano, se la estrechó de una manera particular, y con sus ojos grandes, negros, silenciosos, fijos, llenos de fuego, con el rostro inmutado aún por la sorpresa, dijo:

—He experimentado un ligero vértigo... perdóneme, Duquesa.

Ella le miró sonriendo humildemente. Su orgullo estaba satisfecho; ¡su beso había cerrado la boca al futuro Emperador! Su amor había agitado el alma del Príncipe como brisa que roza el lago, encrespa su superficie de plata y le conmueve hasta en lo profundo; ella le idolatraba por su juvenil grandeza, que había recibido el beso aquel con tanta gracia, sin decir nada, por su ingenuidad imperial, por su voz juvenil, por sus juveniles ojos, por su apretón de manos, el único que de él había recibido; y experimentaba una extraña voluptuosidad llena de orgullo: la posesión de aquella juventud ingenua, de aquella viril virginidad que ella aspiraba en sus



ojos, en sus labios, en su alma, como un licor mágico que la devolvía la juventud.

## SEGUNDA PARTE

### XIII

Aquel día comieron más tarde, porque esperaron á Herman y á sus acompañantes. En la mesa, la conversación giró acerca del campo y de los campesinos que lo habían perdido todo. La Duquesa permanecía silenciosa; la conversación no la interesaba, pero su silencio conservaba la dulzura de una sonrisa.

Por la noche, Othomar estudió de nuevo el mapa con Ducardi, á la luz de la lámpara. La noche era fría, las puertas estaban cerradas, la Duquesa no tenía ninguna gana de jugar al billar; estaba sentada en otra sala para hablar libremente con Dutri; parecía hermosa, con una serenidad de estatua, desnudo el seno que respiraba con regularidad, y con una sola estrella de brillantes entre sus cabellos.

Othomar seguía con un lápiz en el mapa el camino que había de seguirse.

—Podremos ir por este lado, siguiendo este camino... Vea usted, General Ducardi, y usted, Coronel Von Fest, he dado un paseo por aquí esta tarde con la Duquesa, donde creo que vive Zanti. ¿Lo sabían?

Aquellos señores miraron con extrañeza el lugar indicado.

—Creía que habitaba en el Sur, en Thracyna—dijo el joven Conde de Thesbia.

Othomar refirió lo que le había dicho la Duquesa.

—¡Zanti!—exclamó Herman.—¿Baltasar Zanti? ¿Es él? Hace poco que he hablado con un grupo de campesinos, los que me han contado una historia de cierta construcción de barracas, mandadas elevar por un nuevo propietario de estos



contornos; pero hablaban en dialecto y no les he podido comprender bien; me parece que hablaban de Zanti, pero no creí que se pudiesen referir á Baltasar Zanti. ¿De modo que se trata de él?

—¿Y qué barracas son esas?—preguntó Othomar.

—Sí, una aldea de barracas, según parece; decían que era un hombre muy rico y muy generoso, y que eran muchos los campesinos arruinados á los que había recogido.

—Recuerdo ahora haber leído en los periódicos que Zanti había venido á vivir en Vaza—manifestó Leoni.

—Quisiera ver esas barracas—dijo Othomar.—Podemos ir mañana á verlas.

—Sepa Vuestra Alteza—replicó Ducardi con las cejas fruncidas—que Su Majestad está muy disgustado con Zanti, al que ha llegado á pensar en desterrarle. Tal vez estuviera más de acuerdo con los deseos de Su Majestad el ignorar por el momento que Zanti se encuentra en estos lugares.

Othomar estaba decidido á no acceder á lo que decía el General; palpitaba en él un ardor juvenil de lucha.

—Pero, General, no es generoso ni conveniente ignorar los beneficios de nadie en los tiempos que corremos.

—Estoy seguro de que si Su Majestad supiera que Zanti está en su castillo, hubiera recomendado especialmente á Vuestra Alteza que no tuviese ninguna comunicación con ese hombre—repuso Ducardi enérgicamente.

—No estoy yo seguro de eso—replicó Othomar con sequedad,—y tengo la convicción de que si Su Majestad supiera lo que Zanti hace por las víctimas de las inundaciones, Su Majestad le perdonaría su socialismo de aficionado.

Ducardi se mordió los labios, y añadió con irónica sonrisa:

—Vuestra Alteza habla con algún desconocimiento de ese socialismo de aficionado. Las teorías y las prácticas de Zanti son algo más que meras especulaciones...

—Pero, General—repuso Othomar dulcemente,—no com-



prendo bien lo que el socialismo de Zanti pueda molestarnos—téngase en cuenta que digo en estos momentos—para apreciar lo que ha hecho, ni que sea un obstáculo para que visitemos sus barracas, ya que hemos venido á Vaza para examinar cuanto se ha hecho con motivo de las inundaciones.

Ducardi le miró furioso. No estaba acostumbrado á que le contradijese el Príncipe. Los demás escuchaban. La Duquesa misma, atraída por la discusión y por la voz de Othomar, que vibraba con el sentimiento de su juvenil dignidad, se había acercado con Dutri, movida por la curiosidad.

—General, debo conceder á mi primo que no veo mal alguno en que desee echar una ojeada á esas barracas—dijo Herman, poniéndose de parte de Othomar.

Von Fest se unió también á la idea del Príncipe, franca y lealmente; opinaba que era un verdadero deber respecto de las víctimas que Zanti había recogido. Cada cual expuso su parecer; á Leoni le parecía imposible que el Príncipe visitase Vaza y no las barracas; se diría que Su Alteza había tenido miedo de un Zanti como de un lobo carnicero. El hecho de que Othomar discrepase de Ducardi, proporcionaba á todos aquellos señores la ocasión de lanzar alguna pulla al General que, hasta aquel momento, había organizado el viaje en estilo militar autoritario que le había molestado. Hasta el mismo Dutri, que por lo general era indiferente á todo, se unió á los otros con mucha animación, porque Ducardi le usurpó el puesto en cierta ocasión. Mientras hablaba, guiñaba el ojo á la Duquesa.

Solamente Siridsen y Thesbia, que eran partidarios del General, se mostraban vacilantes, en vista de que el General parecía estar tan seguro de que la voluntad del Emperador hubiese sido opuesta á los deseos de su hijo, Thesbia especialmente.

—No comprendo la insistencia del Príncipe—murmuraba á la Duquesa.—Ducardi tiene razón; usted misma conoce la disposición de ánimo del Emperador respecto de Zanti...



La Duquesa sonrió y se encogió de hombros, volviéndose hacia Othomar, al que escuchaba, mientras que él se defendía, sostenido por las exclamaciones de los unos, apoyado por los signos de aprobación de los otros.

—En fin—respondió con sequedad Ducardi,—puesto que Vuestra Alteza quiere ir de todos modos, iremos; espero, sin embargo, que Vuestra Alteza se acuerde siempre de que yo no he estado de acuerdo en esta circunstancia.

El Duque de Xara le contestó con una sonrisa; después de la victoria fue el primero en ofrecer la paz; aceptó con lisonjeras demostraciones todo el plan del viaje estudiado por Ducardi, felicitando á éste por su tacto y buen acierto.

—Puede ser que no tenga las condiciones de un gran General—murmuró Dutri á la Duquesa;—pero podrá llegar á ser un diplomático excelente.

Ducardi, á pesar de todo, continuaba enojado. Pensó por un momento en pedir órdenes al Emperador mediante un telegrama cifrado, pero desechó la idea por la mala impresión que podía hacer en palacio el que no se dejase al Príncipe alguna libertad en un asunto de poca importancia. Se esforzó, no obstante, en disuadir al Príncipe á la mañana siguiente de la realización de la visita, pero Othomar no quiso dejarse vencer.

—¿Por qué es usted tan enemigo de esa visita?—preguntó Von Fest á Ducardi.—¿No obedecerá quizá la resolución del Príncipe á una corazonada más bien que á un acto reflexivo?

—No conoce usted la antipatía de Su Majestad hacia semejante hombre, Coronel—respondió el General.—Como ya he dicho, Su Majestad piensa en desterrarlo, y lo hará sin duda cuando se entere de que se ha refugiado en su castillo, seguramente con intención de sublevar á los campesinos, como ya sublevó á los obreros de la ciudad. Ese hombre es un fanático peligroso, Coronel; peligroso porque tiene dinero para realizar en la práctica sus utopías. Excita al pueblo para que



se resista al servicio militar bajo pretexto de que está escrito: *No matarás*. El matrimonio es para él un sacramento inútil, y me han asegurado que sus discípulos se presentan ante él sin más ceremonias para que les una en matrimonio con una especie de bendición que ha sacado de no sé qué texto. Escribe además folletos socialistas, que han sido secuestrados; pronuncia discursos incendiarios. ¡Y semejante hombre ha sido presentado como candidato para la Cámara de los Estados!

—¡Uno que reniega de su título, miembro de la Cámara de los Estados!—exclamó Von Fest.

—Las incoherencias abundan en su doctrina—replicó Ducardi.—Él se dirá, sin duda, que hasta que no haya algo mejor que la tal Cámara, desea ser miembro de ella. ¡Ese es el hombre á quien quiere visitar el Príncipe heredero!

Von Fest se encogió de hombros.

—Déjelo usted hacer, General. El Príncipe es joven; quiere ver y aprender. Eso le formará.

—Pero la cosa disgustará al Emperador—exclamó el General con un juramento.

Von Fest volvió á encogerse de hombros.

—No vuelva usted á intentar disuadirlo de sus ideas cuando al Príncipe se le ocurra algo; déjelo usted hacer lo que le parezca. Eso le conviene, y si se gana una chillería de su padre, le vendrá bien asimismo á modo de reacción.

—¿Qué piensa usted de nuestro Príncipe?—preguntó bruscamente Ducardi, mirando cara á cara al Coronel.

Von Fest miró á su vez al General con una sonrisa, fijando sus ojos en los de su interlocutor. Era leal y sincero, pero bastante cortesano para disimular cuando lo juzgaba necesario.

—Es un joven muy simpático—respondió,—pero la vida... ha de enseñarle aún muchas cosas para evitarle disgustos... en el porvenir.

El General y el Coronel se habían comprendido. Ducardi suspiró hondamente.



—Sí, han de venir tiempos difíciles—exclamó lanzando una interjección.

—Sí—repuso sencillamente el Coronel gothlandés.

Los Príncipes montaron á caballo y emprendieron el mismo camino recorrido el día anterior por la Duquesa y Othomar en dirección al castillo de Zanti. Leoni se había adelantado para informarse de la situación de las barracas; era preciso andar una media hora; las montañas parecía que se alejaban, el camino iba dando vueltas y revueltas. De pronto se vió en el horizonte el Zanthos; la amplia extensión inundada, formaba un gran lago que á los rayos del sol ofrecía un calor alegre, primaveral.

—Hemos llegado—dijo Leoni.—Y señalaba con la mano una especie de población formada por edificios de madera recientemente construídos, que despedían un olor á madera fresca transportado por la brisa. Cuando los visitantes estuvieron más cerca vieron leñadores, albañiles, constructores de tejas, vacas de largos cuernos. Reinaba una gran actividad y los trabajadores cantaban alegremente una especie de salmos.

Ducardi, que tenía la costumbre de marchar á la cabeza, á la izquierda del Príncipe heredero, refrenó su caballo intencionadamente para esperar á los demás acompañantes. Othomar, que observó aquel acto, lo juzgó mezquino é indigno de él, y dijo á Thesbia:

—Pregunta si está aquí Zanti.

El Oficial de órdenes se lo preguntó á una especie de vigilante; ninguno de los obreros había saludado, pero los acompañantes del Príncipe quedaron en la duda de si le habían reconocido. El vigilante manifestó que Zanti era «Zanti» á secas.

—Está bien, vete á llamarlo.

El hombre se alejó y tardó bastante en regresar.

Othomar, esperando á caballo con su séquito, comenzaba á encontrar difícil su posición; perdía su tacto, volvía á tomar su altiva rigidez, hablaba á Herman con alguna impaciencia.



Comprendía que era difícil esperar cuando no se tiene la costumbre de ello. Estaba nervioso, lo mismo que su caballo, el cual no hacía más que dar cabezadas y tirar de las riendas, como si quisiese continuar su camino.

Pero por fin apareció Zanti, que venía con el vigilante, despacio, sin apresurarse. Miraba de lejos, poniéndose una mano en los ojos, al brillante grupo de los Oficiales á caballo; se detuvo y preguntó algo al vigilante; después siguió mirando.

—¡Extraño personaje!—murmuró Thesbia.

Y se adelantó con viveza al encuentro de Zanti, á quien manifestó que Su Alteza Imperial el Duque de Xara deseaba ver las barracas.

—No son barracas—manifestó Zanti con rudeza.

—¿Qué dice usted?—preguntó Thesbia con altanería.

—Son habitaciones—replicó secamente Zanti.

Thesbia se encogió de hombros con displicencia. Pero el Príncipe heredero, que se había adelantado, saludó á Zanti, sin que éste hiciese la menor inclinación de cabeza.

—¿Permite vuecencia que echemos una ojeada sobre lo que aquí se ha hecho en favor de las víctimas de las inundaciones?—preguntó Othomar con mucha suavidad y cortesía.

—No tengo excelencia—respondió el viejo sin levantar la voz;—pero si deseáis ver, me es indiferente.

Zanti eludió de esta manera el tratamiento.

—Perfectamente—replicó Othomar con alguna dureza;—pero no lo haremos sin su completo beneplácito. Usted es el amo en su casa, y si nuestra visita no le agrada, no le impondremos á usted nuestra presencia.

Zanti le miró y dijo:

—Repito que si queréis ver, podéis hacerlo. Pero no hay aquí gran cosa que ver; todo es muy sencillo. No hacemos misterio de nuestras obras. Y el terreno no me pertenece, es propiedad de todos.

Othomar se apeó y los demás hicieron lo mismo. Leoni y Thesbia encontraron, no sin algún trabajo, algunos mucha-



chos que consintieran en tener de las riendas á los caballos previa promesa de una propina.

Othomar y Herman marcharon delante con el viejo.

—Sé que usted hace mucho bien para aliviar la desgracia de las víctimas de las inundaciones—dijo Othomar.

—La inundación no es una desgracia—replicó Zanti.

—¿Qué no es una desgracia?—preguntó Herman sorprendido.—¿Pues qué es entonces?

—Un justo castigo del cielo. Y todavía hemos de ver peores castigos. El siglo es pecador.

Los Príncipes cambiaron una rápida mirada; comprendían que la conversación no había de dar gran cosa de sí.

—Pero á los pecadores que castiga el cielo, usted les presta ayuda, señor Zanti—dijo Herman,—puesto que estas barracas...

—No son barracas, son graneros, oficinas y habitaciones provisionales. Aquí se levantará más adelante una colonia, si Dios quiere. Se vivirá sencillamente del trabajo. La vida es sencillísima, pero los hombres la han hecho complicada.

—Y usted recibe también á los campesinos que se han quedado sin nada en la inundación—añadió Herman.

—No los recibo: si ellos se dan cuenta de sus pecados, vienen á mí y yo les salvo de la ruína.

—¿Y no vendrán tal vez más que por el sentimiento de sus pecados, porque saben que han de ser alimentados y albergados de balde?

—No viven de balde, ¡trabajan!—replicó el viejo,—y quizá mejor que los que pasean luciendo sus uniformes. Reciben su salario de la casa común, después de su trabajo. Construyen y yo con ellos. ¿Veis este árbol y esta hacha? Pues aquí estaba yo trabajando cuando habéis venido á interrumpirme.

—Es un buen ejercicio corporal—dijo Herman;— parece usted un hombre sólido.

—¿Decía usted que van á construir aquí una colonia?—preguntó Othomar.



—Sí, señor. Las ciudades están corrompidas, la vida del campo fortifica. Aquí estarán las casas; más lejos el terreno para fabricar, que les he dado, y los prados; después les compraré ganado.

—Por lo visto, lo que trata usted es de alistar campesinos—dijo Herman.

—No, señor—respondió con rudeza el viejo.—No alisto campesinos; no son campesinos míos. Son hombres libres que trabajan por cuenta propia, y yo soy un simple obrero como ellos. Somos iguales todos.

—Usted es un simple obrero—replicó Herman;—pero, sin embargo, vive usted en un castillo.

—No, joven—repuso Zanti,—no vivo en un castillo; vivo aquí: en él habita únicamente mi hija. Está enferma y no podría soportar las privaciones ni este cambio de vida; pero mi hija no vivirá mucho tiempo.

Alzó la cabeza y vió que los Príncipes le miraban conmovidos casi.

—Creo que es mi única debilidad—añadió Zanti, como excusándose.—Mi hija es mi pecado: por ella he llamado á médicos y me fío de lo que dicen y de lo que prescriben. Ella no puede hacer mi vida; su sangre está muy inficionada del pasado. Necesita para vivir un castillo, riquezas... Por eso la dejo allí... Pero no vivirá mucho tiempo, y entonces venderé y repartiré entre ellos mi dinero. Ya lo véis, es mi debilidad, mi pecado: no soy más que un hombre.

Los Príncipes le miraban: estaba agitado, le temblaban las manos. Después, pareciéndole sin duda que había hablado demasiado acerca de lo que tan hondamente le afectaba, de su pecado, mostró á sus acompañantes lo que estaba construído, dándoles explicaciones.

—He leído alguno de sus folletos, señor Zanti—dijo el Príncipe heredero;—¿ha puesto usted en vigor sus ideas acerca del matrimonio?

—No pongo en vigor ninguna idea—murmuró el viejo.—



Las dejo libres. Si quieren casarse con arreglo á vuestras leyes, pueden hacerlo; pero si vienen á mí, los bendigo y los despido en paz, según lo que está escrito: «Más os diré: si dos de entre vosotros se entienden en la tierra para realizar algo, lo que hayan deseado lo recibirán en nombre de mi Padre, que está en los cielos... Cuando dos ó tres se reúnen en mi nombre, yo estoy entre ellos.»

—¿Y cómo gobierna usted así un gran número de discípulos?—preguntó Herman.

—Yo no gobierno, señor — exclamó el viejo enfurecido, con los puños apretados y el rostro rojo por la cólera.—Yo no soy en nada más que ellos. El padre es la autoridad en su casa, y los viejos aconsejan porque tienen mayor experiencia, he aquí todo. La vida es muy sencilla.

—Tal como usted la presenta, pero no como es en la realidad—replicó Herman.

Zanti le miró irritado, calló un momento para poder contestar mejor, y después exclamó con violencia:

—¿Y encontráis que las cosas son en la realidad mejores de como yo las presento? Yo no, y espero confiadamente en que mis ideas llegarán á ser la realidad; llega al turno de los demás; vuestra realidad ha durado bastante...

Othomar iba á responder con altivez; pero el anciano se volvió hacia él dulce y severo, y con aquel acento vibrante y fanático que hacía estremecer al Príncipe, añadió:

—En cuanto á vos, señor, os compadezco. No os odio, como tal vez creais. No odio á nadie. Cuanto más envejezco, menos puedo odiar, y tanto más aumenta en mí la misericordia. Mirad, siento en vuestra voz, veo en vuestros ojos algo que me atrae, señor. Os lo digo lealmente; tal vez cometo una gran falta al decir lo que digo á mi futuro Emperador. Pero así es: hay en vos algo que me atrae. Me inspirais compasión. ¿Sabéis por qué? ¡Por qué llegarán los tiempos!

Señaló al cielo con la mano solemnemente, y prosiguió:

—Sí, la hora llega. Harto pronto tal vez. Si no llega du-



rante el reinado de vuestro padre, llegará seguramente durante el vuestro ó el de vuestro hijo. Porque no tenéis bastante amor á vuestro pueblo. No le amais aún lo bastante para decirle: Soy como tú, y nada más. No quiero poseer más que los otros, porque no quiero lo superfluo, mientras los demás se mueren de hambre. No quiero dominar sobre los demás, porque soy un hombre como todos ellos, y dominar no es humano. ¿Sois humano? Si sois humano, podréis reinar, sí, sí... Ya véis ¡oh joven! que jamás tendréis bastante amor á vuestro pueblo para hacer todo esto, y más aún. Reinaréis y tendréis lo superfluo, y haréis la guerra. ¡Pero llegarán los tiempos...! Por esto es por lo que os compadezco..., aun cuando tal vez no lo debiera.

Othomar se había puesto lívido; el mismo Herman se estremecía, tal vez más á causa de la voz de oráculo del viejo, que predicaba la ruina de la soberanía de los Príncipes, que por las palabras mismas... Herman se repuso al punto, y dijo desdeñosa y altivamente:

—No puedo alabar su cortesía respecto de los que son sus huéspedes, señor Zanti, y digo sus huéspedes, sin tener en cuenta á Su Alteza Imperial.

Zanti se volvió hacia Othomar.

—Perdonadme—dijo.—Hablo con buena intención. Vuestros ojos son los de mi hija; por eso he hablado así.

Herman se echó á reir.

—Ciertamente que es una razón poderosa, señor Zanti.

Othomar le hizo una señal para que no continuase en aquel tono burlesco, y con una mirada tranquilizó á sus acompañantes, que habían escuchado la peroración de Zanti con indignación mal reprimida; pero las últimas palabras del viejo, dichas con gran emoción á Othomar casi en voz baja, hicieron que el enojo se trocase en asombro, y que todos consideraran al profeta como un extravagante, cuyas frases acerca de la Majestad Imperial no podían ser tomadas en serio por el Príncipe, á causa de su bondad de alma. Y aquellos personajes se miraban



frunciendo las cejas y encogiéndose de hombros. Dutri refunfuñaba. Othomar, con mucha calma, preguntó á Zanti si no irían más adelante.

La colonia estaba en sus comienzos, si bien empezaba ya á elevarse alguna casa; los castaños habían sido derribados, y los campesinos trabajaban á centenares.

El grupo de los Oficiales excitó una gran curiosidad; habían reconocido á los Príncipes. Los obreros dejaban el trabajo y se volvían á ver los uniformes.

Los Príncipes y su comitiva tuvieron instintivamente conciencia de la hostilidad que experimentaban hacia ellos los campesinos de Zanti. Los visitantes dirigían aquí y allí preguntas acerca de las desgracias sufridas; las respuestas eran rudas, lacónicas, con alusiones á la voluntad de Dios, como ecos de las palabras de Zanti. En aquel lugar no hubiera sido posible hablar de socorros pecuniarios. A decir verdad, nada era lo que podía enseñar Zanti. La visita comenzaba á ser penosa para Othomar, tal vez por un sentimiento de majestad ofendida, habituado como estaba ya á ser acogido con respeto como á futuro Soberano; la crudeza de Zanti, la rudeza de sus campesinos, la compasión del viejo, le herían más de lo que él mismo quisiera. Comprendía que allí no veían en él al Príncipe heredero, amante de su pueblo, al que quería amparar y conocer y proteger, sino al hijo de un tirano que á su vez había de ser también tirano. Pensaba que Zanti podía considerarse como un apóstol de paz, pero que la paz no reinaba entre sus discípulos; y cuando miraba aquellos rostros sombríos, veía que el odio brillaba en aquellos ojos que relampagueaban.

Experimentaba en el pecho una gran opresión; le acongojaba el sentimiento de su impotencia para dulcificar aquel mundo de miseria y de infelices inconsolables que se encorvaban hasta el suelo. Aquella miseria, aquellos dolores, no de uno, sino de miles de millones. Miradas iracundas se multiplicaban en torno suyo; cada individuo de su pueblo le pedía la



felicidad, la exigía y no la alcanzaba; le parecía que le acribillaban con aquellas miradas de odio.

Sentíase desfallecer de repentina, de infinita desesperación. Ya no esperaba nada, aquello era el fin. Y no se asombraba de nada; no, nada podía asombrarle...

Un hombre barbudo, con desencajado rostro, se dirigió hacia Othomar disimuladamente, y de pronto, lleno de un odio inmenso, se arrojó sobre él. El Príncipe sintió una pestilente bocanada de tabaco, y vió brillar junto á su cuello un largo cuchillo, empuñado por una mano enorme.

Dió un grito. Inmediatamente se oyó una detonación.

El hombre lanzó una blasfemia, rechinó los dientes y cayó moribundo. Sus sesos saltaron en rededor, yendo á manchar el uniforme del Príncipe. Y el hombre yacía á sus pies, en el suelo, sin vida ya, con el cuchillo apretado aún entre sus velludos dedos; toda la escena se desarrolló en un segundo.

Von Fest era el que había disparado con su revólver. El Coronel se irguió en toda su estatura y miró en rededor, en actitud amenazadora, con el revólver en la mano. La muchedumbre permanecía inmóvil, sorprendida ante aquella escena.

Zanti, aturdido, se inclinó sobre el cadáver: entonces comenzó á hablar, mientras que los Oficiales, consternados, rodeaban al Príncipe.

Zanti decía dirigiéndose al cadáver:

—Descansa en paz si te es posible.

Miraba al muerto con inmensa tristeza, inclinaba la cabeza, y las lágrimas brotaban de sus ojos.

—No matarás—se le oyó murmurar.—Aún no lo sabía éste, ninguno lo sabe todavía!

Sus ojos grises claros se obscurecieron y miraron con expresión de verdadera locura; por un momento pareció que no sabía lo que hacía. Se dirigió á su árbol, y sin volverse á ocupar de los Príncipes, comenzó á dar hachazos con furia, sin descanso.

Los Oficiales se dirigieron tristemente en busca de sus ca-



ballos. Dutri se volvió hacia el cadáver, que estaba ya rodeado de campesinos, y vió á una mujer que se lamentaba, alzando los brazos al cielo, desesperada, gimiendo, gritando y enseñando el puño al Ayudante, que volvió la espalda.

Othomar no había dicho nada. Oía los lamentos de la mujer y se estremecía. Ducardi, sumamente turbado, le preguntó:

—¿Volveremos al castillo de Vaza, señor?

El Príncipe miró al General con altivez. En aquel momento se acordó de que Ducardi se había opuesto resueltamente á la visita. Hizo un signo negativo, y buscó con los ojos á Von Fest; con los párpados entornados miró al Coronel, profundamente triste, conmovido, casi como censurándole.

Le tendió la mano.

—Gracias, Coronel—dijo con voz ronca.

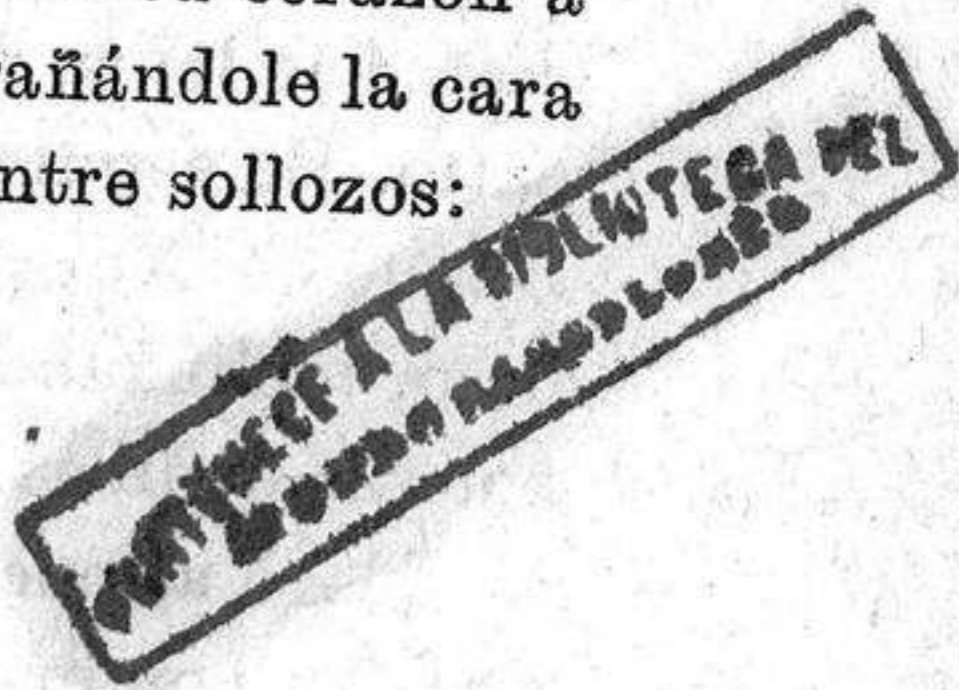
El Coronel estrechó la mano del Príncipe.

—A las órdenes de Vuestra Alteza—respondió con militar concisión.

—Y ahora vamos al Zanthos—añadió Othomar, y embridó el caballo.

Pero el veterano General no era ya dueño de sí mismo. En aquellos últimos momentos había experimentado en el fondo de su corazón aquel amor, transmitido por herencia de sangre, hacia la familia imperial; aquel amor que era como parte de sí mismo, como parte de su alma. Por tal amor, sus antepasados habían sacrificado su vida sin vacilaciones, y abriendo sus brazos estrechó fuertemente contra su corazón á Othomar, henchido de júbilo al verle vivo, arañándole la cara con los botones de su uniforme y repitiendo entre sollozos:

—¡Querido Príncipe, querido Príncipe!





## XIV

La noticia del atentado contra Othomar fue conocida en el castillo de Vaza antes del regreso de los Príncipes; los campesinos del Duque dieron muchos pormenores á los criados del castillo, y dijeron que el Príncipe estaba gravemente herido. La Duquesa, al pronto no quiso dar crédito á la noticia, pero después, llena de angustia y de incertidumbre, comenzó á correr como loca por los pasillos. Pensó, por último, que las noticias debían ser exageradas, puesto que si Othomar hubiese sido herido, se hubieran apresurado á transportarle al castillo; esta reflexión la tranquilizó y esperó con más serenidad.

El Intendente, que había ido á Vaza, volvió alarmado; en la ciudad reinaba gran agitación; la multitud se agolpaba ante las puertas de las redacciones de los periódicos para comprar los extraordinarios que daban cuenta del atentado en pocas palabras, añadiendo que faltaban los detalles. La Duquesa pensó que en aquel momento ya se sabría la noticia en Lipará, y temblaba tanto por la desgracia que pudiera haber ocurrido á Othomar, como por la desgracia en que ella misma incurriría cerca de la Emperatriz.

Así fue que cuando por fin vió desde la ventana en que estaba asomada á los Príncipes y á sus acompañantes, que venían á lo lejos, no pudo contenerse y salió á su encuentro al patio. En seguida vió que Othomar volvía sano y salvo. El Duque de Xara se apeó, la dió la mano y sonrió; ella se la besó, inclinándose, apasionadamente, y las lágrimas corrieron por sus mejillas.

Llegó al poco rato el Intendente jefe, y manifestó á Othomar, en nombre de todos los servidores del Duque, la alegría que experimentaban al ver que el Duque de Xara había sido



resguardado por la gracia de Dios y la ayuda de San Ladislao.

Ducardi, que no había tenido aún tiempo de telegrafiar, mandó inmediatamente á Vaza un despacho para el Emperador, añadiendo que después del atentado, el Príncipe, muy sereno, había continuado la excursión proyectada. Durante la comida, la conversación fue sumamente animada; la Duquesa estaba muy excitada, quiso saber los menores detalles, y medio abrazó á Von Fest.

El Príncipe brindó por su salvador, al que todos felicitaron. Después Ducardi, en voz baja, aconsejó á Othomar que se retirase pronto á descansar. El General estaba conmovido; se hubiera dicho que el pensamiento de haber corrido el riesgo de perder al Príncipe hacía que lo quisiese más. Herman aconsejó también á su primo que descansase.

Othomar mismo había vuelto tranquilo, pero experimentaba en todo su sér un gran cansancio, que se notó en su voz cuando brindó por Von Fest. Así, pues, siguió aquellos consejos; se retiró á su habitación y se apresuró á desnudarse; el uniforme manchado que se quitó antes de la comida colgaba de una silla, y se estremeció viéndole al pensar que lo había llevado puesto toda la tarde.

—Quema ó tira pronto ese uniforme -- dijo á Andrés, el cual, turbado aún, sollozaba nerviosamente mientras ponía orden en el cuarto.

En traje de casa, Othomar se dejó caer en una silla del saloncillo anejo á su alcoba. También era una habitación histórica; cubrían las paredes tapices que representaban la historia de Liparia: el Emperador Berengario I entrando triunfalmente en Jerusalem al frente de sus cruzados, que llevaban banderas blancas; la Emperatriz Xaveria, montada en un caballo cubierto de oro, ante los muros de Altara, y cayendo después muerta por una flecha turca.

El Príncipe estaba medio distraído mirando los tapices.

Experimentaba una tranquilidad de muerte: nada le im-



presionaba, nada le atraía. Recorría con la mente toda la historia de Berengario y de Xaveria. Conocía las flechas; las escenas se sucedían, se amontonaban ante su vista como en un caleidoscopio, con los colores pálidos de las obras de arte antiguas. Se veía á sí mismo, jovenzuelo, en el palacio imperial, en una habitación austera, trabajando sin descanso; veía el sucederse de los profesores: lenguas, historia, economía política, derecho de gentes, estrategia; él había amontonado, acumulado todo aquello en su cerebro joven; él mismo se lo había fabricado como una torre. Para variar, la instrucción militar, los ejercicios, la equitación, la esgrima, bajo la alta dirección de Ducardi, que le aprobaba ó le reprendía. Jamás había conseguido dominar la aritmética; nunca logró entender nada del álgebra, y lo mismo de química y de física. Por algún tiempo se aficionó al estudio de la mineralogía, de la zoología y de la botánica, después se apasionó por la astronomía. Más adelante, los estudios de Derecho en la Universidad.

Recordaba también sus primeras satisfacciones de niño y de adolescente: á los nueve años, cuando fue nombrado Teniente de la guardia del trono; después, cuando recibió de la Reina de Inglaterra la orden de la Jarretiera, del Emperador de Alemania la del Aguila negra, de la Regente de España el Toisón de oro. Sus infantiles alegrías iban siempre mezcladas con un poco de angustia al pensar en los posibles deberes anejos á la Jarretiera ó al Aguila negra, deberes que pasaban vagamente ante sus ojos, en los que no se atrevía á penetrar, y menos en preguntárselos á su padre ó á Ducardi. Poco á poco el peso de los deberes había aumentado, y en la actualidad era abrumador...

Sí, le oprimía el pecho. Pero no se movía; extraordinariamente tranquilo. Pensaba entonces de nuevo en Von Fest, en la Duquesa... Ayer, aquel beso... Él se había abandonado en el seno de ella, y ella le había abrazado y contemplado con sus apasionados ojos. Y lo que referían los Ayudantes de campo no era cierto...



Después se producía en él como una ola furiosa, que estre-llaba sus espumas sobre su calma de muerte...

¿Por qué le odiaba aquel hombre? ¿Por qué había querido matarle, degollarle como á una bestia? Vibraba en él el orgullo, orgullo y desesperación. ¡Aquel hombre le había agarrado, habíale apestado con su aliento; á él, al Príncipe heredero, al Duque de Xara! Rechinaba los dientes de rabia. ¡Bere ngario I no hubiera soportado aquello! ¡Que le corten la cabeza! ¡Que le corten la cabeza! ¡Oh! ¡Aquella plebe ignorante que se alza en contra de ellos, que pretende llegar al trono, que había angustiado á la Emperatriz!... ¡Con qué altivez la miraba, desde lejos, desde lo alto de su calma imperial!...

¡Cuánto la odiaba! ¡La odiaba con el odio de su raza hacia aquellos que hoy eran libres y que un tiempo habían sido sus esclavos! ¡Cómo la hubiera sepultado cada vez más en lo hondo!

Miró en dirección de Xaveria. ¡También fue herida aquella guerrera esforzada y cayó muerta por la flecha de un soldado turco! ¡Y también él aquella mañana, si no hubiera sido por Von Fest!...

Se echó hacia atrás, escondió el rostro entre las manos y lloró. ¡No, no, no! ¡No fusilar, no matar, no odiar! No era él de los que defendían eso. Podría dejarse arrastrar por un instante, pero no era de esos. Amaba á su pueblo, le estaba reconocido de los aplausos que le había tributado cuando pudo ayudarle. Jamás mandaría disparar contra su pueblo. Ahora se reconocía á sí mismo. ¿Había acaso en su alma hacia todo aquel pueblo, hacia aquellos millones de personas de los cuales no había visto más que algunos miles, y de los cuales a penas si conocía unos centenares, otra cosa más que un amor grande, que se dirigía especialmente á los pobres? ¿No era esto lo que había pensado en la lúgubre noche de la plaza de Santa Teresa? ¿Había en él odio ni violencia? No, no; era sensible, demasiado tal vez, demasiado irresoluto; pero cuando tuviera más edad sería más fuerte; sabría querer, haría á



todos felices. ¡Oh! ¡Si ellos también le amasen, si en aquella masa humana que ondulaba, negra, espumante, infinita, semejante á una vía láctea de almas palpitantes, despidiese cada alma el fuego que á él le animaba, si le amasen! ¡Pero aquellos no debían odiarle, ni mirarle con ojos inyectados de odio, ni estrangularle con sus vellosos dedos, ni querer asesinarle; ¡oh, Dios! querer degollarle como á un cordero con un cuchillo, á él, al futuro Soberano!

Y pensaba que aquellos no le conocían, no le comprendían, que todos aquellos hombres no le amaban, que le odiaban, nada más que por instinto, porque había nacido en las gradas del trono.

Y su descorazonamiento no tenía límites; veía aproximarse de lejanas regiones un desierto de noches negras, y sollozaba, sollozaba como un niño desconsolado, porque era así, y su desesperación aumentaría á medida que el tiempo le aproximaba á su porvenir de Emperador y al porvenir de todo, al día fatal que alumbraría la destrucción del mundo antiguo.

Llamaron á una puertecilla, que se abrió suavemente.

—¿Quién es?— preguntó sorprendido ante esta infracción de la etiqueta, no comprendiendo cómo no había entrado Andrés para anunciar al visitante.

—Si Vuestra Alteza lo permite...

Reconoció la dulce voz de la Duquesa, se levantó y se acercó á la puerta.

—Entre usted, Duquesa—dijo.

La Duquesa entró vacilando; para atravesar los helados corredores del castillo, se había echado sobre los desnudos hombros una larga capa.

—Perdone Vuestra Alteza si me atrevo..., si vengo á incomodar.

El Príncipe se sonrió, se excusó por su traje, sorprendido, turbado. Aleja vió que tenía húmedos los ojos.

—Soy indiscreta — dijo;— pero no he podido contenerme; quería ver por mí misma cómo estaba Vuestra Alteza. Tal vez



he querido sorprender á Vuestra Alteza; ni yo misma lo sé. Algo me impulsaba... No podía menos de venir; Vuestra Alteza es mi huésped y mi Príncipe; tenía impaciencia por tener noticias propias. Durante la comida, Vuestra Alteza estaba tranquilo, pero se me figuraba...

Su voz se deslizaba con uniforme dulzura como gotas de un bálsamo.

El Príncipe la invitó á sentarse, sentóse ella, y él se sentó á su lado; cayó la capa que la cubría, y Aleja, con su desnudo seno, apareció tan hermosa como una sirena. Othomar observó que la Duquesa no llevaba las joyas que había lucido en la comida.

—He querido venir sin que nadie me vea, y por eso he llamado en aquella puerta — dijo la Duquesa, — para decir una vez más á solas, sin que nadie me oiga, la alegría que he experimentado al ver á Vuestra Alteza en salvo...

Su voz templaba, sus negros ojos estaban húmedos; la luz que desprendían los candelabros de plata hacía que brillase la seda de su vestido, y proyectaba un suave resplandor, velado por ligeras sombras sobre las líneas del rostro y la sinuosidad del seno de la dama.

Cogió una mano del Príncipe, y estrechándosela, preguntó: —¿Lloraba Vuestra Alteza cuando yo he entrado?

El Príncipe seguía derramando lágrimas, y los sollozos le estremecieron.

—¿Por qué?— volvió á preguntar Aleja.— ¿Soy tal vez indiscreta?

Él la miró, y en aquel instante se sentía dispuesto á decirlo todo. Se contuvo, sin embargo, pero la dió la esencia de su dolor.

—Estaba triste—dijo—porque me parece que todos me odian. Nada hay más doloroso que el odio.

La Duquesa le contempló en silencio largo rato; sentía aquel dolor, lo comprendía con su tacto de mujer, con su instinto de dama de la corte, educada en inmediato contacto con



los Soberanos. Comprendió á Othomar; era el Príncipe heredero; debía sufrir el dolor inherente á su rango; tenía que apurar el cáliz de amargura de los Emperadores. Recordaba lo que ella misma había sufrido tantas veces y tan intensamente á causa de su amor, como mujer apasionada; comprendía que el dolor de Othomar era diferente del de ella, pero le espantaba, sin embargo, puesto que él era tan joven todavía, y no sufría por sí mismo, sino por los millones de almas de su Imperio. Ella había sufrido de desamor, y él también. Comprendíalo así en su exquisito corazón de mujer.

Un estremecimiento de compasión semejante á un placer desconocido agitó su corazón, y con acento de dulzura infinita dijo:

—No todos odian á Vuestra Alteza.

Reconoció el Príncipe en ella las apasionadas miradas del día anterior. Se acordó del beso. La miró largo rato como dudando aún ante el incógnito. Por fin abrió los brazos, y con ahogado grito de desesperación, con la sed que tenía de consuelo, exclamó entregado á sus sentimientos:

—¡Oh Aleja!...

Ella sonrió radiante, se arrojó en los brazos juveniles de Othomar, y le estrechó contra su desnudo seno. Había experimentado los sentimientos de una amante, unidos á los de una madre; pero cuando el Príncipe se abandonó á ella en un arranque de pasión desesperada, se sintió no más que amante. Sabía que aquel sería su postrer amor, y se sentía orgullosamente triste, experimentaba una alegría diabólica. Sus besos caían como granizos sobre los ojos del Príncipe.

Y aquella noche unieron en su amor la amargura de su común sufrimiento; los dos buscaban, uno en otro, el consuelo de la vida.



## XV

*A Su Alteza Imperial Othomar, Duque de Xara en Lycilia.*

Lipara, Palacio Imperial, Abril de 18...

«Querido hermano: Antes de que lo sepas por los periódicos quiero decirte que nuestro buenísimo padre y Emperador, con motivo de haber cumplido yo los once años, me ha nombrado Caballero de San Ladislao, verificándose el acto en la sala de los Caballeros del Palacio. Puedes comprender lo que me ha enorgullecido la ceremonia; no te diré nada, porque recordarás lo que te sucedió á ti. Me conmoví mucho cuando fui procesionalmente entre los Caballeros del Gran Manto Azul á postrarme de rodillas ante el trono de nuestro padre; vestía yo mi uniforme de Teniente de la guardia. El heraldo, Marqués de Ezzera, llevaba en un almohadón el reglamento de la orden sobre el cual he jurado. Debo parecer algo bajo con mi manto, pero mi cruz de San Ladislao es casi tan grande como las de los demás; pensé que todos aquellos señores me miraban de alto á abajo, y que no era muy divertido ser el héroe de la fiesta de aquel día; pero como soy el más joven de los Caballeros, natural es también que sea el más pequeño. La espada que me ha regalado nuestro padre es algo menor que la de los demás Caballeros, pero es igualmente magnífica y está adornada con piedras preciosas. Creo, sin embargo, que la empuñadura de la tuya está cincelada con mayor esmero; pero cuando tenga diez y ocho años—todavía me faltan siete—tendré otra espada y, como es natural, otro manto.

»Mamá se puso muy nerviosa y agitada cuando supo el atentado contra ti, y hubiera querido que regresases inmediatamente, porque le parece que no estás seguro, pero no com-



prende que la cosa es imposible. ¿Pero dónde está nuestra seguridad? En la guerra, no; en palacio, tampoco. Creo que á ti no te preocupará el peligro; pero, naturalmente, mamá es mujer y no piensa como nosotros. También la tienen inquieta las rebeliones y el estado de sitio; á mí me divierte mucho todo esto; no se ven más que militares. Von Fest es un bravo; tendré mucho gusto en estrecharle la mano y darle gracias; pero como ahora no puedo hacerlo en persona, te ruego encarecidamente que lo hagas en mi nombre y sin tardar. Ya habrás sabido por el General Ducardi que papá quiere nombrar á tu salvador Comendador del Cetro Real; es lástima que no podamos hacerle Caballero de San Ladislao; pero para esto hubiera tenido que ser lipariano y no gothlandés.

»Tengo que terminar, querido hermano, porque el Coronel Fasti me espera para la lección de esgrima. Da mis cariñosos recuerdos á Herman y al General Ducardi; saluda á los demás y recibe un abrazo de tu cariñoso hermano,

BERENGARIO,

Marqués de Tracyna, Caballero de San Ladislao.»

## XVI

Verificábase la apertura del nuevo Parlamento. Lucía un sol radiante.

Las tropas cubrían la carrera desde el Parlamento hasta el palacio imperial. Detrás de los soldados la muchedumbre se apiñaba y lanzaba exclamaciones; en balcones y ventanas se agolpaban racimos de personas. El fuerte Wenceslao disparó un cañonazo que repercutió en el mar, anunciando que el Emperador regresaba á palacio; los soldados iban presentando armas al paso del cortejo.

Delante marchaban seis escuadrones de lanceros con uniforme azul y blanco, y ondulantes banderolas en las puntas de las lanzas. Toda la guardia del trono, uniformada de blan-



co, con brillantes corazas de oro, en caballos negros y la alabarda en mano, custodiaba las carrozas de gala que rodaban suavemente tiradas por seis y ocho caballos empenachados, y ostentando la doble corona del Imperio. En la primera carroza iba el gran maestro de ceremonias, Conde de Threma; en la segunda, tirada por ocho caballos y acompañada por las aclamaciones de la multitud, el Emperador, con su uniforme cuajado de oro, con el manto de armiño forrado de escarlata, y ceñida en la frente la corona... Era la primera vez que el pueblo veía coronado al Emperador.

Y le aplaudían. Pero el Emperador no devolvía los saludos; miraba á la multitud á derecha é izquierda, alternativamente, al través de los cristales, con sonrisa orgullosa, en la conciencia de su valor personal y de su triunfo; y su rostro, que tenía los signos de su raza, enérgico, de una voluntad fría, imperial, permanecía impasible, con su sonrisa de Emperador en una entrada triunfal.

Y en realidad, era un gran triunfo aquel regreso del palacio del Parlamento al palacio imperial; le habían discutido su poder, y él había extendido su poderosa mano para mostrar á todos que su voluntad bastaba para doblegarlo todo con arreglo á su palabra y á su deseo. Y las aclamaciones iban en aumento, lanzadas por una muchedumbre caprichosa, como mujer domada por un amo al que admiraba por su energía, al que respetaba por su poder imperial, apoyado por el Parlamento y sostenido por un ejército completamente adicto; y cada vez eran mayores y más entusiastas los vivas que repercutían en el espacio, iluminado por aquel sol que irradiaba sobre los edificios de mármol; y el Emperador continuaba sonriendo como si quisiera decir con su sonrisa: aplaudid, lo único que podéis hacer es aplaudir...

En la carroza que venía detrás, el duque de Xara con corona y manto, miraba á la bulliciosa muchedumbre con la misma mirada con que su madre contemplaba á las multitudes. En la carroza siguiente iba el nuevo Gobernador general de



la plaza, el Duque de Mena-Doni, más rudo como soldado y menos hombre de corazón que el Marqués de Dazzara, cuya mano militar había doblegado á la blanca capital como esclava golpeada, durante todo el tiempo que duró el estado de sitio, proclamado pocas horas después de los tumultos y seguido de un decreto del Emperador disolviendo la Cámara de los Estados. Sus labios, gruesos y sensuales, sonreían con la misma sonrisa del Emperador, de quien personificaba la ruda energía, y también él parecía como si dijese: aplaudid, pues; gritad, gritad: ¡viva el Emperador!

Las demás carrozas conducían al Canciller del Imperio, Conde de Myxila, y á los Ministros, siete de los cuales formaban parte del antiguo Ministerio; los otros cinco habían sido escogidos entre los más autoritarios de la antigua nobleza de la Cámara de los nobles.

Y el pueblo aplaudía y gritaba: ¡Viva!

Detrás de las carrozas de los altos dignatarios formaban los coraceros de Xara, el regimiento del Príncipe heredero; detrás, un regimiento de caballería colonial, africanos, negros, relucientes como el ébano, con ojos de esmalte, prominentes labios y con el deslumbrante albornoz blanco; cerraban la comitiva dos regimientos de húsares, con amplios dolmanes verdes, guarnecidos de alamares de oro.

Jamás hubo apertura de Parlamento con tal alarde de fuerza. ¿Y no sabe el pueblo que fuera de la ciudad, en la esplanada del campo de Marte, han sido reunidas todas las tropas de la provincia, acampadas para las maniobras que se han anticipado? ¿Y que ha sido reforzada la guarnición del fuerte? ¿Y que la escuadra está en la bahía? El pueblo sabe perfectamente que debe aplaudir, y aplaude, satisfecho de hacerlo, con la frivolidad latina y la indulgencia meridional, y ama al Emperador por su energía abrumadora, y encuentra simpático al Príncipe heredero por su hermosa conducta en las provincias del Norte, quizá también porque le parece más interesante después del atentado frustrado contra su vida. Y



los curiosos no se molestan por verle á través de los granaderos que presentan armas; no se muestran ofendidos por el ningún aprecio que de esos saludos hacen el Emperador y el Príncipe; aplauden igualmente, satisfechos tal vez de aquella indiferencia; aplauden como locos.

Lentamente desfila el cortejo imperial. En toda la ciudad, orgullosa de sus casas de mármol, resuenan los ecos de los cascos de los caballos sobre el empedrado. En el centro de la comitiva brillan las carrozas de gala, rodeadas por la deslumbradora guardia del trono, como joyas celosamente custodiadas. En aquel momento la caballería es el ídolo de Lipara; á su paso palpitan los corazones, y el pueblo, apiñado entre los altos edificios y las filas de los soldados, sin espacio apenas para respirar, continúa aplaudiendo. La comitiva llegó al palacio imperial. Los coraceros y lanceros formaron en tres alas en la inmensa esplanada de mármol. Delante la guardia, y cerrando la entrada de la plaza, los africanos.

Avanzaron las carrozas, descendió el Emperador y en unión del Príncipe imperial atravesó el vestíbulo y subió las escaleras. Los corredores de palacio estaban llenos de dorados uniformes; un séquito numeroso marchó en pos de Oscar y de Othomar. El gran mayordomo, con doce Gentilshombres de servicio, salió al encuentro del Emperador, que se quitó el manto y la corona, y lo mismo hizo el Príncipe imperial.

En seguida se dirigieron á la gran Sala Blanca, ornada de blancas columnas corintias con dorados capiteles; la Emperatriz y la Princesa Thera, rodeadas de sus damas de honor, esperaban en aquel lugar.

Aquel era un gran día; la Monarquía, en la espléndida apoteosis de aquella apertura del Parlamento, triunfaba de las amenazas del mañana y hacía retroceder al porvenir. La Emperatriz, con traje de terciopelo de color violeta claro, se adelantó al encuentro de su esposo y le hizo una profunda reverencia. Igualmente se inclinaron la Princesa y las damas de honor... Al exterior, ante el palacio, la plaza estaba llena



de gente; entusiastas aclamaciones se estrellaban contra el impenetrable palacio, como las olas del mar contra los escollos. Abriéronse las puertas del balcón de enmedio y se presentaron el Emperador y el Príncipe.

—Saluda profundamente en todas direcciones—dijo brevemente el Emperador á su hijo.

Los rayos del sol caían como lluvia de oro, y coloreaban los expresivos rostros de aquella muchedumbre meridional. Al ver á los Soberanos, la multitud agita los sombreros y lanza gritos y exclamaciones que repercuten al través de las columnas de la Sala Blanca. La Emperatriz se asusta y palidece; le falta la respiración...

Desde el balcón, el Emperador de Liparia saluda con la mano á su entusiasta pueblo; el duque de Xara saluda con inclinaciones de cabeza.

LUIS COUPERUS.

*(Se continuará.)*



# POETAS AMERICANOS

---

## MI ALMA EN EL MAR

---

Pequeño poema.

Es una noche obscura, tenebrosa.  
El mar tranquilo, mudo, maniatado,  
Como un lebrél inmenso que reposa  
Ardiente y fatigado  
Sobre la inmensidad de una espesura,  
El viento casi helado,  
Y la nave volando vigorosa  
Bajo el dombo de un cielo encapotado  
Que tiende sus cendales en la altura.

A bordo estoy. En mi alma concentrado  
Y al rumor de los mares, pienso á solas  
Cómo los sueños de placer se estrellan  
De la desilusión contra la bruma,  
Y entreveo la espuma de esas olas  
Que corren, se abalanzan, se atropellan  
Y van dejando al fin de ser espuma...

Estoy triste, muy triste. ¡Qué espantable  
La volubilidad de mi destino!  
¡Negro está mi camino



Como esta obscuridad impenetrable  
En que se envuelve el piélago marino!  
Un tiempo fuí feliz. Tiempo dichoso  
En que el Dios del Amor me prestó ayuda:  
Amé, pero dudaba receloso,  
La amarga duda me quitó el reposo,  
Y tras lucha tenaz triunfó la duda,  
Y mi desgracia fue.

Así igualmente  
El dudoso color en este instante  
De la mansa corriente  
Que lucha entre lo obscuro y lo brillante  
Para volverse obscuro de repente.

Todo es silencio. Arriba el negro cielo  
Deja entrever, tras su tupido velo  
Nubes en un conjunto ennegrecido  
Que, cerca del bajel, semeja un monte  
Sobre mí suspendido;  
Abajo el mar profundo,  
A los bordes del mar un horizonte,  
Y tras el horizonte todo un mundo.

Por sobre la extensión del Oceano  
Sólo se escucha como blando arrullo  
El trémulo murmullo,  
Que débil llega y piérdese lejano,  
De esas olas que se hablan en secreto  
Y van pugnando por crecer en vano,  
Y aquí, á mi alrededor, en la cubierta,  
Se vislumbra, en figuras tenebrosas,  
Un conjunto de sombras y de cosas  
Como visión de lobreguez incierta  
Y, más cerca de mí, las tenues luces  
Permiten ver, al centro de la nave,  
El firme mástil de apostura grave



Que hunde en la lóbreguez sus altas cruces,  
 Donde tal vez lleva dormida un ave,  
 Y su redonda imagen proyectando  
 Se levanta la gruesa chimenea  
 Que al fuego del vapor que la caldea  
 Lanza sus bocanadas palpitando,  
 Y entre el correr triunfante  
 Sólo se oye el rumor del anhelante  
 Hélice propulsor que al buque todo  
 Impulsa con empuje soberano,  
 Merced al fuego de la ardiente fragua,  
 Y que hace que el bajel navegue á modo  
 De un ave que al nivel del Océano  
 Tendiera el vuelo y azotara el agua.

¡Oh, espectáculo triste y majestuoso!  
 La noche un caos; el mar como un coloso  
 Encadenado por angustia interna,  
 Y el bajel que lo cruza proceloso  
 Cual fugitivo desertor soldado  
 Que á la luz de una pálida linterna  
 Huye por entre un campo desolado.

Bello y triste á la vez cuanto descuella  
 Roba á mi sér la calma,  
 Porque en la intensidad de mi querella  
 Al pensar en lo bello pienso en ella,  
 Y al pensar en lo triste pienso en mi alma.  
 En ella pienso, sí: la amé por bella,  
 Tan fiel y enamorado,  
 Que en este amor mi voluntad ha estado  
 Suspensa con placer de sus antojos,  
 Y es que el fuego de mi alma era atizado  
 Por el constante fuego de sus ojos.  
 ¿Y ella me amó? No sé si su mirada

E. M.—*Octubre 1901.*



Tuvo fuego de amor por un instante,  
Yo no sé si sentía enamorada  
Cuanto me revelaba su semblante;  
¡Yo sólo sé que mi alma impresionada  
Fue siempre fiel, amante,  
Que fuí un orador ciego, vehemente,  
Y que si ella pecó por inconstante,  
Yo he pecado también por inocente!  
Tal vez si no me quiso ningún día  
O tal vez si en sus ratos de clemencia  
Quiso hacer mi ventura, mi alegría,  
¡Tal vez sí, lo anhelaba su conciencia,  
Pero su corazón se resistía!

¡Oh mar tan triste como el alma mía!  
¡Miro la melancólica grandeza  
Que en sus ámbitos todos se vislumbra,  
Y entre su inmensidad y su penumbra  
De tan triste bellaza  
Siento que se aminoran mis pesares  
Pensando que es pequeña mi tristeza  
Ante la gran tristeza de los mares!

¿A dónde voy? Ya mi esperanza ha muerto  
Y mi dolor no alcanza  
A poder divisar un lontananza  
Ni á traslucir la claridad de un puerto.  
¡Feliz tú, nave ufana  
Que las ondas del mar surcas ligera!  
¡Dichosa tú que vas en tu carrera,  
Segura de que el sol de la mañana  
Te habrá de sorprender en la ribera!

.....  
.....



De pronto—allá á lo lejos  
Tenues y palidísimos reflejos  
De una lumbre que crece  
Y acompasadamente se obscurece;  
La rauda nave luego,  
Enmendando su rumbo con presteza,  
Toma vuelo á esa lumbre que parece  
Un fantasma de fuego  
Que sumerje á intervalos la cabeza.  
¡Qué fruición de bálsamo indecible  
Brinda al dolor aquella luz distante!  
¡Por la ira de los vientos invencible  
Y de la mar triunfante!  
¡Oh faro inamovible,  
Esperanza y consuelo indefinible  
Para todo extraviado navegante!  
¡El bajel sigue el vuelo! Ya se aleja  
Todo lo que es obscuridad y arcano,  
Y al fulgor poco á poco más cercano  
La sombra de la nave se refleja  
Sobre la muda faz del Océano,  
Y el empuje y las fuerzas acreciendo  
Ya la larga distancia va cediendo  
De ese faro que, á solas,  
Girando sin cesar, va describiendo  
Un círculo de luz sobre las olas;  
Se acorta más y más, y prontamente  
Nave y faro se encuentran frente á frente;  
Pasa la nave, y el lumíneo atleta  
Sosegado, esplendente,  
Le da un beso de luz, vuelve la cara,  
Gira en vuelta completa  
Y quisiera besarlo nuevamente;  
Pero ya la distancia los separa,  
Y allí, surgiendo de la mar tranquila,



Parece que quedara entristecido  
 Mientras su luz girando centellea  
 Cual si fuera una eléctrica pupila  
 Que tratara de hallar algo perdido  
 En todo el derredor de la marea...

Después se hunde el vapor por entre el mismo  
 Fantasma de pavuras y de abrojos  
 De tétrico espejismo,  
 Y sólo pueden vislumbrar los ojos  
 Ante la proa, lobreguez de abismo,  
 Y atrás espectros rojos,  
 Mortecinos fulgores,  
 Que agonizan allá como una fragua  
 Que no alcanza á elevar sus resplandores  
 Sobre el convexo líquido del agua.

. . . . .  
 ¡Tras de vasto camino iluminado  
 De nuevo las regiones de lo obscuro!  
 ¡Cuán triste es para mí—oh desdichado—  
 Recordar los fulgores del pasado  
 Viendo las lobregueces del futuro!

Tal es la vida: un negro torbellino,  
 Monstruo de lobreguez aterradora,  
 Y de pronto una luz en el camino,  
 Esperanza de aurora;  
 Seduce, atrae, deslumbra porque es bella,  
 Pero ya frente á ella,  
 El tiempo con su fuerza destructora  
 Empuja nuestra vida hacia adelante  
 Aligerando el paso,  
 Y la luz queda allí fugaz, traidora.  
 ¡Es que así como tiene su levante,  
 Toda la creación tiene su ccaso!



¡Oh ilusión tentadora,  
Que del mundo al correr se desvanece  
Cuanto más se la quiere y se la adora!  
¡Oh luz deslumbradora  
Que al correr del bajel desaparece!  
¡Oh vida engañadora,  
Que no es sino una nave voladora  
Que en noche obscura sobre el mar se mece!

Tal mi pasión ha sido. Corto instante  
De ventura de amor, dulce ventura  
Para el rendido amante,  
Y luego la constante desventura,  
Ruín porvenir, desilusión constante,  
Fugaz minuto de placer vehemente,  
Y duelos y miserias mientras viva.  
¡Un día ecuatorial de luz ardiente  
Y una noche polar en perspectiva!

¿Y á quién culpar de tanto desconsuelo?  
Sólo á la suerte ingrata,  
Aquella que en momentos arrebatada  
La dicha que formamos con desvelo.  
¡Pues ya que contra mí su ira desata,  
Yo contra aquella suerte me rebelo!  
Y lucharé con inconsciente anhelo  
Contra sus férreos lazos;  
Bien sé yo que á su embate  
Rodaré al primer choque hecho pedazos,  
Pero quiero luchar, y en el combate,  
Aunque bien sé que á la pasión me inmolo,  
Desprecio auxilios y desprecio brazos:  
¡Quiero luchar con ella... pero solo!

¡Oh nave, vuela con fragor; la noche



Reina aun por doquiera;  
Atiza los furoros de tu hoguera  
Antes de que la aurora rompa el broche;  
Vuela, vuela sin fin á la manera  
De ágil, rugiente fiera  
Por círculo de fuego sorprendida,  
Desecha el salvamento,  
Rompe el timón que te sirvió de egida,  
Despedaza tu brida,  
La brújula echa al mar, recobra aliento  
Y, abandonada ya, mas no vencida,  
Vuela, vuela sin fin hacia adelante  
Desafiando el furor del mar y el viento,  
Fragorosa, anhelante,  
Hasta encontrar en tu ira prepotente  
La roca que se oponga á tu camino  
¡Porque yo quiero con afán vehemente  
Morir... pero golpeando á mi destino!!

LUIS FERNÁN CISNEROS.

Lima, Marzo 1901.



# LA REFORMA DEL CASTELLANO

---

## PRÓLOGO DE UN LIBRO EN PRENSA

Cuando acabé de leer el manuscrito de esta obra, fuíme á contemplar campo abierto al cielo, y por la luz de éste bañado, paisaje libre, la llanura castellana, austera y grave, amarilla en este tiempo por el rastrojo del recién segado trigo. Era que me sentía mareado y oprimido; habíanme dejado los *Paisajes parisienses* de Manuel Ugarte cierto dejo de tristeza, de confinamiento, de aire espeso de cerrado recinto. Quería respirar á plenos pulmones.

El título de esta obra es ya de suyo paradógico: *Paisajes parisienses*. Un recinto cerrado, en que las edificaciones humanas nos velan el horizonte de tierra viva, una ciudad parece excluir todo paisaje. Mas, en resolución, ¿es que hay barrera ó linde entre la naturaleza y el arte, entre lo que hace el hombre y lo que al hombre le hace? A los que me dicen que van en busca de la naturaleza huyendo de la sociedad, suelo decirles que también la naturaleza es sociedad, tanto como es la sociedad naturaleza. Ciudad, portentosa ciudad, no de siete como Tebas, sino de infinitas puertas, de henchidas viviendas, de enhiestas torres berroqueñas, de vastas catedrales



en que sostienen bóveda de follaje columnas vivas; ciudad es lo que llamamos naturaleza, y á su vez selvática selva, selva de savia rebotante es cada ciudad. Puede, pues, hablarse de paisajes parisienses.

El único reparo que á la congruencia entre el título y el contenido de esta obra pondría, es que se habla en ella mucho más del paisanaje que del paisaje parisiense; no la descripción de lugares, como del título podría esperarse, sino el relato de hechos y dichos de los que los habitan, es lo que la constituye. Mas, aun así y todo, ¿no se refleja acaso en el paisanaje el paisaje? Como en su retina, vive en el alma del hombre el paisaje que le rodea. Y aún es mejor presentárnoslo así.

Porque hay dos maneras de traducir artísticamente el paisaje en literatura. Es la una, describirlo objetiva y minuciosamente, á la manera de Zola ó de Pereda, con sus pelos y señales todas; y es la otra, manera más virgiliana, dar cuenta de la emoción que ante él sentimos. Estoy más por la segunda.

«Era un prado que daba ganas de revolcarse en él», ó como dice Guerra Junqueiro:

«Pastos tão mimosos que quizera a gente  
Transformar-se em ave para os não calcar.»

El paisaje sólo en el hombre, por el hombre y para el hombre, existe en arte. No censuro, pues, el que titulándose *Paisajes* la obra de Ugarte, apenas figuren éstos más que como decoración ó fondo de las animadas figuras.

Los paisajes de este libro son grises, otoñales, desfallecientes, de amarillas hojas arrastradas por el viento implacable al pudridero, paisajes de un solo rincón de bosque ciudadano, vistos á una sola hora, á una sola luz, de una sola manera. Porque estos *Paisajes*, lo he de declarar y sin reproche, son monotonos, monocromos; la misma nota en ellos siempre, cascada nota que suena á hueco. Una nota triste, de arrastra-



da melancolía, una nota que parece surgir del cementerio del viejo romanticismo melenudo y tísico. Sus alegrías parecen fingidas y forzadas, sus risas suenan á falso.

Una vez más la bohemia, las grisetas, los estudiantes, los pintores, las aventuras amorosas fáciles; Mürger de nuevo. Confieso que es un mundo al que no ha logrado llevarme la atención, ni que logra conmoverme. Por esto mismo he leído con calma el libro de Ugarte, con empeño por dejarme penetrar de su espíritu, á ver si consigo de una vez gustar el encanto que para otros tiene tal mundo, el espectáculo de esos pobres mozos «estragados por la bebida y la lectura, que cultivan la úlcera de la vida bohemia, con la esperanza de arrancarle el extraño pus de una nueva modalidad». Tampoco esta vez me ha conmovido la bohemia. No sé si adrede ó á su despecho, pero lo cierto es que me resulta haber escrito Ugarte un libro de edificación moral, un sermón contra la vida de bohemia.

Mas, después de todo, tratándose como se trata de un joven muy joven, ¿qué importa lo que Ugarte nos diga, la letra de su libro, el resultado de su esfuerzo? Lo interesante es el alma que en él ha vertido, es la música de su obra, es el intento de su esfuerzo. Es para mí la suya una voz más, una voz más de esta juventud inorientada mejor aún que desorientada, occidentalada más bien. Uno más que viene por su «jornal de gloria», gloria que es «eco de un paso»—son suyas ambas expresiones—para desvanecerse luego, primero en muerte, en olvido al cabo, al correr de días, meses, años ó siglos. Uno más á la pelea por la sombra de la inmortalidad, ya que perdimos la fe en su bulto, por la perdurabilidad del nombre, del *flatus vocis*, ya que no creemos en la substancialidad del alma; uno más inficionado del erostratismo que á todos nos corroe, del mal del siglo; uno más que aspira á que se cierna su nombre sobre el despojo de su vida; uno más que nos ofrece su «provisión de ensueños para combatir la vida» á cambio del jornal de gloria para combatir el espectro de la muerte. ¿Quién rehusa ser pa-



drino de la criatura de un compañero así de ilusiones y vanidades?

Lo que estas páginas te ofrecen, lector, son cuadros de miseria en que el tratado sexual forma el acorde de fondo. No el amor, no tampoco la sensualidad, ni menos la pasión, porque todo aparece aquí friamente pragmático, como en un cronicón medioeval, con tenue colorido en las frases. Son unas relaciones sexuales que parecen regidas por un código, no por consuetudinario, menos rígido ni menos frío que otro código cualquiera. Hay cosas atroces, como las razones por las que María, que «amaba de verdad á Berladún», se entregó con repugnancia al primer desconocido «para poder ir al día siguiente con la frente alta, en la seguridad de que ya era mujer». Pocos códigos más atrocemente rígidos, más de esclavos, que el código consuetudinario que semejante cosa decretase. Me complazco en creer que tal artículo no existe, que lo hecho por María obedeció á otros móviles más humanos, al hambre acaso, ó que no amaba de verdad á Berladún, aun cuando ella misma creyese otra cosa. Su ocurrencia me sabe algo á literatura *pour épater le bourgeois*.

Las figuras que por aquí desfilan, gesticulando al recitar su recitado, parecen sombras chinescas, sin carne, ni sangre, ni nervios, ni músculos, sin apetitos apenas, sombras que en el tablado repiten las contorsiones y muecas que les enseñaron, atentas á una liturgia estrictamente formulada. Una opacidad y languidez enormes las envuelven. Si es así ese París, debe de ser bien triste, á pesar de sus carcajadas, sus risas y sus besos; carcajadas, risas y besos que parecen responder á acotaciones del papel de la comedia; carcajadas, risas y besos de teatro. El tal París debe de amodorrar al alma con sus dibujos de Steinlen y sus estrofas de Rictus; parece una ciudad de almas cansadas, de donde huyera la espontaneidad para siempre.

Todo esto, la opacidad, la languidez, la monotonía, la sombra-chinesquería, todo esto deja una impresión honda, la



impresión que me llevó, luego de leído este libro, á respirar aire libre á plenos pulmones, á restregar mis retinas con la visión reconfortante de la austera y grave llanura castellana.

En medio de esta pesadilla acompasada y opaca, incidentes de una amarguísima realidad viva, no teatral, como el de la niña de los anteojos en *Una aventura* y, sobre todo, en *Graveloche*, aquel pobre hombre que corría perseguido por otros, como una bestia, cruzando entre los carruajes y atropellando á los transeuntes, mientras los que venían detrás de él gritaban: «¡A él! ¡A él!... ¡Es el ladrón!» El fugitivo se abría paso entre la multitud, con los ojos fuera de las órbitas, latigueado por el miedo. Y el grupo de perseguidores acrecía, se multiplicaba, se convertía en ejército, clamoreando su insulto, sin saber siquiera si había robado. Bastó que alguien lanzara la acusación terrible, para que todos hicieran coro, felices de hincar la garra en la víctima. Nadie se preguntaba las circunstancias del robo. Nadie trataba de asegurarse de que el robo existía. Aquí se pone de manifiesto uno de los más bajos instintos humanos, el instinto policíaco, tan bajo como el instinto judicial. Y ¡aquel pueblecillo de tísicos de *Los caídos*! Hay, por otra parte, un *Sevilla en París* que será, en efecto, Sevilla en París, puesto que no es Sevilla en Sevilla; una Sevilla de teatro, falsa, traducida al francés, una Sevilla tan genuina y castiza como aquella sevillana que en 1889 encontré en la Exposición, una sevillana de ancha carota rubia, con su mantilla de madroños, y que hablaba el castellano con un horrible graseo de las erres y un acentuadísimo acento francés.

Mas lo que sobre todo me llama la atención en este nuevo peregrino de la literatura, en este mozo que viene por su «jornal de gloria», es la inventiva para la frase; es su característica. Aquí leeréis: masticar besos; espolear carcajadas; casca-belear una alegría delirante, ó bien risas; borbotear risas; cacarolear frases dudosas; trompear canciones; mariposear la tentación de un beso; la lengua alegre de un estudiante que



campanea: ¡presente!; bailar alegrías con los labios; bufonear amores; relampaguear el placer chisporroteando besos; hilar palabras en una conversación incesante y sorda; deshojar margaritas de porvenir; hincharse los labios para el beso... y ¡qué és yo cuantas más! Lo de «una carcajada hueca galopó bajo la noche» es pura y exclusivamente francés. Algo de forzado á las veces en tales frases, hay que reconocerlo, como en la de aquel reloj que «afectaba cierto sadismo» y «desangraba lentamente los minutos». Y expresiones vivamente gráficas como cuando Mauricio «daba manotadas sobre sus convicciones para no perder pie» mientras la embriaguez «era un anteojo que ponía los objetos á su alcance y le permitía masticarlos hasta arrancarles la savia».

En la metáfora propende, y es propensión reveladora de mucho, á apoyar lo concreto y real en lo abstracto é ideal, lo definido en lo indeterminado, como si el mundo de la abstracción nos fuese más inmediato y directo que el mundo de la realidad concreta objetiva. Así nos habla de «una franja de cielo obscuro, invariable, como una franja de dolor sobre una vida», de «un tragaluz que se abre sobre un patio, como una ambición sobre un imposible», de que «el poeta levantó los ojos como dos reproches» ó de que «las panteras se paseaban como instintos en una cárcel de voluntad». Porque si decís que los instintos se revuelven en la cárcel de la voluntad como panteras en sus jaulas, el proceso psíquico de la metáfora es el directo y corriente.

Esta manera inversa es reveladora de mucho, lo repito; puede servir de señal típica con que conocer á un escritor. Es el síntoma más característico de la peculiar manera que de ver los paisajes parisienses tiene Ugarte; él nos explica aquel tono de triste teatralidad de que hablaba.

El lenguaje... esto exigiría todo un tratado en que me explayase sobre las faltas y sobras de este lenguaje que, hasta cuando es correcto, parece traducido del francés. Un lenguaje desarticulado, cortante y frío como un cuchillo, desmigajado,



algo que rompe con la tradicional y castiza urdimbre del viejo castellano; un lenguaje de ceñido traje moderno, con hombreras de algodón en rama, con angulosidades de sastrería inglesa, con muy poco de los amplios pliegues de capa castellana, de capa en que embozarse dejándola flotar al viento, sin rotundos períodos que mueren como ola en playa. No lo censuro; todo lo contrario.

Esta tarea revolucionaria en nuestra lengua, con sus excesos y todo—¿qué revolución no los trae consigo?—hará su obra. La prefiero á la labor de marquetería, cepilleo y barnizado de los que, aspirando á castizos, por castigar el estilo castigan al lector, como decía *Clarín*. Lo he dicho muchas veces, hay que hacer el español, la lengua hispanoamericana, sobre el castellano, su núcleo germinal, aunque sea menester para conseguirlo retorcer y desarticular al castellano; hay que ensancharlo si ha de llenar los vastos dominios del pueblo que habla español. Me parece ridículo el monopolio que los castellanos de Castilla y países asimilados quieren ejercer sobre la lengua literaria, como si fuese un feudo de heredad. Ni aun la anarquía lingüística debe asustarnos; cada cual procurará que le entiendan, por la cuenta que le tiene.

Roto el respeto á la autoridad de una gramática autoritaria y casuística á la vez, cada cual verterá sus ideas á la buena de Dios, según la gramática natural, en el lenguaje que más á boca le venga, y todas las divergencias que de aquí surjan entrarán en lucha, serán eliminadas ó seleccionadas éstas ó las otras, se adaptarán al organismo total del idioma, á la vez que lo modifiquen aquéllas, é irá así haciéndose la lengua por dinámica vital y no por mecánica literaria, por evolución orgánica, con sus obligadas revoluciones y crisis, y no por fabricación mecánica.

Cuando empiece en España á conocerse científicamente la lingüística, y no en abstracto y muerto, sino en concreto y vivo, es decir, aplicada á nuestro propio idioma; cuando se generalicen los conocimientos respecto á la vida y desarrollo



de éste y de cómo lo hablan los que no lo escriben, y cómo lo escriben los que apenas lo hablan, entonces se sabrá para qué puede servir el artefacto ese de la gramática y para qué no sirve, y que es tan útil para hablar y escribir el castellano con corrección, como la clasificación de las plantas de Linneo lo es para aprender á cultivar la remolacha, el cáñamo ó el olivo.

Cuenta que no defiendo los galicismos que algún purista podría contar en este libro; ni los defiendo, ni por ahora los censuro. Me limito á hacer observar que formas hoy corrientes fueron galicismo, ó italianismo, ó latinismo en algún tiempo, y que prefiero una lengua espontánea y viva, aun á despecho de tales defectos, á una parla de gabinete, con términos pescados á caña en algún viejo escritor y giros que huelen á aceite. El criterio en estas cuestiones de estilo, corrección de lenguaje y *buen gusto* (!!!) ha sido siempre para mí el más claro signo de espíritu progresista y retrógrado. Tendré siempre á un Hermosilla por un reaccionario redomado, aunque se nos aparezca más liberal que Riego y renegando de todo Dios y todo Roque.

Vuelvo á repetirlo: una de las más fecundas tareas que á los escritores en lengua castellana se nos abren, es la de forjar un idioma digno de los varios y dilatados países en que se ha de hablar, y capaz de traducir las diversas impresiones é ideas de tan diversas naciones. Y el viejo castellano, acompasado y enfático, lengua de oradores más que de escritores—pues en España los más de estos últimos son oradores por escrito;—el viejo castellano, que por su índole misma oscilaba entre el gongorismo y el conceptismo, dos fases de la misma dolencia, por opuestas que á primera vista parezcan, el viejo castellano necesita refundición. Necesita para europeizarse á la moderna más ligereza y más precisión á la vez, algo de desarticulación, puesto que hoy tiende á las anquilosis, hacerlo más desgranado, de una sintaxis menos involutiva, de una notación más rápida. La influencia de la lectura de autores franceses



---

va contribuyendo á ello, aun en los que menos se lo creen.

He aquí por qué me parece la presente obra una obra de alguna eficacia en el respecto lingüístico. Revolucionar la lengua es la más honda revolución que puede hacerse; sin ella, la revolución en las ideas no es más que aparente. No caben, en punto á lenguaje, vinos nuevos en viejos odres.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Salamanca, Julio de 1901.



# VIAJE DE LA EMBAJADA ESPAÑOLA

Á LA CORTE DEL SULTÁN DE MARRUECOS

---

## LA VIDA EN MARRAKESH

Dar Muley Alí, 8 Junio 1901.

La *Muna* con que el *Maghzen* nos agasaja y atiende ha venido á ser nueva manzana de la discordia arrojada en el jardín de las hespérides. La servidumbre mora, que habita el palacio de Muley Alí, anda en continuas disputas acerca de la distribución de los víveres, operación que hay que ejecutar todas las mañanas con gran cuidado, por más que sea imposible evitar continuas quejas y reclamaciones. Y es que los servidores, en el deseo de lucrarse con la parte de víveres que les corresponde, se roban los unos á los otros; y en el afán de ganar, llegan á privarse del necesario sustento. Todos juzgan como la cosa más natural del mundo cometer semejantes robos y ejercer tan inmoral tráfico, porque al fin y al cabo la *Muna* es un regalo del Sultán, del que sus súbditos deben aprovecharse. No hay que decir que el Soberano nos atiende con verdadera munificencia; todos los días un empleado árabe, *el amin* ó administrador, puesto al servicio de la Embajada, cuida de que se nos traiga lo mejor que se encuentra en el mercado de la ciudad, y todas las mañanas, carneros, gallinas, pollos, perdices, hortalizas y legumbres variadas, frutas, café, té, azúcar, pan, manteca, velas, en fin, cuanto es necesario para el mantenimiento de la expedición, entra en el palacio de Muley Alí con



extraordinaria abundancia, en forma y manera que puede hacerse el reparto con esplendidez.

Pero los árabes no fraternizan entre sí, y han formado grupos de cofrades y aliados que están siempre peleándose unos con otros. Cada una de estas pequeñas tribus vive completamente separada, haciéndose su comida aparte y celando cuidadosamente al vecino. Cualquier muestra de favor que se haga á alguno despierta las mayores envidias, y los chismes, cuentos é historias abundan á más y mejor. Todos están dispuestos á robar por su parte ó en compañía; pero si no han podido hacerlo por su cuenta ó no han tenido participación en el negocio, ponen el grito en el cielo, creyéndose lesionados en el más sagrado de sus derechos. En el fondo proceden con completa buena fe, suponiendo que la esplendidez del Soberano debe servir ante todo para favorecer á sus súbditos, que deben aprovecharse de ella, y naturalmente, cuanto se les da, les parece poco. Nada hablaría más en contra de la decantada sobriedad de los árabes, que las grandes cantidades de alimentos que se les reparte diariamente; cada uno se lleva víveres para cuatro personas, y aun así se quejan descaradamente; pero lo cierto es que se privan hasta de lo necesario para venderlo inmediatamente en la plaza pública; y por más que se hace, todo es inútil, resulta imposible evitar que se cometan estos abusos consagrados por la costumbre. Desde el primero hasta el último, comenzando por el mismo *amin* hasta llegar al pinche, todos tienen las mismas ideas, en forma que, para los servidores árabes, una Embajada extranjera es un pretexto para realizar ellos por su parte una expedición dedicada á la sisa y al pillaje, sin que les preocupe nada más que el botín y los beneficios que puedan adquirir por medios tan ilícitos como abusivos.

¡Extraños tipos y extrañas costumbres! La hora del reparto de la *Muna* resulta siempre en extremo curiosa, siendo motivo y ocasión de hacer muy interesantes observaciones. ¡Qué de gentes diversas y qué de pasiones distintas! Ya es Selam el



mozo de comedor, árabe astuto y ladino, cuyo mirar de soslayo revela la traición, pero que con su aspecto placentero, su eterna sonrisa, sus modales dulces y delicados, y su exagerado servilismo, trata de disimular hipócritamente su ardiente odio hacia los cristianos. Ya es mi criado Abdallah, fanático, entontecido por el abuso del Kiff, envidioso de todo y dispuesto á jurar en falso por cualquier pretexto. Ya es el Guadrasi, despreocupado y escéptico, contaminado por la mala gente de la costa, enredador y descarado, hermano legítimo de los pillos de plazuela y de los charranes de playa. Y siguen el Hadj-Messod, verdadero y legítimo truhán, capaz de todo, iniciado en las logias masónicas de Gibraltar, y echándose las, por consiguiente, de espíritu fuerte, burlándose en nuestra presencia de Mahoma y de su religión, creyendo halagarnos con esto, pero engañándonos al mismo tiempo en cualquier contrato que se haga por su mediación; ó bien el Larbi, exaltado y vehementemente, medio loco, que gesticula y alborota como un energúmeno por el más fútil pretexto, y que, después de haber armado el mayor de los escándalos, se queda tan tranquilo, como si nada hubiera pasado; ó su hijo, rapaz astuto y malicioso, en quien están singularmente desarrollados los instintos de dominación y mando; que se las echa de favorito de los señores para imponer sus caprichos á los demás servidores y hacerse agasajar como amo, y tantos otros á cual peores, todos envidiosos, rapaces, ladrones y mentirosos, que se odian entre sí cordialmente y sólo se unen por el sentimiento común de animadversión al cristiano.

Inútil es hablarles de paz, de concordia, de caridad, en una palabra. ¡Qué entienden ellos de todo eso! Dispuestos á destrozarse unos á otros, haciéndose continua traición, delatándose mutuamente, se confabulan y asocian para vender y traicionar al odiado *rumi*, enemigo tradicional de la religión y de la raza. Si nos sufren y toleran es á viva fuerza, como un castigo impuesto por Allah, pero todos ansían el día de la revancha, y piden al Todopoderoso — petición llena de ira y de terribles



amenazas—*una hora, sólo una hora* de dominio sobre los cristianos.

Ninguna Embajada ha podido evitar que sus subalternos indígenas cometan los abusos antes indicados. El mal tiene profundísimas raíces, y es imposible combatirlo. Precisa hacer la vista gorda y dejarse engañar á sabiendas, dado que no se puede prescindir de los servicios de esta gente maleante y embaydora.

9 de Junio.

Un verdadero lugar de descanso en Marrakesh es la casa del Kaid Mac-Lean, donde siempre encontramos la más cariñosa, franca y cordial acogida. Cuando queremos buscar los refinamientos de la civilización, nos refugiamos en aquel hogar encantador, que contrasta con cuanto le rodea. Piano, grafófono, gas acetileno, hasta un pequeño cinematógrafo, en una palabra, todo cuanto la ciencia y la industria moderna han creado para hacer la vida agradable y distraída, ha sido reunido en aquella casa, verdadero palacio de las mil y una noches, cuyo principal atractivo no consiste precisamente en las maravillas del progreso, sino en las bellas cuanto simpáticas hijas del bizarro Oficial inglés, quienes, lo mismo que su padre, se desviven por complacer á los huéspedes de la capital magrebina.

Algunas veces nos reunimos para hacer música, y casi nos olvidamos de hallarnos en Marrakesh al escuchar los *couplets* de las operetas inglesas á la moda, *Florodora* y *The belle of New-York*, estrenadas no ha mucho tiempo, deliciosamente cantados por Miss Nora Mac-Lean, ó por Misis Verdun, la esposa del médico inglés. A estos alicientes hay que añadir el grafófono, siempre distraído, y las vistas del cinematógrafo, que por un breve instante nos trasladan á la vieja Europa, de la que nos parece hallarnos extraordinariamente alejados. En otros momentos, el Jefe instructor de las tropas imperiales, recordando su país natal, empuña la característica gaita esco-



cesa, y nos hace oír algunas de las melancólicas y sentidas melodías populares de los *Highlands*. Entre la música y la charla alegre y entretenida el tiempo transcurre sin sentir, y al terminarse la velada y abandonar aquella hospitalaria casa, se recibe una sensación extraña al verse nuevamente rodeados de árabes de todas clases, que chillan y gesticulan, al mismo tiempo que nos traen las mulas que deben conducirnos á nuestra residencia. El contraste resulta tan brusco como inesperado, y de la sociedad culta y civilizada caemos en la mayor barbarie.

También tenemos reuniones íntimas en Dar Muley Alí, á donde acuden los pocos europeos residentes en Marrakesh. Desde luego muy pocos son los que faltan á la misa que celebra en el jardín interior el Padre Cervera todos los domingos y días festivos, y no puede darse impresión más original y extravagante que la que nos causa Misis Verdun, vestida de mora y con la cara cubierta por un espeso velo blanco, siguiendo piadosamente los ritos cristianos, religión que profesa como buena irlandesa. Tampoco dejan de concurrir el Sr. Reina y el bueno de D. Mariano, que frecuentemente suelen quedarse á almorzar en nuestra compañía, acompañándonos larga parte de la tarde.

Son también nuestros asiduos contertulios los Oficiales de la misión francesa, personas en extremo agradables y muy conocedoras del país, que nos relatan muy interesantes detalles acerca de los usos y costumbres magrebinos. Como son los encargados de instruir á la artillería del Sultán, conocen á fondo el ejército marroquí, y nos dicen que la mayor parte de los Kaid Erha, apenas toman posesión de su destacamento de mil hombres, licencian á la mayor parte de ellos, á fin de ahorrarse los gastos que ocasiona su manutención. Semejante abuso los suele colocar en muy difícil situación cuando se organiza una revista, pues entonces tienen que ir reclutando gentes de todas clases y edades para cubrir de cualquier modo las bajas existentes. La cuestión es beneficiarse á costa del



erario público, precepto primordial que no deja de poner en práctica ningún mahometano.

Salvo estas reuniones de sociedad, nuestra vida no puede ser más tranquila y sosegada. Empleamos la mañana en los trabajos de Cancillería, que no son ni con mucho diarios, ó bien en dar algún paseo por el interior de la ciudad, ya en visitar monumentos, ya en recorrer bazares y mercados. El centro del día lo dedica cada cual á sus quehaceres íntimos, hasta la tarde, en que se suele organizar alguna expedición ecuestre á las afueras de la ciudad, que suele prolongarse hasta el anocheecer, hora en que todo el mundo se congrega en Dar Muley Alí para la comida, después de la que solemos pasear por el delicioso jardín interior de nuestra vivienda. Entonces Jaime de Ojeda saca su violín, y yo armo mi pequeño órgano portátil, amable compañero de viaje que me ha proporcionado muy buenos ratos de solaz y esparcimiento, dedicándonos durante largas horas al cultivo del divino arte de los sonidos. Las hermosas melodías de *Aida* y *Lohengrin* resuenan en la noche, turbando los arrullos de los pájaros que se esconden en las ramas de los naranjos y limoneros, y el apacible murmullo de las fuentes; mientras que la gigantesca Kotubia, tan aérea como elegante, parece inclinarse por encima de las murallas del patio para escuchar aquella música tan hermosa para ella como desconocida; y que de cuando en cuando, un extraño cantar, lleno de melancolía y triste como un lamento, rasga los aires y desciende desde las alturas, como protestando de la intrusión de nuestro arte y de nuestra civilización. Es la voz del almuedano, que, ajeno á todas las manifestaciones mundanas, invita á los fieles creyentes á elevar sus corazones al supremo Señor del Universo.

A pesar del largo tiempo de residencia que llevo en Marrakesh, no he podido aún acostumbrarme á esta tristísima canción, verdadero gemido lleno de nostalgia y sufrimiento, que se escucha diversas veces durante el día y la noche, siendo raro el amanecer que no me despierta produciéndome una



verdadera sensación de angustia, aquella voz tétrica y lúgubre que altera el profundo silencioso ambiente, y se extiende sobre el dormido palacio de Muley Alí, que domina desde lo alto del minarete de la gran mezquita vecina, y que entona un plañidero lamento, mezcla de amenaza y anatema, que se me figura dirigido contra los infieles que se atreven á profanar el sacrosanto suelo del Magreb.

11 de Junio.

En compañía de la señora y señoritas de Mac-Lean, la señora de Ojeda y su hija han ido hoy á visitar el harem del Ministro de la Guerra, el elegante cuanto simpático Menebbi. Inútil creo decir aquí que todo el día hemos estado impacientes aguardando el regreso de nuestras amables compañeras, para conocer las impresiones que habían recibido. El misterio que rodea á las mujeres árabes las reviste de una aureola fantástica que excita nuestra curiosidad, y nuestra imaginación, exaltada por el deseo, se imagina á las habitantes de los diversos harenes del Imperio, como otras tantas huríes bajadas del mismísimo paraíso del Profeta. En vano la experiencia no demuestra lo absurdo y exagerado de tales imaginaciones; queremos soñar á todo trance con bellezas celestiales y dechados de todas las gracias cantadas por los eróticos poetas del Islam. Las frases del *Cantar de los cantares* acuden á la mente; no podemos dejar de pensar un solo instante en todas las maravillas que deben encerrar aquellos cuerpos torneados como torres de marfil, y graciles como palmeras del desierto.

La visita ha sido bastante larga, durando desde el medio día hasta bien entrada la tarde, y las damas europeas han almorzado en compañía de la madre y esposas del Ministro de la Guerra. Según nos dicen, fueron tratadas con verdadera esplendidez, sirviéndoseles exquisitos manjares aderezados á la moruna, entre los que figuraban succulentas truchas pescadas en los arroyos y torrentes de la montaña. Los demás manjares consistieron conforme á la costumbre, en varias clases de alcuscus, carnero, pollos y pichones, presentados y condi-



mentados de muy diversas y extrañas maneras, é inmensa cantidad de pastas y dulces de infinitas especies. Para que nada faltase, el agua y las bebidas aromáticas que servían las numerosas esclavas, habían sido refrescadas gracias á nieve traída del Atlas, lo que demuestra la galantería y magnificencia del ilustre prócer marroquí.

Pero si mucho se ha hablado del fausto y esplendor del magnate, no han sido tan interesantes las noticias que hemos sabido acerca de las individuos que componen su numerosa familia. Una vez más se ha ratificado lo que nos habían dicho acerca de las mujeres árabes: á saber, que son verdaderas muñecas desprovistas de bellas formas, y sin ninguna clase de alicientes espirituales. Embrutecidas por una vida puramente vegetativa, ajenas en absoluto al mundo exterior, circunscritas á no salir del reducido recinto que tienen destinado para su uso, celosamente vigiladas en todos sus actos, sometidas á los caprichos del amo, que las considera como meros objetos de placer, acaban por convertirse en séres sin alma, en quienes se desarrollan los más aviesos instintos. El interior de los harenes suele ser el teatro de los más espantosos dramas, motivados por la rivalidad y la envidia. Mujeres legítimas, concubinas y esclavas viven reunidas, aguardando igualmente un capricho del dueño y disputándose sus caricias. Al efecto, sólo piensan en ataviarse y revestirse con toda suerte de adornos, creyendo quizás embellecerse, lo que será posible para ojos mahometanos, porque para nosotros, según declaración de nuestras compañeras, se ponen hechas verdaderos adefesios, á fuerza de pinturas y afeites que acaban por modificar los rasgos esenciales de su fisonomía.

Ignorantes de todo, desconocen hasta la ciudad que las ha visto nacer, cuyas plazas y calles sólo han podido ver desde las azoteas, rodeadas de almenas que coronan sus viviendas, puesto que, según el adagio musulmán, sólo tres umbrales deben atravesar las mujeres honestas durante su vida: el del claustro materno, el de casa de su esposo y el del cementerio.



Miss Mac-Lean, para hacerme comprender la espantosa ignorancia de aquellas desgraciadas, me ha contado que una de ellas le preguntó:—¿Dime, dónde vives?—En el *Soko de Djemma el Fenáa*—contestó la inglesa. A lo que repuso la oriental, toda extrañada:—¿Dónde está? ¡En mi vida oí hablar de semejante lugar!—y eso que la tal plaza es el principal centro de la capital magrebina, algo así como la Puerta del Sol de Madrid, el boulevard de los Italianos en París, ó Trafalgar ó Square en Londres.

Mientras ha durado la visita, el principal interés de las mujeres árabes ha consistido en examinar prolijamente las diversas prendas que constituían el traje de las damas europeas. Muchas de aquellas vestiduras les arrancaron gritos de asombro y exclamaciones de sorpresa. También se entretuvieron en iniciarlas en los misterios del tocador de las bellezas orientales, explicándoles el uso de los innumerables afeites que emplean para desfigurar—que tal cosa hacen en realidad—la obra primitiva del Supremo Hacedor. En estos juegos, y comiendo pastas y golosinas, á las que tan afectos son todos los árabes, han pasado nuestras compañeras la tarde, regresando á Dar Muley Alí, si bien satisfechas por haber penetrado en los misterios de la vida de familia de los mahometanos, un tanto impresionadas por la triste suerte que sufren las mujeres marroquíes, consideradas como simples instrumentos de placer y meros objetos de distracción y recreo.

14 de Junio.

Existe en las cercanías de nuestra vivienda una espléndida mezquita, que había descuidado hasta hoy, pero que he visitado esta mañana en compañía del Padre Cervera. Muchas veces, al dirigirnos á caballo hacia la puerta de Dukala, habíamos observado la interesante construcción, chocándonos, desde luego, sus amplias proporciones; pero distraídos con otros monumentos arquitectónicos de mayor importancia, ó con el fin determinado de nuestro paseo, no concedimos gran aten-



ción á la aljama de que me ocupó, hasta que una curiosa leyenda ligada á su fundación, que ha llegado á nuestros oídos, nos ha obligado á fijarnos en ella.

Conforme á la historia, la mezquita aljama, vecina á la puerta de Dukala, fue fundada por la noble Mesoda, madre de Almanzor, hija del muy ilustre Xiej Abú-el-Abbás Ahmed-ben-Abdallah-el-Vazquiti-el-Varzazati (1), «una de las mujeres virtuosas, ansiosas de hacer el bien y de obrar cosas honrosas y dignas de elogio. Ella fue la que ideó la construcción del santuario del barrio de Dukala en la ciudad de Marruecos, dejando copiosos bienes para su sostenimiento, lo cual se verificó el año 995 de la hegira». Pero si tal dicen los cronistas, el vulgo añade nuevos detalles, refiriendo que la mezquita fue construída en compensación de la falta cometida por la Sultana violando el santo precepto que ordena la cruda abstinencia del Ramadán.

El caso es que hallándose la noble Mesoda en estado de antojos y caprichos, entró cierto día del sagrado mes del Ramadán en uno de los más hermosos huertos de las propiedades reales, viendo en él á varios albérchigos y granados cubiertos de hermosos frutos. El calor era sofocante, y la Sultana no pudo resistir la tentación; extendió la mano y comió de ambas frutas, faltando al mandato divino, que prescribe la más rigurosa abstinencia, de sol á sol, durante el mes antes citado. Aquella misma noche comprendió Mesoda su pecado, y profundamente arrepentida, deseosa de purgar su falta, confiando en que Allah la perdonaría, comenzó á practicar obras buenas, siendo una de ellas la construcción de la hermosa y espléndida mezquita del arrabal de Dukala. Es fama que desde entonces las mujeres y los niños de Marrakesh entonan canciones sobre dicho acontecimiento, diciendo:

«*Auda queletz Ramadán,  
bel joj u errumán.*»

(1) Véase el libro árabe ya citado intitulado: *Kitab el istikza li agbar Dul el Magreb el Akza*, escrito en nuestros días por el Xiej Ahmed-ben-Yáled ennaziri esselauí.



Lo que quiere decir: Auda comió en Ramadán albérchigos y granadas; y al nombrar á la madre de Almanzor, *Auda* (que significa yegua), es porque Auda es contracción de Mesoda, conforme al uso seguido por los bereberes.

La leyenda es bonita y se ha transmitido hasta nuestros días, pues no sólo los chicos continúan cantando el estribillo en cuestión, sino que la ilustre *Auda* fue madre de una raza de insignes guerreros, que aun en el presente se apellidan con orgullo *hijos de la yegua*, y forman una de las kabilas más consideradas y temidas del Imperio magrebino.

Mesoda supo expiar su falta con verdadera esplendidez, edificando un templo notable por sus vastas dimensiones y lujo en la construcción. Aunque el sagrado edificio resulte desprovisto de galas arquitectónicas, sorprende por su elegante traza y amplias proporciones. Naturalmente, nos fue imposible penetrar dentro del recinto sagrado; pero desde sus puertas, abiertas de par en par, pudimos contemplar las armónicas proporciones de su inmenso patio, rodeado de arcos ojivales, y la linda perspectiva de sus múltiples naves, que se perdían en la obscuridad. No sé á qué atribuirlo, pero la mezquita de Dukala, siendo quizás una de las menos importantes de la capital de Marruecos, tiene un sello tan especial y característico, que atrae y seduce. Sin necesidad de la leyenda, se comprende que el edificio es debido á una piedad ingenua y sencilla.

Muy cerca de la mezquita, y en una plaza escondida y apartada, se alza una fuente espléndida, la mejor sin duda alguna de Marrákesch, aun incluyendo la tan celebrada de los tintoreros ó del *Muasin*, de la que ya me he ocupado y á la que se asemeja bastante. Ambas han sido construídas siguiendo un plano muy semejante; pero en la fuente de Dukala, los adornos, derrochados hasta la saciedad, son de un gusto más delicado y exquisito, y no se hallan pintarrajeados con aquellos colorines chillones y violentos que tanto molestan y descomponen en la del *Muasin*. No me cabe duda que éste es uno de los más bonitos monumentos que existen en la ciudad.



Como es jueves, nos hemos dirigido desde la mezquita de Dukala al mercado de *Bab el Djemniz*, donde reinaba extraordinaria animación, por ser hoy precisamente el día dedicado á las transacciones comerciales. Verifícase allí la venta de caballos, soliendo concurrir los mejores potros criados en las celebradas yeguas de Dukala y Abda, las más reputadas y famosas del Imperio. No hemos tenido suerte, puesto que no hemos visto más que animales de escaso valer que no se distinguían, ciertamente, por su belleza. La verdad es que, á pesar del renombre que entre nosotros gozan los caballos de Marruecos, no hemos encontrado hasta ahora ninguno que haya fijado nuestra atención, seduciéndonos por su fina y delicada estampa.

Pero la animación que reinaba en la extensa plaza formaba un espectáculo por demás interesante. Habíanse congregado allí infinidad de criaturas, venidas de todas partes y dedicadas á los más varios comercios. Llamaban la atención los montañeses con sus enormes sombreros de palma trenzada, utilísimos para resguardarlos del sol ardiente, que sin piedad descargaba sus rayos sobre nuestras cabezas; y fue tanto lo que llegué á envidiar aquellos monstruosos artefactos, que no pude dejar de comprar uno de ellos, que pienso aprovechar durante el viaje de regreso. La extrema dilatación de sus alas proporciona una sombra agradable, y su gran flexibilidad, cediendo al dulce vaivén del caballo ó de la mula, acaba por formar una corriente de aire que acaricia dulcemente el semblante. El sombrero en cuestión será feo, pero es práctico, y asevera el dicho famoso: «Donde quiera que fuéres haz lo que que viéres».

No faltaban en el mercado, especie de inmensa feria, numerosos saltimbanquis y poetas ambulantes que formaban corros de ociosos, á quienes distraían con sus juegos y habilidades, é infinitos puestos en que se vendían toda clase de objetos. Nuestro compañero Reginaldo Ruiz se acercó á un comerciante que tenía ante sí dispuestos varios libros dedicados



á la venta. A pesar de sus esfuerzos, no pudo conseguir ver nada, pues no sólo el propietario, sino un gran grupo de fanáticos que habían notado nuestro intento, comenzaron á protestar enérgicamente de que los cristianos pretendieran comprar libros que contenían los más preciados frutos de la sabiduría marroquí. Cediendo á indicaciones de la prudencia, hubimos de alejarnos para no excitar la cólera de aquellos suspicaces ignorantes.

Ya bien adelantado el día, emprendimos nuestro viaje de regreso á Dar Muley Alí, á fin de llegar á hora oportuna para el almuerzo. En el camino nos tropezamos con el séquito del almotacen, una de las primeras autoridades de la ciudad, que, después de haber visitado los diversos mercados, tornaba á su domicilio. Este encuentro me hizo pedir informes acerca del régimen interior de la capital, que es gobernada lo mismo que las demás ciudades del Imperio. El Kaid ó Gobernador, lugarteniente del Soberano, tiene el poder ejecutivo; el Kadi representa el poder judicial, y el almotacen fija el precio de los víveres y juzga los negocios relativos á este ramo de los servicios públicos. El Gobernador tiene á sus órdenes algunos soldados y los guardias necesarios para custodiar las puertas de la ciudad y la entrada de alguna de las calles.

Nuestra vida en Marrakesh sigue deslizándose tranquila y sosegada. Unicamente he de consignar que ya han comenzado las negociaciones con Abd-el-Krim Ben Soliman, nombrado Ministro de Estado, y que las entrevistas tienen lugar en nuestra residencia, todas las tardes, desde anteayer. Esto permite creer que se aproxima el día en que abandonaremos el palacio de Muley Alí para emprender el viaje de vuelta, á no ser que nos detengan las refinadas argucias de los diplomáticos del Sultán.



## SIDI-BEL-ABBÉS Y LOS SIETE DURMIENTES

Dar Muley Ali, 15 de Junio de 1901.

He cometido esta mañana un acto indiscreto, que pudiera traerme, á ser conocido, graves consecuencias, y que, no obstante, deseaba realizar á todo trance. Ya había visitado todo lo más curioso que encierra la ciudad, y únicamente el famoso santuario de Siddi-bel-Abbés, donde reposan los restos del venerable Morabito, patrono de la capital magrebina, se había escapado á mi curiosidad. Cuantas veces intenté acercarme á aquellos lugares, por más que haciéndome el distraído enca-minaba mi mula en aquella dirección, siempre fui hábilmente despistado por mis conductores, y lo más que pude conseguir fue aproximarme á la puerta del recinto exterior, desde donde únicamente se veía una galería cubierta en la que se encontraban innumerables tiendas, donde se vendían cordones de todas clases. Tantos recelos y tan singulares cuidados excitaban más y más mi deseo. Iba á quedarme algo por conocer en Marrakesh, y esto no podía consentirlo. Me era imposible resignarme á no dar un vistazo siquiera fuera brevísimo, aunque no fuera más que al exterior del santuario, para poder formarme una idea de aquel lugar tan sagrado y famoso en todo el Imperio de Marruecos. No sabía cómo realizar mi propósito, cuando el bueno del *Tebib*, Mariano, mi acompañante y guía cariñoso en toda suerte de expediciones, acudió en mi ayuda, proponiéndome intentar una excursión matutina, en la que trataríamos, siguiendo ciertos caminos escondidos y excusados por él conocidos, de penetrar hasta el patio del hospital, donde se alza la *Zauia* ó tumba del célebre santón.

Inútil creo decir que la proposición fue inmediatamente aceptada. No comunicamos á nadie nuestro proyecto, temerosos de advertencias ó prohibiciones que hubieran resultado inútiles, y con gran sigilo lo preparamos todo. Esta mañana,



á primera hora, salí de Dar Muley Alí, diciendo que pensaba ir á dar un paseo por el campo, y me dirigí á casa de D. Mariano, donde habíamos convenido reunirnos. No había podido burlar la vigilancia del cuerpo de guardia, y me acompañaba, por consiguiente, el inevitable *askar*, que no se separa de uno más que la sombra del cuerpo. A pesar de este obstáculo, decidimos llevar á cabo nuestro intento, y partimos de casa de mi amigo en dirección al santuario de Sidi-bel-Abbés. Hubimos de atravesar casi toda la ciudad, á la sazón silenciosa. Con la escasa luz de la mañana, las estrechas y tortuosas calles que recorrimos presentaban un aspecto siniestro y fantástico. El silencio era casi absoluto, y únicamente nosotros turbábamos aquella calma augusta y majestuosa.

Mi ardiente deseo iba á realizarse, y la curiosidad legítima que me inspiraba una fundación única en el Imperio de Marruecos, á quedar satisfecha por completo. Para comprenderla claramente hay que advertir que el santuario de Sidi-bel-Abbés es el único establecimiento de beneficencia que existe en todo el Magreb, que su fama es extraordinaria entre los que practican la religión mahometana, que á él acuden peregrinos de todas partes, y que allí, á todas horas y todos los días, los pobres reciben limosnas y encuentran hospitalidad. Se trata también de un lugar de asilo inviolable, donde se refugian los criminales y cuantos se ven perseguidos por la autoridad. Por último, las propiedades que posee tal fundación religiosa se valúan en más de un millón de duros, no siendo lícito, bajo las más grandes penas, enajenarlas ni destinar sus rentas á otro objeto más que á la conservación del culto y al socorro de los menesterosos y enfermos. Se cuentan maravillas de las riquezas del santuario, donde se verifican continuos milagros, y las proporciones del hospital y hospedería son tan grandes, que se asegura contienen habitaciones para 1.500 personas. Refiere el ilustre Alí Bey que cuando él lo visitó, hallábanse allí acogidos más de 1.800 infelices y desgraciados.



Semejante establecimiento benéfico fue fundado hace muchos años en honor y devoción de Sidi-bel-Abbés, uno de los más ilustres y venerados santos de Marruecos, cuya historia, según es relatada por los escritores árabes, resulta en extremo interesante. Sidi-bel-Abbés era un Sheriff dueño y señor de Ceuta, por lo que era conocido bajo el apodo de *el Cepti*. Sus grandes virtudes y su religiosidad nada común le valieron fama de santidad. Un día que dormía en su casa, se despertó de improviso y halló ante sí á un mendigo harapiento y miserable, de rostro severo y compungido. Conmovido por tanta desgracia, se compadeció el santón, y hubo de preguntarle en tono cariñoso que en qué podía servirle y que si deseaba algo. «Nada—repuso el mendigo, — sólo quiero avisarte el desastre que pronto ocurrirá en la ciudad de Ceuta. Tú eres bueno y no mereces que tus ojos presencien cómo los cristianos mancillan la tierra musulmana y escarnecen nuestra santa religión. El mal es irremediable. Así lo quiere Allah para castigo de pecadores, y ninguna fuerza humana podrá oponerse á sus designios.» En vano intentó el bueno de Sidi-bel-Abbés de averiguar algo más, pues el misterioso mendigo desapareció de su vista, sin que le fuese dado explicarse cómo ni de qué manera.

Quedó el santón perplejo, preocupado y meditabundo por tan fatídica y terrible revelación, y tras largas cavilaciones comprendió que Allah, en su infinita misericordia, se había valido de aquella aparición extraordinaria para advertirle del peligro inminente que corrían él y los suyos y de la desgracia próxima á caer sobre su querida ciudad. En vista de lo que resolvió pasar el resto de la noche en oración, y á la mañana siguiente todo el pueblo de Ceuta pudo contemplar con extrañeza á Sidi-bel-Abbés, que, sentado en la puerta de su casa, gritaba con voz triste y cavernosa á cuantos por allí transitaban: «¿Quién quiere mis riquezas en cambio de un pan caliente?» Muchos escucharon la extravagante pregunta sin hacer ningún caso, y la generalidad creyó que el inspirado de Allah



había perdido el juicio. Únicamente un hebreo que por allí acertó á pasar, al oír la rara petición, se detuvo y ofreció á Sidi-bel-Abbés lo que pedía. Tomó el santón la ofrenda del hebreo, y al punto exclamó con acento tético y dolorido: «¡El pan está frío! Lo que prueba que los cristianos lograrán su intento sin el menor esfuerzo.» Y sin añadir una palabra más, confiado en la voluntad divina, abandonó el Guiliz sus posesiones y riquezas en manos de sus amigos, entregando gran parte de sus bienes al mismo judío que había accedido á su demanda, y emprendió su viaje á Marrakesh, donde habitó hasta su muerte, dedicado á la contemplación divina, en una ermita que edificó en una de las cumbres del Epiriliz, por lo que aquel monte es hoy considerado como *jorim*, es decir, sagrado, y sirve de refugio á los perseguidos por la justicia marroquí.

Ya he contado en otro lugar cómo la desgracia sucedida á Mr. Green, Ministro de la Gran Bretaña, después de haber profanado con sus cacerías aquellos sitios consagrados, acrecentó la fama del santuario y el respeto y veneración que inspiraba. Volvamos, pues, á la historia del santón y á lo que acaeció en Ceuta después de su marcha. No había pasado mucho tiempo cuando un comerciante portugués propuso al mismo judío que ofreciera el pan caliente á Sidi-bel-Abbés cierto lucrativo negocio, que éste se apresuró á comunicar al Gobernador de la plaza, con quien se puso de acuerdo para aceptarlos. Cerrado el trato, comenzaron las negociaciones, y cierto día apareció á la vista de la ciudad una fragata portuguesa cargada de riquísimas mercancías. Fuése descargando poco á poco, y los efectos llenaron todos los almacenes disponibles, tanto, que no siendo éstos suficientes, fue necesario dejar en medio de las plazas de la ciudad gran número de barriles y cajas. Nadie recordaba ya las fatídicas predicciones de Sidi-bel-Abbés. Como el siguiente día era festivo, los moros acudieron, según la costumbre establecida, á la mezquita, y cuando todo el pueblo escuchaba la lectura del Alkorán, pudo



oir con verdadero asombro que á las llamadas de los clarines de la fragata respondían otros clarines desde el interior de la plaza. Era que los portugueses se habían introducido dentro de la ciudad encerrados en aquellas cajas y barriles que quedaron depositadas en las plazas públicas, y que aprovechando el descuido de los habitantes se apoderaban sin la menor dificultad de las murallas y de la fortaleza. Los pobres moros, sorprendidos, desprevenidos y sin armas, no tuvieron más recurso que la huída, lo que les fue difícil por hallarse las puertas cerradas. Las profecías de Sidi-bel-Abbés se habían cumplido y Ceuta era posesión de los cristianos, sin que desde entonces hasta ahora volviera nunca á ser rescatada. Tan terrible catástrofe dió origen á la costumbre, aun hoy día vigente, de que nunca se cierran las puertas de las ciudades durante la hora de la oración del medio día.

Esta es la historia, que más bien tiene visos de leyenda, que refieren los árabes y que á mi entender nada tiene de verídica, sobre todo si nos atenemos á lo ocurrido en realidad cuando la conquista de Ceuta por los portugueses en 1415. La fantasía oriental ha revestido la verdad con colores maravillosos, tratando de hacer intervenir lo sobrenatural en sucesos que nada tienen de extraordinarios, y convirtiendo la historia en un cuento de las *Mil y una noches*, porque es indudable que la introducción de los soldados portugueses en la ciudad, escondidos dentro de barriles y cajas, recuerda mucho la portentosa fábula de Alí Baba y los cuarenta ladrones. Respecto á Sidi-bel-Abbés, supongo que sería un santón, fanático y exaltado, con sus dejos de loco y monomaniaco, como tantos otros que abundan en el Imperio; pero no obstante, hay que reconocer que inspira á los árabes una veneración y un respeto sin límites. Su tumba es considerada como lugar sacratísimo, é infinitos son los milagros que se dicen obtenidos por su intercesión.

Con gran sigilo, dando extraordinarios rodeos y metiéndonos por callejuelas imposibles, nos fuimos aproximando al



famoso santuario. Los *askaris* que nos acompañaban, sin comprender nuestros propósitos, nos seguían solícitos y resignados. Por mi parte, había perdido la pista; de modo que cuando aún me suponía muy lejos del fin de nuestra excursión, al doblar una calleja estrecha formada por dos altos murallones, me encontré dentro del patio destirado á las abluciones, que comunicaba por una amplia puerta con otro de los grandes patios interiores que rodean á la *Zauia*, situada precisamente frente por frente del lugar donde nos hallábamos. Nuestros *askaris*, asombrados del acto que realizábamos, que no podían explicarse, nos seguían entontecidos, y la multitud de enfermos y lisiados que llenaba el patio del hospital, entregada por completo á la oración, no había notado aún nuestra presencia. Cometíamos una imprudencia que podía costarnos cara; así que sólo nos detuvimos un brevísimo instante, el tiempo preciso de lanzar una mirada al interior y de apretar el botón de mi maquinilla fotográfica, y nos alejamos precipitadamente, seguidos de nuestros guardianes, que no volvían de su asombro, no sin escuchar infinidad de imprecaciones y notar algún que otro gesto de amenaza.

Mi propósito se había realizado. Había visto lo que deseaba, y declaro que el cuadro, á pesar de sus horrorosos detalles, era interesante y por demás curioso. Una vez más pude comprobar la veracidad de las descripciones del ilustre Alí Bey-el-Abbasi. Aquella era la misma *Zauia* cuadrada de que él nos habla, «terminada en una cúpula octógona, cuya armazón está adornada de tallas y pintada de arabescos, y cubierta por fuera con tejas barnizadas de color verde». La fachada del santuario es sobria y severa; consta de dos cuerpos: el inferior, un tanto saliente, forma una especie de galería cubierta ó pórtico, que precede á la entrada principal, situada, por una curiosa anomalía, no en el centro de la construcción, sino en uno de sus extremos. El segundo cuerpo, que se eleva á respetable altura, está adornado con ventanas y con un hermoso friso compuesto por ladrillos esmaltados con arabescos



de delicados contornos y finos colores. A pesar de su extremada sencillez, el conjunto resulta armónico y elegante.

Desde donde me encontraba podía dirigir mis miradas al interior del edificio, pues la puerta principal, completamente abierta, se hallaba precisamente frente á mí, y los dos arcos del pórtico que la precede me facilitaban también la visión. En el centro de la vasta sala se alzaba el túmulo donde reposan los venerables restos del santo patrono de Marrakesh. La tumba se hallaba cubierta con muchas telas de lana y seda, unas sobre otras, lo que impedía ver de qué estaba construída; á uno de sus lados se encuentra la caja dispuesta para recoger la limosna de los fieles, y lo mismo el pavimento que la parte de las paredes, que me era dado ver, estaban revestidas de tapices y otras riquísimas telas. Infinidad de lámparas iluminaban el santuario, donde recitaban sus rezos innumerables fieles. El cuadro, con su luz suave y sus infinitos colorines, tentaría seguramente la paleta de un pintor.

Rodean á la *Zawia* varios patios cerrados por arcadas y galerías cubiertas que comunican con las estancias destinadas á alojamiento de los pobres, estropeados, inválidos y viejos, y, como el santuario de Sidi-bel-Abbés, es el único establecimiento de beneficencia que existe en todo el Imperio; inútil creo decir que una multitud de miserables de todas edades tiene constantemente invadido el hermoso edificio. En el patio donde me hallaba pululaba una turba de séres asquerosos, cubiertos de llagas y tumores, pústulas y costras, que causaban repugnancia. Todas las monstruosas enfermedades de que nos habla la Biblia: la lepra, el lupus, la elefantiasis y otras que corroen el cuerpo humano convirtiéndole en montón de podredumbre, podían estudiarse allí en todo su lúgubre y fatídico esplendor. La imaginación es incapaz de crear nada más espantoso y el efecto es terrible, sobre todo si al horroroso conjunto de tantos males se añade la suciedad ambiente y la falta de todas aquellas sabias disposiciones que la higiene prescribe para los establecimientos de esta naturaleza. La mortalidad



en Sidi-bel-Abbés debe ser considerable, pues nada se hace para evitar el contagio, siendo verdaderamente asombroso que los terribles gérmenes de infección que allí se desarrollan no se extiendan por toda la ciudad y destruyan en pocos días á sus habitantes. Por otra parte, consuela un tanto saber que todos aquellos infelices encuentran al menos un asilo donde son alimentados y socorridos con el producto de las limosnas y las rentas de la mezquita, que son administradas, Dios sabe cómo, por el jefe del establecimiento, á quien se da el título de *el Emkaddem*, lo que quiere decir el viejo ó el anciano, y á quien se tributan singulares respetos y homenajes, considerándole casi como en olor de santidad.

Aunque no existe ninguna ley positiva en favor de la inmunidad de Sidi-bel-Abbés, la costumbre ha establecido que entre los muros del venerado santuario hallen amparo los perseguidos por el despotismo; refugiados en aquel recinto, pueden negociar el perdón y aguardar la restitución del goce de sus derechos, en la seguridad de que su asilo no será violado. La opinión pública es unánime sobre este particular, y el Monarca que abusando de su poder se atreviera á proceder contra tal práctica, se perdería sin remedio, pues causaría una revolución religiosa, cuyas consecuencias nadie puede prever.

En esta parte el fanatismo musulmán es inflexible, y los lugares declarados santos por la creencia popular son de todo punto inviolables. La consagración puede recaer lo mismo sobre una persona que sobre un objeto, y de tal creencia procede la extraordinaria influencia que ejercen en el Imperio los famosos Sheriffes de Wazán y Tedla, que son venerados al par de los más santos morabitos. Aún hay más: la superstición popular puede declarar santificado un objeto cualquiera, como ocurre con cierto cañón que se custodia en Rabat, y que á fuer de milagroso, es cuidado con esmero, estando siempre cubierto con infinitos trapos mojados en aceite, que lo resguardan de la intemperie y del moho. No hay que advertir que cuantos desgraciados se acogen al citado cañón ó siquiera



á su cureña, son declarados inviolables en tanto permanecen guarecidos junto al objeto consagrado. ¡Extrañas costumbres de épocas remotas, que denotan una vez más la crasa ignorancia de este pueblo en decadencia!

El patio excusado desde donde habíamos podido lanzar una mirada al interior del santuario de Sidi-bel-Abbés, mereció fijar nuestra atención. Allí es donde los fieles practican las abluciones prescritas por el ritual antes de la oración, pues los musulmanes creen que para presentarse delante del creador y hacerse digno de sus miradas, es preciso que el cuerpo del hombre se halle enteramente puro. De aquí la institución de semejantes abluciones, consistentes en lavarse las manos tres veces seguidas, el interior de la boca, oídos y narices, la cara, brazos y cabeza, y por último, los pies. Hay además abluciones generales que han de hacerse lavándose todo el cuerpo, precisamente los viernes, antes de la oración del medio día, llamada *El aássar*, y después de haber cumplimentado ciertos actos reputados impuros. Donde no se encuentra agua, pueden verificarse las abluciones usando tierra ó arena, y así se practica en el Desierto. Por último, también se hacen frotándose las partes indicadas con las manos, después de haberlas aplicado sobre una piedra, sistema empleado por los navegantes durante sus viajes, puesto que el agua del mar se considera como inútil al objeto.

Siendo tan necesarias las abluciones antes de la oración, es natural que en todas las mezquitas se encuentran departamentos destinados á practicarlas. El que existe en la *Zauia* de Sidi-bel-Abbés, aunque está un tanto abandonado, fue instalado con verdadera esplendidez: hay allí tres ó cuatro piscinas abiertas á flor de tierra, cubiertas por una especie de templete y rodeadas de asientos de piedra para facilitar á los fieles el cumplimiento de su cometido.

Terminada nuestra brevísima visita al famoso santuario, regresamos á Dar Muley Alí, y en el camino quedé convenido con el *Tebib* Mariano que esta misma tarde verificaríamos nues-



tra expedición á las Siete Kubbas, que contienen los restos de los siete durmientes, complemento indispensable de nuestra expedición á Sidi-bel-Abbés. Como hemos realizado un acto arriesgado, que algunos con justicia podrán considerar como imprudente y expuesto á acarrear nos consecuencias desagradables, dado el fanatismo de los musulmanes, á nadie dijimos en qué habíamos empleado la mañana, y después de almorzar, yo me he recluso en mi habitación para hilvanar estos apuntes y tomar datos acerca de los famosos siete durmientes, á quienes hace referencia Mahoma en su Alkorán, por cuya causa son objeto de la mayor adoración por parte de los sectarios del profeta.

RAFAEL MITJANA.

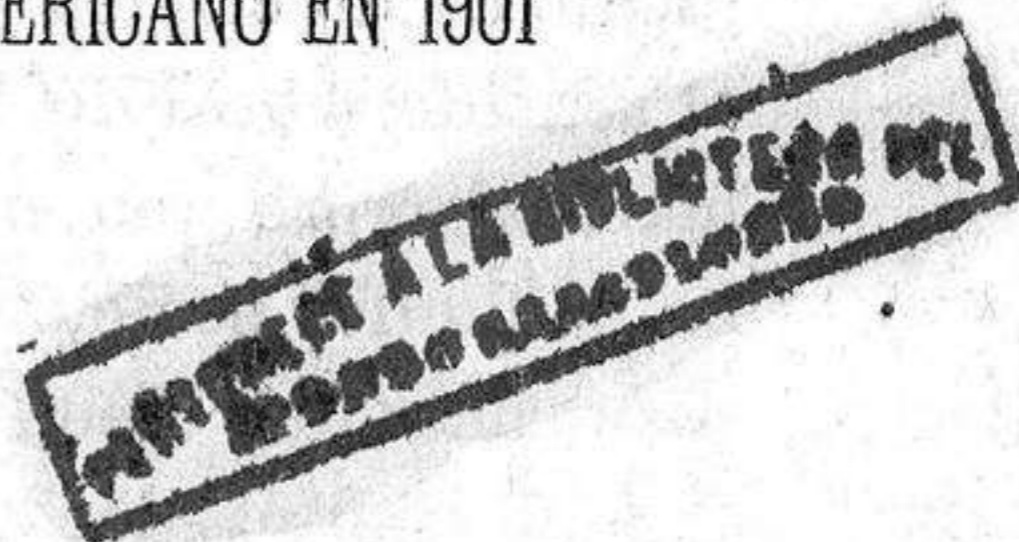


# EL DERECHO INTERNACIONAL AMERICANO

ANTE EL SEGUNDO CONGRESO PANAMERICANO EN 1901

## I

La muerte trágica del Presidente Mac-Kinley en Búffalo deja muchas cosas que sentir y muchas cosas en qué reflexionar. No oculto que pertenezco á aquel número de hombres que en todo suceso crítico de la historia mira con temor y respeto el dedo de la Providencia, y se confunde, meditando, sobre la inexcrutable dirección de sus designios. Mi alma española me revela que el Presidente Mac-Kinley, en la cuestión de la guerra colonial de España, tenía contraídas penosas deudas con la moral; penosas deudas, cuya vindicta escapa á la acción de las relaciones políticas de los hombres. Sentirse poderoso en el equilibrio político de los pueblos y de la humanidad, no es tener razón ni derecho para atreverse á todas las acciones, y menos á aquellas para cuya *causa rei* se emplean medios que no por quedar encubiertos dejan de ser ilícitos, y que si no se ponen en juego á la luz pública es porque la moral los veda y los rechaza la razón. Mac-Kinley ha vencido á España y la ha despojado de su poder colonial entero usando de estos medios que la razón y la moral reprueban. Las sacrificadas víctimas del *Maine*, el dolo en que se sustentó su sacrificio, la tenacidad con que se ha sostenido aquella vergonzosa superchería,





deben haber agitado tanto el espíritu de Mac-Kinley, después de caer bajo las viles balas del anarquista polaco Czolgosz, como la sombra del primer Ministro de España sacrificado en Santa Águeda por el anarquista italiano Angiolillo en los preliminares de la guerra inicua de Cuba, al sentir entre las soñolencias del opio la violencia del dolor con que la gangrena le roía las entrañas, heridas por el proyectil del asesino de Búffalo. Yo no me atreveré á decir que Mac-Kinley debía morir en medio de un crimen y de una catástrofe, que siempre repugna al sentido moral de las conciencias honradas; pero sí proclamare siempre que en cualquier posición de la vida íntima y en cualquier posición de la vida pública, los hombres deben patentizar que creen en Dios, no recitando oraciones de moribundo, sino obedeciendo siempre las leyes de su moral. Yo no sé si tiene aquí aplicación esta frase, una de las últimas de la vida de nuestro insigne Castelar: *Prefiero morir de vergüenza, como muero, por los inmerecidos infortunios de la patria, á gozar desde el más alto escabel de los honores de la victoria, fundada sobre la infamia del Maine y el asesinato de Cánovas del Castillo.* Ante el crimen execrable de Czolgosz en Búffalo, no he podido menos de recordarla.

Mas si, como español, no puedo menos de confesar que estas ideas me abruman desde que el telégrafo nos comunicó el suceso trágico del día 6 de Agosto en la ciudad que se asienta sobre la margen del Erié y en la vecindad del lago en cuyos hirvientes raudales brotan las tempestuosas brumas de la asombrosa catarata del Niágara, el nombre de Búffalo, donde desde Mayo último se celebra la Exposición universal Panamericana, dispuesta para servir de preámbulo á la inauguración del Congreso universal Panamericano, convocado en Méjico para el mes de Octubre en que entramos, vuelve á tocar mi espíritu con el abismamiento de lo sobrenatural desconocido. Tácheseme de supersticioso en estos tiempos de tantas incredulidades y de tantos ateísmos. Mis opiniones acerca del sentido íntimo del próximo Congreso, al que la Exposición de



Búffalo se le adelantaba, no es un secreto en los dos Mundos. El próximo segundo Congreso Panamericano, que por iniciativa del Presidente Mac-Kinley y del Gobierno de los Estados Unidos se ha convocado para Méjico, con el carácter internacional de sus acuerdos, ha de tener una influencia inevitable y onerosa sobre la soberanía y la independencia futura de los Estados de origen y hablas ibéricas que á él han de concurrir. Por lo pronto, la multitud de cuestiones que, aunque con carácter secundario, en él se han de proponer, discutir y resolver, tanto en la vasta jurisdicción del derecho internacional público como en la del derecho internacional privado, y así en lo político como en lo económico y hasta en lo moral, va á atar con férreos lazos las prerrogativas de donde emanan los atributos esenciales de todas y de cada una de estas jóvenes é incautas nacionalidades, hasta el punto de que, después de sancionadas en bases consentidas de derecho todas las resoluciones que los Estados Unidos se proponen obtener del concurso jurídico de las Repúblicas congregadas, podrá decirse que ya los dos continentes de América quedan fundidos en un solo y único Estado, cuya hegemonía legal exclusivamente corresponde al Gobierno de la Gran República de la Unión, de la que las demás, habiendo renunciado á los atributos esenciales de la soberanía y de la independencia, sólo formarán en la sumisión de su absorbente protectorado.

La Exposición Panamericana de Búffalo había sido un fracaso, y más que un fracaso un augurio bastante elocuente de la suerte que estaba reservada por parte de las Repúblicas de lengua ibérica, celosas de su independencia y de sus prerrogativas soberanas, al éxito del Congreso próximo á inaugurarse. Mac-Kinley no había asistido á la solemnidad de la apertura de la Exposición, que tampoco pudo verificarse en el día que estaba señalado, sino veinte después. En aquel acto sustituyóle el Vicepresidente Roosevelt y el Senador del Estado de Nueva York, Lodge. Ni uno ni otro supieron contenerse en los discursos que pronunciaron. Las declaraciones que hi-



cieron acerca del porvenir de América, condenada en sus dos continentes á ser absorbidos por la República mayor de lengua y sangre anglo-sajona, no sólo, en lugar de inflamar los entusiasmos que se pretendían estimular, contribuyeron á hacer caer la venda de los ojos hasta á los más incrédulos acerca de la fatídica dirección de toda la labor norteamericana hacia el consabido *destino manifiesto*, sino que, por el mismo desagrado y las invencibles desconfianzas que produjeron, tuvieron que ser desaprobados en la *White Housse* de Washington. No había habido medio humano de reanimar el éxito de la Exposición Panamericana de Búffalo desde el día de su apertura y de los indiscretos discursos de Roosevelt y de Lodge. En las incertidumbres, que son notorias, se había agitado la cuestión de la asistencia ó no asistencia de algunas Repúblicas del continente del Sur al Congreso de Octubre, á pretexto de la diversidad de criterio previo con que por unos Estados ó por otros se apreciaba el tema esencial relativo á la cuestión del arbitraje obligatorio y sus efectos subsidiarios. Sin que esta incógnita acabase de descubrirse enteramente ni por parte de Chile y sus aliados, que no le admiten con efectos retroactivos, ni por parte del Perú, la Argentina y el Brasil, que protestaron contra todo conato de enmiendas en el programa circulado juntamente con las cartas invitatorias, la expedición del Presidente Mac-Kinley á la Exposición de Búffalo no tenía otro objeto que prestar el calor de su presencia y su palabra á un acto de solemnidad pública tan notoria como el de la referida Exposición, cuya situación desairada en la consideración de las Repúblicas latinas, tan variamente representadas en ella, formaba el prejuicio de lo que en plazo ya breve debía de ser el Congreso Panamericano de Méjico, de que la Exposición constituía una mera avanzada. ¿Cómo, dados estos antecedentes, no ha de impresionar visiblemente las almas que, como la mía, sienten la eterna superstición de la mano de Dios en la vida y en la historia, el hecho *fatal* de que el asesinato de Mac-Kinley se haya verificado



en Búffalo y en el local de la Exposición, preliminar de lo que á la soberanía y á la independencia de las Repúblicas hispanoamericanas se le tiende en la verdadera emboscada á que equivale el programa conocido del próximo Congreso que dentro de pocos días va á inaugurarse? El hecho es todo lo *fortuito* que ordinariamente aparentan ser todos los sucesos humanos. Esto es indudable; pero su ignoto impulso hay que buscarlo, prescindiendo del delito abominable, en los arcanos de lo sobrenatural, que no está sometido á las leyes de la humana previsión. En estos fatídicos hechos, y en los lados ulteriores que en la política de los Estados Unidos se buscan á los efectos de la Exposición y del Congreso Panamericanos, parece que flota este veto de lo sobrenatural desconocido: *¡Dios no lo quiere!*

Yo no puedo examinar el asesinato del Presidente Mac-Kinley, ni con relación al aspecto social bajo que se produjo el 15 de Abril de 1865 la muerte violenta de Abraham Lincoln, en medio de la lucha de los Estados del Sur contra los del Norte, después de la caída de Richmond, la capital de los separatistas, en poder de los federales, ni con relación al aspecto político bajo que se produjo el 2 de Julio de 1881 la muerte violenta de Abraham Garfield, en medio de la viva oposición de los partidos, cuyas inmoralidades se había propuesto depurar aquel Presidente. Se atribuyó en 1865 al asesino John Wilkes Booth ser el instrumento vengativo de los que habían sido perjudicados en sus fortunas mediante la emancipación de los esclavos, y en 1881 á Charles Guiteau ser el brazo ejecutor de las sentencias pronunciadas por aquellos republicanos, cuya falta de virtudes había constituido un sistema de enriquecerse en la ausencia de todo escrúpulo para repartirse en familia los cargos públicos del Estado á fin de medrar á sus expensas. A Czolgosz se le baraja en el número ya copioso de los vengadores anarquistas. El porvenir aclarará la clave del enigma. Conviene, entre tanto, fijar bien lo que Mac-Kinley era, lo que Mac-Kinley representaba,



lo que en la acción personal de Mac-Kinley habían hecho depositar las esperanzas de un pueblo que, sintiéndose en el apogeo del poder y la fuerza que da la prosperidad y la abundancia, había entrado en el vértigo del engrandecimiento, ya emulando la formidable expansividad de la nación del viejo continente que le dió sangre y vigor, ya alentado por la facilidad de las primeras conquistas conseguidas. La exagerada ponderación que ha producido la conciencia febril de aquella fuerza se ha visto reflejada en todos los actos y en todas las manifestaciones del espíritu nacional de los norteamericanos en estos últimos cincuenta años. Esta tendencia á poseer lo mayor, lo más gigantesco, lo más colosal de todas las cosas, ha llegado á formar tal obsesión en la mente del pueblo yanqui, que nada concibe que no traspase los límites hasta de lo extraordinario. Antes esta manía se limitaba á la exageración de la propia naturaleza que los Estados Unidos disfrutaban. Los mayores ríos, las mayores campiñas, los mayores lagos, las mayores cascadas; tales eran las ideas que absorbían su imaginación. De los panoramas de la naturaleza, estas obcecaciones pasaron á la proporción de las producciones y de las obras y empresas para alcanzarlas; luego á la acaparación de estos mismos productos y á la elevación de la fortuna que representaban, y así de exageración en exageración, el país que en pocos años se jacta de haber construído las mayores ciudades, de haber extendido el mayor número de líneas férreas y de telégrafos y cables, de haber levantado los mayores faros y monumentos del mundo, de haber creado las riquezas particulares más hiperbólicas, de haber constituído los sindicatos más formidables para explotaciones que han tomado el carácter de universales, no es extraño que desde hace muchos años también navegue fantásticamente con el pensamiento de fundar el mayor imperio que haya existido sobre la tierra, no satisfaciéndose con el patrón de su madre y maestra la Gran Bretaña, que dilata la fuerza expansiva de su poder desde el reducido solar primitivo de sus islas por todos los círculos



del planeta, sino pretendiendo adueñarse de los mayores mares y dominar en ellos, de incorporarse los mayores imperios coloniales y las mayores posesiones ya formadas por otras potencias en los demás continentes, como lo ha practicado contra España en las Filipinas, sin renunciar por esto á la absorción de lo que le circunda, aun fuera de su soberanía, en el mismo continente que ocupa, hasta que se incorpore por cualquier camino que sea, pues el éxito los hace todos lícitos, todas las demás partes bajo la inmensa autoridad de su único poder. De este imperialismo sagaz, tenaz, doloso y sin escrúpulos, la personificación entera encarnaba en Mac-Kinley y nunca, hasta su Presidencia, se pusieron en práctica más medios sugestivos para conseguir sus triunfos. En el Norte se le consideraba como el primer Presidente de la *Greater America*, esto es, de la novísima América expansionista, y los que, apenas iniciado el segundo período constitucional de su mandato, halagaban la idea de una tercera reelección al acabar el cuatrienio comenzado en 1901, se apoyaban en las esperanzas que consolidó más y más su último discurso-programa pronunciado el 4 de Marzo ante el Senado, en el que claramente dió á entender que América, después de sus recientes conquistas, no sólo era capaz de administrar sus nuevas posesiones, aunque lejanas, sino que se hallaba dispuesta á agregarlas otras nuevas, pues para toda empresa conquistadora debía considerarse apta una nación que desde 1850, en que su fortuna era de 7.000.000.000 de dollars, la ha hecho remontar hasta 90.000.000.000, habiéndose evaluado en 35.000.000.000 los aumentados en el último decenio, es decir, de 1891 á 1900.

Este crecimiento febril, que bien puede calificarse de tumultuario, en la potencialidad económica que los Estados Unidos han adquirido, y que es el nervio de su fuerza, sentíase halagado por tales promesas en aquel país donde el ideal es la riqueza estupenda y repentina, donde el fanatismo del poder es el fanatismo de la prosperidad, donde estos ideales que se



nutren en las fuentes del egoísmo no se contienen en ninguna moderación, sino que se exaltan hasta el logro de sus empresas sobre el naufragio de todos los escrúpulos y hasta de todos los pudores de la conciencia, donde la audacia, privada de miramientos, á todo se atreve y á toda conquista de fortuna se arroja, donde quiera que germina, ahora sea proponiendo una venta, ahora combinando un *trusts*, ahora lanzándose descaradamente á una usurpación, donde no cabe más lógica en el raciocinio que la satisfacción de lo que conviene á cualquier precio, pues en su criterio embotado, todo, hasta el nombre, puede cotizarse á máquina, en confusión, en vértigo, en delirio, como en una Bolsa ó un mercado. ¿A qué posesiones nuevas que agregar á las arrancadas á España con el fraude de la cuestión colonial en Cuba, podía aludir el Presidente Mac-Kinley en su mensaje del 4 de Marzo último al Senado? Si las amenazas, que desde hace mucho tiempo pesan sobre toda la América latina acerca de su absorción por la del Norte, no hubieran sido ya fuente bastante para tantas alarmas *en el continente enfermo* durante toda la segunda mitad del siglo XIX, harto elocuentemente habrían contestado ahora á esta proposición los discursos pronunciados el 20 de Mayo en el acto de la inauguración solemne de la Exposición de Búffalo, por el entonces aún Vicepresidente Roosevelt y el Senador Lodge y aun otro discurso posterior de Roosevelt, el pronunciado pocos días antes de la tragedia de Búffalo, el 3 de Septiembre, en las fiestas de Minneapolis, del Minnesota, calcado en el espíritu imperialista del primero y con relación al papel que á los Estados Unidos toca desempeñar en los actuales conflictos entre Venezuela y Colombia. Todos estos discursos forman la psicología completa de la Exposición Panamericana en aquel momento inaugurada y la del Congreso Panamericano de Méjico, próximo á abrirse; y aunque en Washington se publicaron tímidas rectificaciones á lo formulado por el allí sustituto del Presidente Mac-Kinley y por el Senador del Estado, no podía caber duda de que lo enunciado por Roosevelt



y por Lodge envolvía el pensamiento esencial, aunque ulterior y recóndito, que constituía el programa de la política del nuevo Consulado respecto á los destinos de la América de origen ibérico, invitadas á aquella Exposición y á este Congreso. Después de la muerte de Mac-Kinley, las palabras pronunciadas el 20 de Mayo en Búffalo y el 3 de Septiembre en las fiestas de Minceapolis, por Roosevelt, en quien se asumen ya los altos poderes soberanos de la nación norteamericana, y las palabras del Senador Lodge, á quien se indica para sustituir al Coronel John Hay en el Ministerio de los Negocios Extranjeros de la Casa Blanca, cobran una virtualidad irresistible, y ya sabe la América latina concurrente á la Exposición Panamericana de Búffalo y al Congreso Panamericano de Méjico, que uno y otro acto no son más que otro paso progresivo hacia la realización de la amarga sentencia *del destino manifiesto*.

¿Podrá apoyarse la América latina en la fuerza que emane de su brillante derecho internacional americano, cuyas raíces no se echaron en los Estados de la Unión anglosajona del Norte desde los principios de su separación del Imperio de Inglaterra, al calor de la protección y de los auxilios que juntamente prestaron á sus políticos insurgentes Francia y España; sino que, casi medio siglo más tarde, fueron concepción que puede llamarse exclusiva del gran libertador Bolívar? En la moderna América, por la elocuencia de los hechos que presencia el mundo, quiebra la eficacia del arrogante axioma *la fuerza vence al derecho*, y se sustituye con otro análogo, que bien pudiera formularse diciendo: *la astucia vence al derecho*. En realidad, solamente Méjico tuvo razón, después de la guerra de 1848, en protestar contra el empuje de la fuerza que, atropellando su derecho, la obligó por el tratado de Guadalupe-Hidalgo á la cesión de la Alta California y del Nuevo Méjico, así como en 1883, después de la guerra que comenzó en 1879 y de la celebración del tratado de Ancón, el Perú y Bolivia, que tuvieron que rendir á Chile victoriosa algunas provincias en perpetuo dominio y otras en hipotecas condiciona-



les. Todos los demás movimientos, que han tenido por objeto la sustracción ó conquista de fincas ó posesiones territoriales en la América emancipada, y principalmente los que se han incubado al calor de los Estados Unidos, han sido problemas de la astucia, ya se hayan frustrado hasta ahora como las expediciones filibusteras contra la Sonora y Nicaragua, ya á fuerza de perseverancia hayan dado los tristes éxitos de Cuba, ya sostengan estados permanentes de guerra civil ó provocaciones, permanentes también, de guerras fratricidas, como las que en estos momentos observa el mundo entre Venezuela y Colombia, y las que sin cesar se excitan entre Chile y la Argentina. La mano y el instrumento propulsor de todos estos conflictos, aunque escondida, todo el mundo la ve y la conoce: el instrumento es la astucia, y la astucia es además el instrumento con que sin cesar se empuja á las jóvenes Repúblicas de nuestra lengua hacia los fatales derrumbaderos de los llamados *destinos manifiestos*, por medio de estos Congresos americanos, cuyos problemas tienden á anular todo el Derecho internacional americano creado por Bolívar, base de la independencia y soberanía de todos y de cada uno de los Estados que se formaron soberanos é independientes desde el primer momento de la emancipación de la tutela y dominio de España.

El Derecho internacional propiamente llamado americano, que siendo creación de la América latina desde Bolívar, los Estados Unidos se han querido apropiarse exclusivamente en su propio provecho y como base esencial de sus intenciones absorbentes de todos los tiempos y de su fiebre actual de imperialismo, se diferencia del derecho público universal de gentes, cuyas fuentes modernas, arrancadas por los insignes teólogos españoles Francisco Victoria, Domingo Soto, Baltasar de Ayala y Francisco Suárez, á las eternas leyes morales que estableció la admirable doctrina fraternal del Crucificado en Alberico Gentile, Conrado Bruno, Hugo Grocio, Samuel Puffendorf, prescindiendo absolutamente de los mal investigados



ejemplos de las instituciones de los siglos medios, concordándolas con los principios sustentados en las civilizaciones antiguas por el *jus sacrum* y el *jus gentium* de los romanos, é inoculando en ellas aquel ambiente de libertad por que toda Europa combatía en una época en que los grandes protestantes del catolicismo habían proclamado juntamente la libertad del hombre civil y la libertad del pensamiento humano, adquirió ya la tendencia hacia la universalización y uniformidad de sus principios, cuyo movimiento definitivo en esta inclinación se ha pronunciado en el último tercio del siglo anterior, en que ha preconizado tres bases de constitución esencial que le son absolutamente propias, y alguna de las cuales pugna sin descanso por constituirse también en base del derecho público universal. Estos tres principios diferenciales del Derecho internacional americano, son: primero, el principio de la soberanía exclusiva, que repugna la intrusión de la soberanía territorial en aquel continente, á ningún poder extraño al mismo continente, excepción hecha de los que se hallen en posesión anterior, bajo forma de colonias, de alguna parte de él; segundo, el principio de confederación, unión ó alianza fraternal entre los diversos Estados que tienen una misma sangre, un mismo lenguaje é idéntico origen histórico; y tercero, la consagración del arbitraje para dirimir toda contienda entre las diversas partes de estas mismas nacionalidades de origen étnico homogéneo, y en sus relaciones con los demás pueblos.

El primero de estos principios del Derecho internacional americano, formulado en la frase sintética de *la América para los americanos*, surgió como una palabra de orden, en medio de la insurrección de las provincias españolas de América, contra el dominio de España, y su fórmula la dió un insurrecto de larga historia llamado Picornel. De esta fórmula de protesta contra el poder de España, nacida en el seno de sus provincias insurrectas de América, se apoderaron inmediatamente los Estados Unidos del Norte, y arrogándose un



protectorado que en España podremos discutir siempre, con presencia de nuestra correspondencia diplomática con los Gobiernos de Filadelfia, en que constan las protestas de los diversos ministerios que en los Estados Unidos se fueron eslabonando desde la restauración de Fernando VII de Valencey hasta las revoluciones de 1820, el Presidente Monroe, en el mensaje que leyó al Congreso americano el 2 de Diciembre de 1823, imitando la conducta de Inglaterra que en 1821, ante los movimientos insurreccionales de Italia, había hecho una declaración de principios por los que rehusaba reconocer la intervención de Austria, Prusia y Rusia en los asuntos italianos á título de justicieros internacionales, y la de la misma Gran Bretaña en 1823 con motivo de la intervención armada de Francia en nuestra península, á fin de restablecer el sistema absoluto de la antigua Monarquía contra el régimen constitucional que había querido implantarse por los revolucionarios de las Cabezas de San Juan, temeroso de que en Europa los esfuerzos de la Santa Alianza tratasen de intervenir en los asuntos de los insurgentes de nuestras provincias de aquel continente contra España, incluyó una declaración, á la que posteriormente se ha dado el nombre de *doctrina de Monroe*, que constaba de dos partes. En la primera decía que «los Estados Unidos consideraban como un peligro para su tranquilidad y seguridad cualquier tentativa por parte de las potencias de Europa de querer extender *su sistema político* en el Nuevo Continente»; en la segunda, que «los continentes americanos, por la condición independiente y libre que habían alcanzado y en que se mantenían, no podrían ser considerados en lo futuro como terrenos coloniales por ningún Gobierno de Europa».

Cuantos conocen la historia, saben que la primera parte de la declaración del mensaje de Monroe se refería y contestaba á la que en Europa la Santa Alianza acababa de hacer en el Congreso de Laybach, considerando nula y contraria á las leyes públicas del viejo continente cualquiera reforma lle-



vada á cabo por medio de una insurrección, y que las potencias europeas reunidas en aquel Congreso estaban dispuestas á combatir el principio de rebelión en cualquiera parte y bajo cualquiera forma que se presentara. ¡Pequeña é ineficaz ofrenda á España y Portugal, cuyas colonias americanas se hallaban hacía tantos años en rebeldía declarada, para cuyo fomento, desoídas las reclamaciones de España por Inglaterra durante nuestra guerra de la Independencia, en que fue nuestra aliada contra Francia, desoídas por las potencias que á sí mismas se dieron el título de *grandes* en el Congreso de Viena de 1814 y 1815, jamás dejaron de salir barcos cargados de armas de todos los puertos de la Gran Bretaña y Holanda en el Atlántico, y en el mar del Norte, ni de los de Francia en el Mediterráneo, de Italia en el Tirreno y de Austria en el Adriático! Con todo la primera parte de la declaración de Monroe en su mensaje al Congreso americano, solamente se limitaba á exponer que consideraba como un peligro para su tranquilidad y seguridad toda tentativa por parte de Europa de querer extender sus sistemas políticos por América, y para justificar esta declaración procuró dejar perfecta y claramente sentado el principio de que «así como la América no intervenía en los asuntos europeos, Europa no podía intervenir recíprocamente en las cuestiones de índole interior americanas». «Sólo cuando son hollados nuestros derechos—añadía el Presidente Monroe—ó cuando nos sentimos heridos en nuestra dignidad, nos preparamos á defendernos. Sin embargo, nuestro interés por todo lo que ocurre en esta parte del hemisferio es grande, y la causa de ello no puede ser más natural y justa. El sistema político de las potencias europeas aliadas es esencialmente distinto del que nosotros en nuestro continente hemos adoptado, y esta diferencia proviene de la que existe en los respectivos Gobiernos. Pues bien, teniendo presentes los lazos que nos unen con dichas potencias aliadas, debemos declarar que consideramos como peligrosa á nuestra tranquilidad y seguridad cualquiera tentativa de querer extender su sistema político sobre nues-



tro hemisferio. El Gobierno de los Estados Unidos *no inter- vendrá jamás en las colonias americanas de los Estados de Europa* (¡!), pero estimará como acto de hostilidad cualquiera intervención extranjera que tenga por objeto la opresión de los Estados que han declarado su independencia y la han sostenido.»—Y más adelante:—«Es imposible que los Estados de Europa extiendan su sistema sobre cualquiera de las tres Américas sin que amenacen nuestro bienestar. No podemos, por tanto, mirar con indiferencia que tal política, bajo cualquier forma que sea, domine en los territorios americanos.» Y como el fin que Monroe se proponía en esta parte de su declaración era establecer el principio de la independencia de todas las partes de América, que la habían conseguido, y rechazar toda intervención de Europa en su política, el pasaje anotado del referido mensaje concluía diciendo: «Comparando la fuerza y los recursos de España con los de los nuevos Estados, cuyos Gobiernos *de facto* hemos reconocido, y teniendo en cuenta la distancia que entre sí los separa de su antigua metrópoli, es evidente que España no volverá jamás á reducirlos á su autoridad. Pero sea de esto lo que quiera, la política de los Estados Unidos consiste en la inteligencia de que las demás potencias obrarán del mismo modo en dejar que las partes mismas resuelvan la cuestión.»

La segunda parte de la declaración del mensaje de Monroe, la que realmente se resume en la máxima ya proverbial que tanto se repite: *la América para los americanos*, aunque formulada en la América del Sur por el infidante Picornel, en la América del Norte se recogió en un principio con fin muy diverso del que Picornel le dió, y posteriormente se le ha dado una interpretación que vicia su concepto. El tratadista argentino Carlos Calvo refiere su inclusión virtual en dicho mensaje con motivo de las pretensiones que Rusia á la sazón tenía de colonizar algunos territorios del continente americano del Norte, que habían dado lugar á que los Estados Unidos y la Gran Bretaña, ligados por el tratado de 1813, relativo á la



posesión de tierras del Norte de dicho continente, se opusieron á la realización de aquellos proyectos. A pesar del tratado referido, esta cuestión motivó un serio debate diplomático entre las dos Cancillerías de los Estados Unidos é Inglaterra, en la cual el Secretario de Relaciones Extranjeras, americano Mr. Adams, declaró: «que la soberanía de las naciones que se habían constituido en América bastaba para que pudiera considerarse extendida á todo el continente; que sólo se respetarían los derechos adquiridos, y que poblada toda América por Estados libres y naciones civilizadas, en lo sucesivo no sería accesible á los europeos sino bajo principios de absoluta igualdad, convirtiéndose el Océano Pacífico en un mar libre como el Atlántico y dejando la navegación de los ríos y aguas jurisdiccionales á lo que sobre ella determinaran los Estados americanos». El complemento de estas resoluciones fue la declaración de Monroe, en su mensaje, de que los continentes americanos, por la condición independiente y libre que habían alcanzado y que mantenían, no podrían ser considerados en lo futuro como terrenos coloniales por ningún Gobierno europeo.

Aunque Mathieu A. Bernard, en el *Manuel du Droit International public et privé* que sobre el *Derecho Internacional* de Carlos Calvo acaba de dar á la estampa en Montreal (Quebec, 1901), analizando esta cuestión, atribuye á Monroe que, al hacer la declaración de 2 de Diciembre de 1823, *avait évidemment l'arrière pensée de poser les Etats Unis comme les protecteurs SUPRÊMES des Etats américains et les garants de leurs territoires* (página 42), aunque el principio que de ella emana, ya apodado de una manera incontrastable *la doctrina de Monroe*, ha representado un papel importante en el desenvolvimiento del *Derecho Internacional Americano*, saliendo á relucir en los diferentes conflictos que han surgido entre los dos continentes trasatlánticos, sobre todo desde el último tercio del siglo XIX, unas veces presentándole los Estados Unidos á las potencias de Europa, como una valla infranqueable en oposición á sus pre-



tensiones, otras siendo invocado en su favor por los nuevos Estados que se consideran débiles en todo aquel hemisferio, todavía el concepto que de él se tiene en uno y otro mundo es ó imperfecto, ó erróneo, ó bien poco conocido, pues la interpretación que ya se le da, con frecuencia traspasa los límites de su justa eficacia por la manera como la han concebido algunos estadistas de la gran República del Norte, como Buchanam, Brown, Cleveland, pretendiendo que la doctrina de Monroe no es sino la titulada doctrina *del destino manifiesto*, en virtud de la que América debe ser completamente separada y aun aislada de Europa para que los Estados Unidos, cumpliendo este *destino*, puedan extenderse por todo el continente americano y tender sobre él su imperiosa soberanía. Esta interpretación que es la misma que Mac-Kinley dejaba sobreentender en su mensaje del 4 de Marzo último sobre las nuevas agregaciones, la misma que en sus discursos de 20 de Mayo último dejaron caer sobre sus oyentes de sangre latina, con general alarma, en el acto de la inauguración de la Exposición Panamericana de Búffalo, el entonces Vicepresidente y ahora Presidente Roosevelt y el Senador Lodge, la misma que entrañan en todo su espíritu y sentido las diversas partes políticas y económicas de que se compone el programa del Congreso Panamericano próximo á abrirse en Méjico, y la misma que palpita con explícito entusiasmo en el alma de todo el numeroso elemento *jingo* que ha impulsado la política de Washington por los mares sin término ni riberas del moderno imperialismo; bien puede entenderse que nada tiene de común, ni con el sentido que Picornel dió á la frase de *América para los americanos* como principio impulsor de la segregación de España de las colonias americanas, ni el sentido de las declaraciones del mensaje de Monroe contra las intervenciones de Europa.

Siempre fue numeroso en los Estados Unidos el partido que tuvo este modo de interpretar la doctrina de Monroe. Con este concepto sobre dicho principio se vió proceder al Gobier-



no americano, cuando en 1848 los mejicanos, no habiendo podido dominar una sublevación de indios en el Yucatán, acudieron al Gobernador español de Cuba y á otros vecinos europeos, sin excluir á los anglo-sajones del Norte, en demanda de ciertos auxilios á cambio de ciertas recompensas. Pudo el Gobierno español entonces reivindicar la soberanía de aquella península prestándose á atender las invitaciones que se le hacían; pero el Gobierno norteamericano se opuso abiertamente á que el Yucatán volviera á caer en manos de España, y no queriendo singularizarse con el Estado español, hizo la nueva declaración, apoyándose en la doctrina de Monroe y ampliando su sentido, de que los Estados Unidos jamás autorizarían ninguna cesión de territorio americano á ninguna potencia europea, ni aun contando con la voluntad del Gobierno que lo poseyera. Bajo la presidencia de Cleveland esta declaración fue repetida de una manera más clara y más precisa, á propósito de la cuestión de límites entre Guayana inglesa y Venezuela. Con todo, todo el mundo sabe que, á pesar de la declaración del mensaje de Cleveland, y á pesar del fanatismo jingo de los modernos imperialistas, cuando el laudo arbitral se ha pronunciado por el Presidente de la República francesa en la cuestión de los límites de la Guayana, aunque ese fallo, ha sido motejado de parcial y ha desfavorecido á Venezuela ni el Presidente Mac-Kinley, tan celoso de la doctrina de Monroe, ni las oficinas de política exterior de la Casa Blanca, ni los vocingleros del Senado que tuvieron contra España en la cuestión de Cuba tantas notas violentas, ni el más insignificante de los periódicos jingos de Nueva York, nadie ha tenido una palabra de protesta, nadie ha reprobado la extensión asombrosa de territorios que la arbitrariedad de un árbitro parcial ha reconocido á la codicia acaparadora de la insaciable Inglaterra. ¡Es verdad que en aquellas circunstancias Inglaterra acababa de ser la amable aliada de los Estados Unidos en la expoliación de las colonias de España, y que además, cultivándose la reciprocidad de las condescendencias entre los



dos Gobiernos de Washington y de Londres, en la Casa Blanca se esperaba ver ceder, en compensación, á la Gran Bretaña en la anulación del Tratado Clayton-Bulwer sobre los canales del istmo y en la admisión de las enmiendas hechas por el Senado americano en el Tratado Hay-Pauncefote!

La tradición original de la inteligencia de la doctrina de Monroe no era ciertamente la que se le dió en 1848, cuando la pretendida cesión del Yucatán á España, ni la del mensaje de Cleveland en la cuestión de los límites de la Guayana inglesa con Venezuela. La llamada doctrina de Monroe, repetimos, se estableció en 1823 como acto de oposición para que Europa se arriesgase al intento de imponer en América el sistema político de casi la universalidad de sus naciones, porque éste no podría realizarse sin poner en peligro la tranquilidad y la seguridad de los Estados Unidos, y para impedir que el territorio americano fuera de nuevo colonizado por Europa en la parte que á sus Estados no estuviera sometida, «porque la soberanía de las naciones que se habían constituido en América bastaba para que pudiera considerarse como extendida á todo aquel continente, respetando sólo los derechos adquiridos»; y aunque esta segunda parte de la declaración parecía argüir, como Mathieu A. Bernard ha pretendido que los Estados Unidos se constituían en centinelas avanzados para defender la soberanía de los Estados menores de lengua latina, en los antecedentes notorios de 1826 quedó aclarado perfectamente el verdadero sentido de la doctrina de Monroe, cuando aceptada por aquellos la invitación para el Congreso de Panamá, dejaron de concurrir á él, y declararon, á consecuencia de los principios que sobre la independencia de los Estados americanos y los atributos de la soberanía se definieron en aquella Asamblea, que no harían causa común por la cuestión sobre nuevas colonizaciones con los Estados del Sur, quedándose en libertad de acción para proceder en toda circunstancia en conformidad con sus sentimientos de amistad hacia las nuevas Repúblicas, y con los principios de honor y dignidad que servían de nor-



te á su conducta. (CALVO, § 79.) Tiene razón, por lo tanto, el peruano Tudela y Varela, cuando discutiendo este tema ya propuesto en su *Derecho Internacional* por el Sr. Calvo, concluye diciendo: «Esta declaración venía á desligar á los Estados Unidos de todo compromiso sobre su protectorado y garantía, y á dar á la doctrina de Monroe el carácter de una simple protesta accidental por parte de este país contra las invasiones que de Europa pudieran intentarse, sin que quedara comprometido en manera alguna á ningún deber positivo ni aun de solidaridad, sino manteniéndose en la conducta de plena libertad de acción y excluída, en el orden jurídico, de toda obligación de defensa en pro de las Repúblicas menores, sin otro papel que el de mero espectador de los sucesos, como lo fue cuando la escuadra española del Almirante Méndez Núñez, desde sus barcos de madera, encabezados por la *Numancia*, primer buque acorazado, que daba á la sazón la vuelta al mundo, hizo saltar á cañonazos las torres blindadas del Callao.»

La interpretación última y absoluta que se ha dado á la doctrina de Monroe, puede decirse que en realidad no data sino desde que el Presidente Cleveland, con motivo de la cuestión anglo-venezolana, hizo la declaración de que, en lo sucesivo, los Estados europeos no podrían hacer nuevas adquisiciones territoriales, ni aun por medio de tratados: restricciones, que, como se ha dicho, no han podido sostenerse delante de la sentencia de un Tribunal arbitral, pero que más que una imposición á Europa, que sabe que esos vetos la fuerza del cañón los desbarata, venían á menoscabar las atribuciones soberanas de los Estados latinos de América, á quienes por esta declaración se les privaba de una de sus más legítimas prerrogativas, la de poder disponer de lo que es de su propiedad y pertenencia. Recuérdese cuál fue la conducta de los Estados Unidos cuando se divulgó que el Ecuador se disponía á vender á Inglaterra las islas Galápagos. Los Estados Unidos se interpusieron, pero no para invocar la doctrina de Monroe, sino acudiendo á la pu-



ja de la licitación. De las islas de la Bahía pertenecientes á Honduras se apoderó por fuerza Inglaterra en 1838, sin que los Estados Unidos protestasen de aquel acto ni se les ocurriese invocar para impedirlo la doctrina de Monroe. En 1848 el Gobierno de Nueva Granada otorgó á una Compañía norteamericana la concesión para construir el ferrocarril interoceánico de Panamá. Sin la menor atención á los vetos de la doctrina de Monroe, Inglaterra intervino, temerosa del desarrollo que con estas ventajas en Centro América podrían alcanzar los Estados Unidos, é impuso al Gobierno norteamericano las ataduras del tratado Chayton Bulwer, que, concluído y ratificado en Junio de 1850, constituyó en iguales los derechos de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos en los intereses comerciales y en la ocupación territorial del istmo. Casi mediado el último siglo, se apoderaron los ingleses de las islas Malvinas, ahuyentando de ellas las autoridades que allí tenía puestas la República Argentina. Esta copiosa relación de hechos demuestra, al menos, que la decantada doctrina de Monroe en manos de los Estados Unidos, no ha sido sino un remedio de ocasión, del que nadie se ha acordado, cuando por encima de él ha pasado uno más fuerte, que hasta aquí ha sido Inglaterra.

De la doctrina de Monroe nadie se acordó para contradecir aquel despojo de las islas Malvinas, ni para impedir la intervención de Europa en los asuntos de Méjico, cuando se trató de implantar allí un nuevo imperio. La doctrina de Monroe no ha tenido fuerza efectiva, sino cuando los Estados Unidos la invocaron para impedir que Europa mediara en el conflicto que habían provocado con España con motivo de la cuestión de Cuba, para cuyo pacífico arreglo no consintió siquiera que se hablase ni de arbitraje, y desde entonces en los Estados Unidos no se les cae un momento ni de la lengua ni de la pluma á los oradores, á los publicistas y á los periodistas americanos, no para impedir que Alemania afinke en ningún territorio de la América del Sur, sino para sostener con esta bandera el principio de la supremacía y del protectora-



do que ha querido arrogarse con los Estados independientes de las tres Américas latinas, y para prepararlas sin cesar el rescoldo en que se condimenta la aromada pepitoria en cuya salsa se proponen tragárselas en el banquete supremo del imperialismo, que impulsado levíticamente por Cleveland y puesto en el palenque victorioso de la acción por MacKinley, tomará bajo Roosevelt, en su largo consulado interino, las proporciones más audaces, cualquiera que sea el resultado de la conferencia panamericana que va á abrirse dentro de pocos días. Los que quieran saber qué prestigio alcanza la doctrina de Monroe, consulten á todos los Gobiernos de las diez y ocho Repúblicas de lenguas ibéricas: sólo Nicaragua y su presidente Zelaya votará por la sumisión á la gran república del Norte. Los demás se adherirán á los brindis de los marinos chilenos y argentinos en el banquete de Valparaíso cuando la fragata *Sarmiento* emprendió su viaje de circunvalación después de las entrevistas de Punta Arenas: «*Si hay un principio como de Derecho internacional, decían unos y otros, que establece que la América debe ser para los americanos, es preciso que se entienda bien que esta máxima quiere decir que la América del Norte sea para los americanos del Norte y la América del Sur para los americanos del Sur. Nuestras soberanías respectivas están bien claramente determinadas y definidas por nuestra sangre y por nuestro idioma. Los iberos del Sur y del Centro nunca tendrán nada de común con los anglo-sajones del Norte. Nuestro origen define nuestra independencia.*»

Indudablemente este es el derecho público fundamental americano. Los libertadores de la América latina, José San Martín, Bernardo O'Higgins y sobre todo Simón Bolívar, tal fue el norte que dieron á la independencia del porvenir. Difícilmente volverá á presenciarse la Historia un hecho tan grandioso, aunque tan lamentable para el aparato colosal de la grandeza de España, que continuaba desmoronándose en la América por ella descubierta, colonizada y civilizada, como



ya se había desmoronado en la Europa Central y Mediterránea y en las riberas del África, como el que, en medio de la guerra contra Napoleón, que nos sangraba y devastaba, se verificó con la simultánea ó casi simultánea insurrección de todos nuestros extensos dominios americanos, aunque este movimiento se realizara por hechos singulares, remotos entre sí y al parecer heterogéneos. Poseedora España de casi la integridad del continente del Mediodía, por las dos bandas de su gigantesca costilla de los Andes, de todo el Centro y de una parte importante de la América del Norte, resguardada por el dédalo de baluartes constituídos por los archipiélagos de las Antillas, de todo aquel poder tan inmenso y tan compacto, germinado de una misma sangre, dotado de unas mismas instituciones, fortalecido con los robustos vínculos que presta una misma fe, una misma lengua, un mismo origen y destino, aquel mundo se compartió, tomó los mismos límites que lo circunscribían bajo la administración colonial española y se dividió en tantos estados libres é independientes como fueron las distribuciones de nuestro régimen político, militar, judicial y eclesiástico. Bolívar comprendió que aquel conjunto de pueblos emancipados, por su naturaleza débiles y expuestos á todos los peligros de la debilidad, no podía romper enteramente entre sí los vínculos de la fraternidad común. No era para él, por lo tanto, el único problema la emancipación del poder central que los había engendrado. Bolívar pretendía despertar en ellos la conciencia de la necesidad de la mutualidad de sus auxilios para desenvolverse y tomar cuerpo en una tendencia propicia, si nó enteramente á una confederación común como la de la República anglo-sajona del Norte, al menos hacia una unión íntima, hacia una bien concordada liga política; y para proponer, discutir y concordar las fórmulas jurídicas de esta verdadera federación, como Presidente de la Gran Colombia, invitó á los Gobiernos de Méjico, Chile y Buenos Aires para el Congreso que se celebró en el istmo de Panamá en 1826. Dice M. Aníbal Murtúa que el dictador O'Higgins,



ya en su manifiesto de 6 de Mayo de 1818, había aconsejado á las nacientes naciones hispanoamericanas que formaran una gran confederación sudamericana «capaz de sostener la libertad política y civil en aquella parte del continente», y el historiador chileno D. Benjamín Vicuña Mackenna pone estas mismas frases en labios de otro de los libertadores americanos. Con todo, el hecho sustantivo de donde arranca toda la base del derecho público de la América latina parte del Congreso de plenipotenciarios de Panamá, cuya convocatoria circular fue suscrita en 1822, negociando este mismo año con el Perú y al siguiente de 1823 con Méjico, tratados de alianza y confederación, cuyo fin principal era que estos dos nuevos Estados le prestasen el auxilio de sus buenos oficios, con el objeto de que los demás Gobiernos de la América española, entrando en los mismos pactos, y no dejasen de concurrir á la Asamblea general de los confederados.

En 1824 el General Santander hizo en Buenos Aires las mismas gestiones por medio de sus agentes diplomáticos, y ya en Diciembre de este mismo año, Bolívar, considerando que no debía diferirse más la celebración de un acto que había de consagrar por resoluciones jurídicas constitutivas la situación de lucha en que las Repúblicas incipientes se habían establecido, comunicó su segunda circular de 7 de Diciembre, en que decía:—«Después de quince años de sacrificios consagrados á la libertad de América para obtener el sistema de garantías que en paz y en guerra sea el escudo de nuestro destino, ya es tiempo de que los intereses y las relaciones que unen entre sí á las Repúblicas de América, antes colonias españolas, tengan una base fundamental que eternice, si es posible, la duración de estos Gobiernos. Entablar aquel sistema y consolidar el poder de este gran cuerpo político que dirija la política en nuestros Gobiernos, cuyo influjo mantenga la uniformidad de sus principios y cuyo influjo sólo calme las tempestades que puedan surgir, no puede emanar sino de la respetable autoridad de una gran Asamblea de Plenipotenciarios nom-



brados por cada una de nuestras Repúblicas.» El fin substancial de aquella reunión, Bolívar en su circular lo resumía en estas frases, adelantándose á la resolución de sus acuerdos:— «El día en que nuestros Plenipotenciarios hagan el cange de sus poderes, se fijará en la historia diplomática de América una época inmortal. Cuando después de cien siglos la posteridad busque el origen de nuestro derecho público y recuerde los pactos que consolidaron su destino, registrarán con respecto los protocolos del Istmo. En ellos encontrarán el plan de las primeras alianzas, que trazará la marcha de nuestras relaciones en el Universo.»

La Asamblea proyectada por Bolívar reunióse al cabo en Panamá el 22 de Junio de 1826, con asistencia de los Plenipotenciarios de Colombia, Centro América, Perú y Méjico. Se había invitado á los Estados Unidos del Norte, y éstos nombraron también representantes; pero, visto el giro que la Asamblea se proponía tomar en sus asuntos, y no considerando que fueran unos mismos los intereses de las nuevas Repúblicas de origen español, y los de la de sangre anglo-sajona ya constituída en el Norte, no sólo dejaron de concurrir, sino que con manos ocultas allí comenzaron sus trabajos sagaces que han continuado empleándose durante todo el siglo anterior, para que el objeto unificador de aquella Asamblea se frustrase y que la nuevas Repúblicas no pudiesen llegar jamás á una robusta inteligencia común ni á ningún pacto formal de unión. La Asamblea, que estuvo funcionando hasta el 15 de Julio, durante veintitrés días, celebrando diariamente sus sesiones, llegó á aprobar cuatro bases de Derecho permanente: la primera la de la liga, unión y confederación entre las Repúblicas en ella representadas, á las que podían después adherirse voluntariamente las que, no habiendo enviado sus Plenipotenciarios, se hallasen conformes con sus acuerdos; la segunda, la del establecimiento permanente de estas Juntas, que habían de reunirse periódicamente en lugares distintos de las Repúblicas coaligadas, señalándose desde luego á Tacu-



baya en Méjico para su segunda reunión; la tercera detallaba los contingentes que habían de prestar cada una de las Repúblicas de la Confederación, y la cuarta comprendía un acuerdo secreto que arreglaba el orden en que debían enviarse estos contingentes. Tudela y Varela dice que estos tratados ni siquiera pudieron ser ratificados. «Sucesos inesperados y revoluciones provocadas por caudillos militares que alteraron la paz y trajeron la anarquía á las nacientes Repúblicas, determinaron el fracaso del primer Congreso hispano americano.» D. Benjamín Vicuña Mackenna atribuye estos fracasos «á una mezquina desconfianza sobre las miras de dominio universal que se imputaban á Bolívar», y M. Aníbal Murtúa, poniendo el dedo en la llaga, no se atreve, sin embargo, á descubrirla enteramente. Las insurrecciones de América no habían sido un hecho espontáneo de aquellos buenos colonos de España contra España; habían obedecido á una labor de sugerencias tenaces, y las propagandas clandestinas se manifestaron en actos ejecutivos cuando á las colonias, casi abandonadas en medio de la guerra en que la Metrópoli se vió envuelta con la invasión francesa, se le llevaron todos los auxilios que respondieran del éxito. Estas protecciones son siempre onerosas, pues los protectores de un día creen no merecer menor recompensa que la de que se delegue en ellos ó todo el influjo de la dirección ó toda la impunidad para sus intrusiones audaces. Los mismos que aliados de España, en la Península, se erigían en traidores y enemigos de España impulsando las revoluciones de América, elevados con el título de amigos á las iniciativas y á las luchas de la insurrección, con manos ocultas desviaban el rumbo de la evolución en cuanto discordaba con el plan oculto de sus propios pensamientos. Ni Inglaterra ni los Estados Unidos, en inteligencia ya con Inglaterra, podían permitir que la América española, que absorbía casi todo el continente meridional, el centro y una parte importante del continente del Norte, pudiera erigirse en una enorme federación semejante y rival á la de la Unión anglo sajona, y dotada



por la Naturaleza de mayor prodigalidad de bienes de la fortuna. Inglaterra pensó sacar de estos auxilios ganancias territoriales muy superiores á las que obtuvo separadamente de los beneficios inmediatos que le produjo el exclusivo monopolio del tráfico, de súbito arrancado á la soberanía de España. Los Estados Unidos, por su parte, tampoco querían aventajar en el Sur una gran federación cuyos grados de cultura, bajo el régimen de España, eran idénticos á los de la suya, y cuyo grado de riquezas le aventajaba enormemente. Toda la acción solapada y clandestina de la influencia inevitable que en los primeros años de la emancipación tenían que gozar en el seno de aquellos nuevos pueblos libres los que les habían impulsado y auxiliado en la lucha hasta hacerlos triunfar, y los que les habían dado hasta el molde de sus nuevas instituciones republicanas y democráticas, se ejerció sin descanso en que las nuevas personas creadas de derecho no saliesen de la impotente nerviosidad de la infancia y los pañales; en que se mantuvieran pequeñas, aisladas y aun enemistadas y rivales entre sí, y en que, aun dentro de ellas mismas, las emulaciones interiores las perpetuasen en la suma debilidad que nace de la anarquía de las guerras civiles y de los disentimientos políticos. De modo que, á la luz de una buena crítica, bien puede decirse, que los que se constituyeron en protectores de las nuevas nacionalidades hispano-americanas, á la vez se constituyeron en sus desorganizadores y sus verdugos.

La Asamblea de Panamá de 1826 se frustró en todos sus pensamientos ejecutivos que se dirigían á fundar un solo y grande cuerpo político hispanoamericano, de aquel enorme cúmulo de Estados naciotes, por medio de una gran confederación capaz de atender á todas las necesidades de su conservación, de su seguridad, de su autoridad, de su progreso, y en la misma forma y por análogos expedientes fracasaron, uno tras otro, el Congreso de Lima de 1847, el que formó el pacto tripartito en Santiago en 1856, el segundo Congreso de Lima de 1864, y hasta los Congresos de confederaciones par-



ciales, como el celebrado en Managua sobre el pacto de Amapala para la federación de las Repúblicas del centro, anulado por la revolución del General Regalado, después de haberse discutido y aprobado su pacto constitucional.

Contra la tendencia manifiesta de toda la América latina á estrecharse al menos en pactos de común alianza, en que preponderasen los sentimientos y los intereses de sangre, de lengua y de historia, el espíritu absorbente é imperialista de la gran República del Norte, ya desde 1882 comenzó á agitar, bajo la dirección de Mr. Blaine, la idea de los Congresos Panamericanos, encaminada: primero, á reconocer y proclamar jurídicamente la supremacía y el protectorado de los Estados Unidos sobre las tres Américas y los pueblos de distinta cuna y lengua que las pueblan, quedando como reducidas á una mera semisoberanía; segundo, á delegar jurídicamente en esta República, bajo la faz de intereses secundarios de la economía, de la política y del comercio, aquella parte de los atributos de cada una de las soberanías reconocidas en las Repúblicas menores del Norte, del Centro y del Sur, que, concentrando en manos de los poderes de los Estados Unidos la suprema dirección de todos los negocios que con ellos se relacionan, establezcan una dependencia necesaria de las Repúblicas ibéricas hacia la anglosajona en todas las esferas de la vida exterior política y de la vida interior civil, y que por esta dependencia invistan al poder supremo de los Estados Unidos de cierto derecho de intervención en todos los asuntos que el Gobierno de Washington estime que entran en el amplio radio de su consentida inspección, ya para cerrar ó cuando menos regular todas las vías de la comunicación política, económica y hasta moral con Europa, de que se las aisla; ya para disminuir ante el derecho público del mundo los caracteres esenciales de la personalidad política soberana, hasta que por avances sucesivos ésta desaparezca enteramente y la incorporación se haya efectuado sin convulsiones violentas y con la aparente aprobación y consentimiento de to-



das las partes que han de contribuir á tales resultados.

Si el plan fracasó en el primer Congreso Panamericano que al cabo logró reunir en Washington en 1889; esta tendencia ha subsistido de tal manera íntegra en el espíritu de los sagaces estadistas norteamericanos, que Mac-Kinley, el primer brazo ejecutivo de las ideas de expansión que han creado el actual imperialismo triunfante, agresivo y avasallador, apenas salió victorioso de la prueba de la expoliación del imperio colonial de España en sus últimos vestigios en las Antillas y en su aún considerable aparato en el mar de la China, inmediatamente propuso la celebración del segundo Congreso del mismo carácter y significado, escondiendo como en las primeras tentativas el fin siniestro del drama final bajo la amable máscara de la solidaridad de los intereses comunes americanos, de la inviolabilidad territorial en defensa de los débiles y de la reciprocidad de servicios mutuos. Basta, no obstante, tender la mirada por los programas propuestos para la anterior y próxima conferencia de Washington y de Méjico, para penetrar toda la profundidad *de sus destinos manifiestos*. Un distinguido publicista hispanoamericano, considerando la pendiente en que todo el continente de nuestra lengua se halla respecto á los Estados Unidos, por las facultades superlativas y antijurídicas que éstos se arrogan y las intrusiones degradantes en que se meten, no ha podido menos de escribir: «Tiempo es ya de que las naciones de la América latina se den cuenta cabal de la situación que con su abandono y su imprudencia se están creando, y piensen seriamente en prevenir el peligro que las amenaza, procurando fijar las bases de un Derecho internacional que venga á regir de un modo claro y preciso sus relaciones con los Estados Unidos. Dejando á éstos obrar con el descaro con que lo ejecutan, nuestra nulidad ante las garantías del Derecho público internacional habrán desaparecido. Por ventura cuando en Europa se habla en la esfera de los intereses internacionales de América, ¿se habla de nosotros siquiera? En el mundo internacional europeo,



quien dice: *América*, se sobreentiende que habla de los Estados Unidos. Chile tenía ya una fuerza naval considerable cuando Alemania citó á América á Kiel: ¿quién fué de América? Los Estados Unidos. Rusia invitó á las conferencias del Haya todas las naciones cultas del Universo. ¿Quién fué de América á las conferencias del Haya? Los Estados Unidos. La América que fue española contiene cerca de cuarenta millones de almas católicas que comulgan en el seno de la Iglesia Romana, en tanto que en los Estados Unidos, donde no existe religión del Estado y donde el mayor número de sus habitantes son protestantes metodistas. ¿Quién en América goza de la jerarquía de la púrpura romana? Los Estados Unidos. Anúlese en Europa nuestra representación diplomática; establézcase un *zollverein* americano en el régimen de nuestras aduanas; vengamos á un convenio internacional en el de la moneda y constitúyase un solo ejército de mar y tierra, con contingentes proporcionales de cada una de las Repúblicas actuales, y ya nuestros nombres nacionales habrán desaparecido y seremos Estados sometidos, más bien que confederados á los Estados Unidos. Es preciso despertar. Estamos dormidos. Es preciso despertar.»

Aunque el programa del Congreso que va á reunirse en Méjico contiene todas las cuestiones que en el carácter de universalización y uniformidad que se observa en las tendencias modernas de todas las ramas del derecho, en lo que no tocan á las condiciones particulares de cada localidad, y mucho menos al sagrado de las prerrogativas en que se fundan los atributos esenciales de la soberanía y de la independencia, en aras de la mutualidad de los servicios han sido sometidas á las diversas formas que pueden darse á los acuerdos internacionales, como á la Convención de Berna de 1881 el régimen de los caminos de hierro, á las conferencias de París de 1867, 1878, 1881 y 1889 la unión monetaria, etc.; sólo al capítulo del *arbitraje*, que se ha de tratar en esta Asamblea panamericana, se le ha dado una importancia exagerada, en la discu-



sión que sobre él se ha promovido, á causa de la extensión que se pueda dar á los efectos de sus acuerdos por las naciones hispanoamericanas que tienen pendientes disputas territoriales de mucha consideración. No obstante, en los capítulos del programa del 22 de Mayo de 1900 y en los de la primera conferencia, que vuelven á ponerse sobre el tapete, abundan los temas de un interés superlativo que, á la larga ó á la corta, han de decidir de los destinos de esa parte de la América de nuestra sangre, sobre la que, periódicos europeos de la autoridad del *Novoia Uremia (Tiempo Nuevo)*, de San Petersburgo, no se recatan ya de augurar que en breve formarán parte de la gran República de la Unión anglosajona. ¿A qué fines se dirige el nuevo *zollverein* que se intenta crear para el régimen de las Aduanas? La unión monetaria, que en Europa misma no ha tenido más naciones dóciles que la admitan que España, que desde que la aceptó lucha con la guerra económica de los cambios, que sin cesar desangra su fortuna; Italia, cuya situación económica ha atravesado y aún atraviesa por una crisis casi insuperable; Suiza y Grecia; ¿qué va á ofrecer á los monopolios de los adoradores del dollar, en medio de la borrasca monetaria que corren Colombia y Venezuela, y aun Chile y la Argentina? El capítulo relativo al derecho de conquista y al derecho de cesiones territoriales, es una de las más peregrinas cuestiones que se han de tratar. Pero no es este todavía el momento en que estas cuestiones se deben dilucidar. Los que todo lo temen y los que todo lo esperan de los resultados del Congreso, únicamente se han encerrado en el problema del arbitraje obligatorio, con ó sin efectos retroactivos, como si el arbitraje fuera un principio nuevo en el Derecho internacional americano y como si, en realidad, el arbitraje, en el concepto en que lo considera actualmente la evolución general del Derecho, dejara de ser una creación enteramente emanada de los primeros destellos constitutivos del Derecho internacional hispanoamericano, como expresión también del sentimiento de confraternidad



que el mismo Bolívar quiso establecer sólidamente en la unión íntima de las naciones republicanas neo-españolas de América. Los eruditos se abisman rebuscando en la sinopsis de los tiempos los multiplicados ejemplares en que, en los siglos medios, la acción del Pontificado Católico reveló su influjo pacificador entre los pueblos cristianos, constituyéndose en árbitra soberana, ya de sus diferencias públicas, ya de sus cuestiones domésticas. Pero ni como organismo sistemático de Derecho internacional, ni como empleo preferente para el arreglo de toda clase de cuestiones de este orden, el arbitraje se instituyó hasta que en los tratados de unión y confederación hispanoamericana fue propuesto como regla positiva de derecho público americano, de donde al cabo de un siglo ha venido á convertirse en el areópago de las naciones cultas de todo el mundo como regla de derecho general internacional. Nuestro preceptista Torres Campos, nuestro ilustre profesor Conde y Luque, que prepara la inmediata publicación de su nuevo *Curso de Derecho Internacional público y privado*, no han titubeado en reconocerle este origen, al que todos los tratadistas americanos después han asentido, y, más que todos, el profesor de la Universidad de Chile, D. Gaspar Toro, en sus *Notas sobre arbitraje internacional en las Repúblicas latinoamericanas*. Desde el Congreso de Panamá (1822-26), los casos arbitrales forman una continua cadena de áureos eslabones que, cuando menos, denotan qué elevación de pensamiento presidió á la incorporación de este principio á las prescripciones bienhechoras del moderno Derecho público internacional; y aunque hayan sido hasta aquí infructuosos los esfuerzos hechos desde la Convención de Bogotá de 1880-82 hasta los últimos Congresos, social de Madrid, jurídico de Guatemala y científico de Montevideo, en 1900 y 1901, para erigirle definitivamente en regla de derecho permanente, capaz de codificación, y constituir á su amparo tribunales permanentes también, habiéndose frustrado cuantas tentativas se practicaron á fin de investir con este augusto Ministerio la suprema autoridad de los Pontífices.



romanos, y aunque repetidos los tratados, ya entre latinoamericanos entre sí desde 1823, ya entre latinoamericanos y europeos ó anglosajones desde 1839, y aunque introducido como base constitucional de algunos Códigos políticos desde 1874 y ensayado en pleitos varios, en soluciones de límites y en otras funciones de Derecho internacional, así público como privado, bajo el punto de vista del Derecho internacional de las naciones latinas del Nuevo Mundo; el arbitraje hasta aquí no ha tenido fuerza bastante para que pueblos constituídos por una sola raza, con una misma historia, con el recuerdo siempre vivo de unas mismas desventuras y de unas mismas glorias, ni formaran á raíz de sus guerras de emancipación, ni en las diversas vicisitudes por que aquellas sociedades después han atravesado, una sola y única nacionalidad, aquella gran confederación de Estados de nuestra sangre soñada por Bolívar, cuyos fraternales lazos habrían convertido en un mundo ideal de paz, de prosperidad y de cultura, el extenso continente que huella el pie de los que á aquel mundo llevaron la fe de Pelayo, la braveza del Cid, la constancia de Colón, el ímpetu de Pizarro y el espíritu de humanidad de las Casas y Zumágarra.

El Derecho internacional americano, en lo que tiene de particular y exclusivo y no se confunde con los principios universales con que cada día avanza más aún el afán de definirse bien en conclusiones uniformes que puedan admitirse por todo el mundo y puedan constituirse en prescripciones codificadas, tuvo desde sus orígenes, á raíz de las guerras de la emancipación, los tres caracteres que se han descrito, y con cuyos procedimientos toda la eficacia de su aplicación debía haberse dirigido á no depender, al cabo de un siglo de independencia y de soberanía, de los intereses extraños que en los atractivos de su seducción tienden á absorber hacia sí aquellas nacionalidades, desnudándolas antes lentamente de los atributos hasta de su personalidad. La creación y el movimiento del Derecho internacional americano ha tratado de impulsar de continuo



aquel conjunto de Estados, que fueron colonias españolas, en su generalidad débilmente constituídos, hacia los términos de aquella unión, de aquella liga, de aquella confederación entre sí, que, sin borrar los límites de cada nuevo sujeto de derecho, los fundiera á todos en una gran unidad política, fuerte por su número, por su extensión, por sus riquezas, por la mutualidad de sus auxilios, por la robustez de su confraternidad, por la mancomunidad de su historia, de su lengua, de sus intereses y de sus destinos, y éste, que fue el signo supremo que imprimieron á aquellas jóvenes nacionalidades todos sus libertadores, y principalmente Bolívar, es el don precioso que, socavado en sus bases en 1882 y 1889 por el maquiavelismo de Blaine, va á deponerse tal vez ahora en Méjico, ante el espectáculo de Cuba engañada y atada con cadenas mil veces más duras que las de España ante el espectáculo de Venezuela y Colombia, entregada á la guerra y á la revolución para devolverlas á los pies del maquiavelismo del extinto Mac-Kinley y su Ministro Hay, á los pies del nuevo Presidente Roosevelt y de su probable Ministro Lodge. ¡Medita la América de origen ibérico sobre los compromisos que va á contraer! ¡Medita en su personalidad! ¡Medita en su porvenir!

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.



## MARCO AURELIO

---

Dice Stuart Mill, en su libro de la Libertad, que «la moralidad cristiana es en gran parte tan sólo una protesta contra el paganismo; su ideal es más bien negativo que positivo, antes bien pasivo que activo». Dice que en ciertos puntos, lo más importante «está por debajo de la superior moralidad de los antiguos», pues el objeto de los sistemas de moralidad es tomar posesión de la vida humana, para salvarla de abandonarse á la pasión ó permitirle el impulso del azar, para darle felicidad estableciéndola en la práctica de la virtud; y este objeto tratan de alcanzarlo prescribiendo á la vida humana principios de acción y reglas fijas de conducta. En los momentos de buena inspiración como en los de mala, en los días de languidez y tristeza como en los de felicidad y energía, la vida tiene siempre de este modo una clave que seguir y puede hacer el camino hacia su término. La moralidad cristiana no ha dejado de dar á la vida apoyos de esta suerte. Se los ha dado con más abundancia de lo que imaginan muchos de sus críticos. El documento más precioso de todos los que el espíritu cristiano ha inspirado, después de los del Nuevo Testamento—la *Imitación*—no contiene de ningún modo el conjunto de la moralidad cristiana; ó los censores de esta moralidad se creerían seguros de triunfar si uno conviniese en mirar sólo para eso á la *Imitación*. Pero aún la *Imitación* está llena de pasajes como estos: *Una vida sin un propósito es pesada y*



*sin objeto;» — Cada día debemos renovar nuestro propósito diciéndonos: Es preciso que hoy hagamos un comienzo saludable, pues lo que hemos hecho hasta aquí no es nada;—Nuestro mejoramiento está en proporción de nuestro propósito;—Con dificultad nos desembarazamos completamente de una falta no poniendo nuestros corazones en un perfeccionamiento diario;— Coloca siempre ante ti un propósito definido;—Adquiere el hábito de dominar tu inclinación. Estos son preceptos morales, y de la mejor calidad. Como reglas para dominar y arreglar nuestra conducta, y guardarnos en la senda verdadera en medio de las turbaciones exteriores y perplejidades internas; igualan á las mejores suministradas por los grandes maestros de moral.—Epicteto ó Marco Aurelio.*

Pero las reglas morales, tomadas primero como ideas y después seguidas rigurosamente como leyes, sólo son y deben ser para el sabio. La masa de la humanidad no tiene bastante fuerza de inteligencia para tomarlas claramente como ideas, ni bastante fuerza de carácter para seguirlas estrictamente como leyes. La mayor parte de la humanidad puede ser llevada por una larga carrera de dureza para el hombre natural y soportar los mil estorbos de la estrecha senda únicamente por la corriente de una emoción gozosa é indispensable. Es imposible dejar la lectura de Epicteto ó Marco Aurelio sin una sensación de malestar y melancolía, sin sentir que la carga impuesta al hombre es casi mayor de la que puede soportar. ¡Honor á los sabios que sienten esto, y sin embargo la han llevado! No obstante, aun para el sabio, esta impresión de trabajo y dolor en su marcha hacia la meta constituye una inferioridad relativa; las almas más nobles de cualquier credo, el pagano Empedocles lo mismo que el Pablo cristiano, han insistido en la necesidad de una inspiración, de una emoción gozosa, para hacer perfecta la acción moral; una vaga indicación de esta necesidad es la única gota de verdad en el océano de verbosidad con que la controversia ha inundado el mundo sobre la justificación de la fe. Mas, para el hombre



vulgar, esta impresión de trabajo y dolor constituye una incapacidad absoluta; le paraliza bajo su peso, no puede hacer camino hacia el fin. La virtud suprema de la religión es que ha hecho *fácil* la moralidad; que ha suministrado la emoción é inspiración necesarias para llevar perfectamente al sabio por la estrecha senda, y para llevar también por ella al hombre vulgar. Hasta las religiones de más escorias han tenido algo de esta verdad; pero la religión cristiana la manifiesta con esplendor sin igual. «Guiadme á Zeus y al Destino», dice la oración de Epicteto; «á donde quiera que tenga que ir, iré sin vacilar; aunque me vuelva cobarde y me estremezca, tendré que ir lo mismo». La fortaleza de eso es para los fuertes, para los menos; aun para ellos, la atmósfera espiritual que nos rodea es triste y opaca. Pero «que tu espíritu amante me guíe á la tierra de la justicia»;—«El Señor será para ti una luz eterna, y tu Dios, tu gloria;»—«Para los que teméis mi nombre, el sol de la justicia se levantará con el poder de la salud en sus rayos,» dice el Antiguo Testamento; «Nacido, no de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni del hombre, sino de Dios;»—«Sólo un hombre que vuelva á nacer, puede ver el reino de Dios;»—«Todo el que ha nacido de Dios domina al mundo», dice el Nuevo Testamento. El rayo de felicidad está ahí, al calor de un ardor divino;—la austeridad del sabio se ablanda con él, la parálisis del débil se cura; el que es vivificado por él renueva su fuerza; todas las cosas le son posibles; «es una nueva criatura».

Epicteto dice: «Cada objeto tiene dos extremos; uno por donde se puede agarrar, y el otro por donde no. Si tu hermano peca contra ti, no consideres el asunto por ese lado, pues no tiene cabo por donde tomarlo. Tómalo más bien por éste: que es tu hermano y tu compañero, y lo asirás de modo soportable. Habiéndosele preguntado á Jesús si un hombre está obligado á perdonar á su hermano hasta siete veces, respondió: «No te digo hasta siete, sino hasta setenta y siete». Epicteto sugiere fundamentos á la razón para el perdón de las injurias



que Jesús no da; pero no por eso se ha de decir que Epicteto es mejor moralista que Jesús, si la vehemencia y emoción de la respuesta de Jesús anima á su oyente á la práctica del perdón de las injurias, mientras el pensamiento de la de Epicteto le deja frío. Así sucede con la moral cristiana en general: no se distingue porque proponga la máxima: «Amarás á Dios y á tu prójimo», con más desarrollo, más justo razonamiento y sinceridad más verdadera que otros sistemas morales; es porque propone esta máxima con una inspiración que comunica una emoción admirable al alma del que le escucha y obra sobre ella. Porque Stuart Mill ha logrado la percepción de verdades de esta naturaleza, es por lo que—en lugar de estar sentenciado á la esterilidad como la escuela de que procede—es un escritor de distinguida nota é influencia, mereciendo toda atención y respeto; es (perdóneseme que lo diga) por no estar lo bastante imbuído por ellas, por lo que deja de ser un escritor eminente.

Lo que da á los escritos morales del Emperador Marco Aurelio un carácter y encanto particulares, es el estar impregnados y suavizados por algo de este mismo sentimiento, de donde la moralidad cristiana saca su mayor eficacia.

Marco Aurelio es quizá la más bella figura de la historia. Es una de esas pruebas consoladoras inspirando esperanza, que se alzan para recordar siempre á nuestra flaca humanidad, que tan fácilmente se desanima, á qué altura la bondad y perseverancia humanas han llegado y pueden volver á llegar. El interés de la humanidad es atraído particularmente por ejemplos de señalada bondad en elevados lugares; pues el testimonio de lo que la bondad vale, hace más efecto cuando lo dan esos á quienes todos los placeres son asequibles. Marco Aurelio era el jefe de uno de los más grandes imperios y fue uno de los hombres mejores. La historia presenta á su lado uno ó dos Soberanos eminentes por su bondad, tales como San Luis ó Alfredo. Pero para nosotros los modernos, Marco Aurelio tiene esta gran superioridad de interés sobre San Luis ó Alfredo,



que vivió y obró en un estado de sociedad moderna por sus rasgos esenciales, en una época semejante á la nuestra, en un brillante centro de civilización. Trajano habla de «nuestro siglo ilustrado» tan corrientemente como los periódicos hablan del actual. Marco Aurelio viene á ser de este modo un hombre como nosotros, tentado en todas las cosas como lo somos nosotros. San Luis vive en una atmósfera de catolicismo medioeval que el hombre del siglo XIX admira en verdad y puede aún desear ardientemente vivir en ella, pero que por mucho que se esfuerce no puede, en realidad, hacerlo. Alfredo pertenece á un estado de sociedad medio bárbara. Ni Alfredo ni San Luis pueden parecerse á nosotros moral é intelectualmente como Marco Aurelio se parece.

El recuerdo de la vida externa de este hombre admirable tiene pocos incidentes notables. Nació en Roma el 26 de Abril en el año 121 de la Era cristiana. Era sobrino y yerno de su predecesor en el trono Antonino Pío. Cuando Antonino murió tenía él cuarenta años, pero desde su primera juventud le había ayudado en la administración de los asuntos públicos. Después de la muerte de su tío en 161, reinó como Emperador durante diez y nueve años. Los bárbaros estaban invadiendo la frontera romana, y gran parte de los diez y nueve años de reinado los pasó Marco Aurelio en campaña. Las ausencias de Roma fueron numerosas y prolongadas. Tenemos noticias de él en el Asia Menor, en Siria, Egipto y Grecia; pero sobre todo en las comarcas del Danubio—donde continuaba la guerra con los bárbaros,—en Austria, Moravia y Hungría. Mucha parte de su Diario parece haber sido escrita en estos países; fragmentos de él están fechados desde ellos; y allí, pocas semanas antes de cumplir los cincuenta y nueve años, enfermó y murió (1). Su fama se funda principalmente en el recuerdo de su vida interna, en su *Diario ó Comentarios ó Meditaciones ó Pensamientos*, pues por todos estos nombres ha sido llamado el

---

(1) Falleció el 17 de Marzo, año de 180.



trabajo. Quizás el recuerdo más interesante de su vida exterior es el que da el primer libro de esta obra, donde hace una relación de su educación, relata los nombres de aquellos á quienes se la debe y enumera sus obligaciones á cada uno de ellos. Es una pintura confortante y consoladora, un tesoro inapreciable para esos que, disgustados del «turbulento tráfico de la vida fantástica y engañosa», que parece ser casi el total de lo que la historia tiene que ofrecer á nuestra vista, buscan con vehemencia ese origen del pensar recto y bien borrar que en todas las edades debe haber existido seguramente en alguna parte, pues sin ello la vida continuada de la humanidad hubiera sido imposible. «De mi madre aprendí la piedad y la beneficencia, y á abstenerme no sólo de malos hechos, sino también de malos pensamientos; y además, la sencillez en mi manera de vivir, muy diferente de los hábitos de los ricos.»

Recordemos eso la primera vez que leamos la sátira sexta de Juvenal: «De mi tutor aprendí (oidlo, tutores de Príncipes) la perseverancia en el trabajo, y á tener pocas necesidades, á trabajar con mis propias manos y no mezclarme en los asuntos de otras personas, y no estar dispuesto á escuchar la calumnia.» Los vicios y flaquezas del sofista ó retórico griego están en la mente de todos; pero el que lea la relación de Marco Aurelio de sus preceptores y maestros griegos, comprenderá cómo es que, á pesar de los vicios y debilidades del *Græculi* individual, la educación de la raza humana debe á Grecia una deuda que nunca puede valuar. El vago y descolorido elogio de la Historia deja apenas en la imaginación alguna impresión de Antonino Pío; sólo por las notas privadas de su sobrino, sabemos que era hombre muy virtuoso, apacible, discreto y trabajador; hombre que quizá sólo es menos interesante para las gentes que su inmortal sobrino, porque no ha dejado recuerdo escrito de su vida interna, *caret quid vate sacro*. De la vida y circunstancias exteriores de Marco Aurelio, poco más hay de interés é importancia que estas noticias suministradas por él. Hay la hermosa anécdota, con su frase,



cuando supo el asesinato del sublevado Avidius Tassius, contra quien marchaban sus tropas: *tenía la pena, dijo, de estar privado del placer de perdonarle*. Hay una ó dos anécdotas más que demuestran la misma índole. Pero el mejor recuerdo de la vida exterior de un hombre que ha dejado memoria de sus sublimes aspiraciones internas, es la evidente conformidad en la voz de todos sus contemporáneos—altos y bajos, amigos y enemigos, paganos y cristianos,—en alabanza de su sinceridad, justicia y bondad. La caridad del mundo no peca de excesiva, y él era un hombre que ocupaba una posición la más visible y que manifestaba seguir la norma de conducta más elevada; y á pesar de eso, el mundo fue obligado á declarar lo digno de su comportamiento. Mucho tiempo después de su muerte, se veía su busto en las casas de los particulares en todo el vasto imperio romano. Las gentes más vulgares pueden afanarse en tener el recuerdo de Soberanos en vida, pero la parte más noble es la que se afana en tener la de los muertos; estos bustos de Marco Aurelio en las moradas de la Galia, Bretaña é Italia, dan testimonio, no de frívola elegancia y curiosidad de sus moradores acerca de Príncipes y palacios, sino de su memoria reverente del paso de un hombre ilustre sobre la tierra.

No obstante, antes que volvamos de la vida interior de Marco Aurelio á la exterior, dos cosas reclaman nuestra atención y una palabra de explicación: que persiguió á los cristianos y tuvo por hijo al vicioso y brutal Cómodo. La persecución en León, en la que sufrieron Atalio y Potino, la persecución en Esmirna, en la que padeció Policarpo, tuvo lugar en su reinado. No hay duda de su humanidad, tolerancia, horror de la crueldad y violencia, de su deseo de refrenar las medidas severas contra los cristianos, y su ansiedad de templar la severidad de estas medidas cuando le parecían indispensables; pero, por un lado, es cierto que la carta que se le atribuye, ordenando que ningún cristiano fuese castigado por serlo, es apócrifa, y es casi seguro que su afirmativa respuesta á las autoridades de León, en la que ordenaba que los cristianos, per-



sistiendo en su profesión, fuesen tratados según la ley, es auténtica. Long parece inclinado á poner en duda las persecuciones en León, indicando que las cartas de los cristianos que las relatan afirman haber sido acompañadas de incidentes milagrosos é increíbles. «Un hombre, dice, no puede obrar con conformidad sino aceptando toda esta carta ó rechazándola en absoluto, y no podemos censurarle por una cosa ú otra.» Pero es contrario á toda experiencia decir que porque un hecho está narrado con adiciones y adornos incorrectos, lo probable, por esta razón, es que nunca haya sucedido; ó que, en general, no es fácil para un espíritu imparcial distinguir entre el hecho y los adornos. Yo no puedo dudar que la persecución hubo tenido lugar en León, y que el castigo de los cristianos, por serlo, fue sancionado por Marco Aurelio. Pero luego debo añadir que de diez lectores modernos, al leer esto, creo que nueve tendrán una idea muy falsa de lo que la acción moral de Marco Aurelio era al sancionar ese castigo. Imaginando á Trajano, Antonino Pío ó Marco Aurelio, que al acabar de leer el Evangelio, sabedores por completo del espíritu y santidad de los santos cristianos, ordenaban su exterminación porque amaban más bien la obscuridad que la luz. Lejos de esto, el cristianismo que estos Emperadores deseaban reprimir era, según su idea de ello, alguna cosa filosóficamente menospreciable, políticamente subersiva y moralmente abominable. Como hombres, los consideraban sinceramente como gentes de tan buenas condiciones, como nosotros consideramos á los mormones; como gobernantes, los consideramos como muchos de nuestros estadistas liberales consideran á los jesuítas. Lo que Antonino Pío y Marco Aurelio creían estar reprimiendo al castigar á los cristianos, era una especie de Mormonismo, constituído como una vasta sociedad secreta, con designios tenebrosos de subversión política y social. Los primeros apologistas cristianos nos declaran una y otra vez qué imputaciones odiosas les atribuían, qué general era la creencia de que estas imputaciones estaban bien fundadas, y cuán sincero era el horror que eso inspiraba.



Convencida la muchedumbre de que los cristianos eran ateos que comían carne humana, y no tenían por crimen el incesto, desplegabá contra ellos un furor tan exaltado, que embarazaban y alarmaban á sus gobernantes. Las severas expresiones de Tácito muestran cuán hondamente influyen también en las clases ilustradas las preocupaciones de la multitud. Se pregunta uno con asombro cómo una doctrina tan benigna como la de Jesucristo puede haber incurrido en que se la representase con calumnias tan monstruosas. La causa interna y repulsiva de la falsa representación consistió sin duda en esto, en que el Cristianismo era un espíritu moderno en la sociedad romana, destinado á obrar como su disolvente; y era inevitable que el Cristianismo, en la sociedad romana como la democracia en el mundo moderno, y como todo espíritu nuevo que tenga señalada una misión semejante, haya ocasionado en su primera aparición una repugnancia y retraimiento instintivo en el modo de vida que iba á disolver. Las causas exteriores y palpables de la falsa representación eran para el público romano, en general, el confundir los cristianos con los judíos, esa raza aislada, soberbia é inflexible, cuya obstinación, orgullo y aislamiento reales como eran, aún los exageraba á mayor extremo la fantasía del romano civilizado, la atmósfera de misterio y novedad de los ritos cristianos, y la misma sencillez de su teísmo. Para el hombre de estado, la causa de la equivocación estaba en el carácter de asambleas clandestinas que tenían las reuniones de la comunidad cristiana, bajo un sistema de gobierno tan celoso de asociaciones desautorizadas, como es el sistema de gobierno de la Francia moderna.

Un romano de posición, del tiempo de Marco Aurelio, no podía ver á los cristianos sino á través de la niebla de estas preocupaciones. Los cristianos, vistos de ese modo, aparecían con mil faltas que no eran suyas; pero no ha sido observado suficientemente qué faltas tenían en realidad, además de las que les atribuían, y que era probable que un observador como Marco Aurelio las notase y le confirmasen en las preocupacio-



nes de su raza, posición y educación. Nosotros vemos el Cristianismo después que ha probado el porvenir que en sí llevaba, y para nosotros, los únicos representantes de sus primeras luchas, son los espíritus devotos y puros que probaron esto; Marco Aurelio le veía con su futuro todavía desconocido y con la cizaña de su progenie, no menos visible que en el trigo. ¿Quién puede dudar que entre los cristianos profesos de la segunda centuria, como entre los del siglo XIX, hubo mucho vicio, muchos disparates y grosero fanatismo? ¿Quién se atreverá á afirmar que, separado por uno ó dos siglos de la inteligente civilización del mundo, el Cristianismo, admirables como han sido sus frutos, tenía un desarrollo perfectamente digno de su inapreciable germen? ¿Quién se aventurará á asegurar que, por la alianza del Cristianismo con la virtud é inteligencia de hombres como los Antoninos—el mejor producto de la civilización griega y romana, cuando todavía tenía vida y poder,—el Cristianismo y el mundo, lo mismo que los Antoninos, no hubieran salido gananciosos? Esa alianza no la hubo. Los Antoninos vivieron y murieron en completo concepto equivocado del Cristianismo, y éste progresó en las Catacumbas y no sobre el Palatino. Y Marco Aurelio no incurre en reprobación moral por haber autorizado el castigo de los cristianos; de ningún modo llega á ser por eso lo que nosotros entendemos por un *perseguidor*. Puede uno conceder que le era imposible ver el Cristianismo como en realidad era; puede uno conceder que en el punto de vista en que el Cristianismo aparecía ser algo anticivil y antisocial, que el Estado tenía la facultad de juzgar y el deber de reprimir, era inevitable que lo hiciese. No obstante, todavía resta como verdad que este sabio, que hacía de la perfección su objeto y de la razón su ley, hizo una inmensa justicia al Cristianismo, y se apoyaba en una idea de atributos del Estado que era ilusoria. Y esto es, á la verdad, característico en Marco Aurelio, que, siendo irrepreensible, es, sin embargo, desafortunado en cierto sentido: en su carácter, bello como es, hay algo melancólico, circunscrito é ineficaz.



Tampoco se le puede censurar por haber tenido un hijo como Cómodo, sino decir que es desgraciado en eso. La índole y el temperamento son cosas inexplicables; hay naturalezas sobre las cuales de nada sirve la mejor educación y ejemplo; padres excelentes pueden tener, sin ninguna culpa suya, hijos incurablemente viciosos. También hay que recordar que Cómodo quedó dueño del mundo en la peligrosa edad de diez y nueve años; mientras que su padre, á esa edad, estaba comenzando un aprendizaje de veinte años para la sabiduría, el trabajo y el dominio de sí mismo, bajo la protectora enseñanza de su tío Antonino. Cómodo era un Príncipe apto para ser guiado por favoritos; y si la historia dice la verdad, de que dejó á los cristianos tranquilos en todo su reino, atribuyendo esta lenidad á la influencia de Marcia, su querida, demuestra que podía ser guiado hacia el bien lo mismo que hacia el mal. Pero para una naturaleza semejante quedar en una edad crítica con poder absoluto y sin buen consejo y dirección, fué lo más fatal. No puede uno, sin embargo, dejar de desear que el ejemplo de Marco Aurelio fuese más eficaz para su único hijo. No se puede pensar sino en que, con tal virtud como la suya, debiera ir también el ardor que remueve las montañas y que hubiera podido persuadir á Cómodo. La palabra *ineficaz* vuelve á presentarse á la imaginación de uno; Marco Aurelio salvó su alma con su rectitud, y no pudo hacer más. ¡Felices los que pueden hacer esto!; pero todavía más dichosos los que logran más.

De todas suertes, cuando se pasa de su vida externa á la interna; cuando se vuelven las páginas de sus *Meditaciones*— anotaciones apuntadas día por día, entre los negocios de la ciudad ó las fatigas del campamento, para guía y sostén propio, sin intención de que lo vea otra mirada que la suya, sin la más ligera pretensión de estilo, sin cuidado siquiera de escribir con corrección, con toda naturalidad y sinceridad,— todo impulso de censura y reparo se desvanece, y está uno dominado por el encanto de un carácter de tal pureza, delica-



deza y virtud. No decae ni en las cosas pequeñas ni en las grandes; está en vela sobre sí mismo, para que los grandes resortes de acción puedan estar en él corrientes, y los detalles minuciosos también lo estén. ¡Qué admirable es en un gobernante, rudamente atareado y con afición, además, á la meditación y á la lectura, un memorandum como el siguiente!:

«No digas frecuentemente ni sin necesidad á cualquiera, ó escribas en una carta, que no tienes tiempo; ni excuses continuamente la negligencia de los deberes requeridos en nuestra correspondencia con esos con quienes vivimos, atribuyéndola á ocupaciones urgentes.»

Y cuando ese gobernante es un Emperador romano, qué «idea» ésta para ser escrita y meditada por él:

«La idea de una política, en la que hay la misma ley para todos, administrada en consideración á iguales derechos é igual libertad de discusión, y la idea de un Gobierno majestuoso que respete por encima de todo la libertad de los gobernados.»

Y para todos los hombres que ponen su mira en la práctica, qué reglas prácticas no se pueden acumular sacadas de estas *Meditaciones*:

«La mayor parte de lo que decimos ó hacemos siendo innecesario, si un hombre lo deja á un lado, tendrá más vagar y menos molestia. De consiguiente, en toda ocasión deberá uno preguntarse: ¿Es esta una de las cosas innecesarias? Pero un hombre no debiera tan sólo apartar los actos, sino también los pensamientos inútiles, pues de este modo las acciones superfluas no se harían.»

Y otra vez:

«Debemos impedir en el curso de nuestros pensamientos todo lo que es sin propósito y utilidad, pero sobre todo los de excesivo amor propio y los maliciosos; y un hombre sólo debiera pensar aquellas cosas acerca de las que si se le preguntase de repente: ¿en qué estás pensando?, pudiese contestar en seguida con perfecta franqueza: esto ó eso; así que tus pala-



bras serían sencillas y benevolentes, tal como conviene á una persona de la sociedad y que no tiene pensamientos de goces sensuales, rivalidades, envidias ó sospechas, ó cualquiera otra cosa por la que tuvieses que ruborizarte si dijese lo que está en tu imaginación.»

De este modo, con encadenada práctica digna de Franklin, discurre sobre su texto favorito *que no se haga nada sin un propósito*. Pero cuando entra en la región á donde Franklin no puede seguirle, cuando expresa sus pensamientos sobre motivos fundados en la acción humana, es lo más interesante; y cuando llega á ser el único, el incomparable Marco Aurelio. El Cristianismo usa un lenguaje muy expuesto á ser equivocado cuando parece decir á los hombres que hagan bien, no ciertamente por motivos vulgares de interés mundano, vanidad ó amor de alabanza humana, sino para «que su Padre, á quien buscan en secreto, puede recompensarles abiertamente». Los motivos de recompensa y castigo han venido de la mala interpretación de este género de lenguaje á ser extrañamente reprimidos por muchos moralistas cristianos, y han hecho mal y desprestigiado al Cristianismo. Marco Aurelio dice con sinceridad y nobleza:

«Cuando un hombre ha hecho un servicio á otro, está dispuesto á ponerlo en su cuenta como un favor conferido. Otro no está pronto á hacer esto, pero en su imaginación no deja de pensar que el hombre es su deudor y sabe lo que ha hecho. Un tercero, en cierto modo, ni aun sabe lo que hizo, *sino que es como una viña que ha producido racimos y nada busca después que ha dado su propio fruto*. Como un caballo cuando ha corrido, un perro cuando ha cogido la caza, una abeja cuando hizo la miel, así un hombre, después de haber hecho una buena acción, no ha de llamar á otros para que vengan á verla, sino continuar obrando bien, como la viña continúa produciendo uvas en cada estación. ¿Debe, pues, el hombre ser uno de estos que obran de cierta manera sin advertirlo? Sí.»

Y además:



«¿Cuándo has hecho un servicio á un hombre que más necesitas? No está contento con haber hecho algo conforme á tu naturaleza, y pretendes ser pagado como si los ojos pidiesen una recompensa por ver á los pies, por andar.»

El cristianismo tiene que enmendar sus ofertas de recompensa externa, si ha de igualar á la moralidad de este estilo, y decir: *El reino de Dios está dentro de vos.*

He dicho que por su acento conmovedor es por lo que la moralidad de Marco Aurelio adquiere un carácter especial y trae á la memoria la moralidad cristiana. Las sentencias de Séneca estimulan la inteligencia; las de Epicteto fortifican el carácter; las de Marco Aurelio llegan al alma. He dicho que la emoción religiosa tiene el poder de *iluminar* la moralidad; la emoción de Marco Aurelio no realza completamente la suya, pero la comunica; no tiene eficacia para desvanecer del todo las nubes del esfuerzo y austeridad, pero brilla á través de ellas y las glorifica; es un espíritu no tanto de contento y orgullo como de mansedumbre y dulzura; un sentimiento delicado y tierno, que es menos que alegría y más que resignación. Dice que en su juventud aprendió de Máximo, uno de sus profesores, «á tener buen humor en todas las circunstancias, así como en la enfermedad, y una mezcla equitativa de dulzura y dignidad en el carácter moral; y es esta mezcla de dulzura con su dignidad lo que le hace un moralista tan excelente. Le pone en estado de llevar á la observación de la naturaleza una delicada penetración, una simpática ternura; el espíritu de una observación tal como la siguiente, tiene con dificultad paralelo en toda clase de literatura griega y romana en cuanto yo conozco:

«Los higos, cuando están completamente maduros, se abren; y en las aceitunas maduras, la circunstancia de estar á punto de pudrirse, añade un sabor peculiar al fruto. Y las espigas de trigo inclinadas, y las cejas del león, y la espuma que babea la boca de los jabalíes, y muchas otras cosas—aunque lejos de ser bellas en cierto sentido,—tienen, á pesar de



eso, hermosura por estar en el curso de lo natural, y agrada á la imaginación; así que si el hombre tuviese una sensación y un conocimiento más hondo respecto á las cosas que se producen en el universo, apenas habría alguna que no le pareciese estar dispuesta en cierta manera para darle placer.»

Pero cuando su estilo pasa á asuntos directamente morales, es cuando su delicadeza y dulzura le prestan mayor encanto. Los que puedan sentir la belleza del refinamiento espiritual, que lean esto, la reflexión de un Emperador que estimaba muy alto la superioridad mental:

«Dices que los hombres no admiran la agudeza de tu talento. Sea así; pero hay otras muchas cosas de las que no puedes decir: «no estoy formado para ellas por la naturaleza». Demuestra, pues, esas cualidades que están en tu poder—la sinceridad, gravedad, perseverancia en el trabajo, aversión al placer, satisfacción de tu suerte, benevolencia, franqueza, despego de la superfluidad, libertad de espíritu y magnanimidad.—¿No ves cuántas cualidades eres capaz de exhibir en seguida, sin excusa de insuficiencia é ineptitud natural, y, sin embargo, todavía permaneces voluntariamente por debajo de la marca? ¿O estás obligado, por estar proveído defectuosamente por la naturaleza, á murmurar, á ser bajo y á lisonjear, y hallar falta á tu pobre cuerpo, y tratar de agradar á los hombres y hacer grandes manifestaciones, y estar con tanta inquietud en el espíritu? No, en verdad; pues tú podrías haberte librado de estas cosas hace largo tiempo. Sólo que si puedes ser culpado de comprensión tarda y torpe, debes ejercitarte en no descuidarlo ni complacerte en la torpeza.»

La misma dulzura le habilita para fijar su entendimiento cuando ve el aislamiento y muerte moral causada por el pecado, no sobre el pensamiento triste de la miseria de esta condición, sino sobre la animosa idea de que el hombre está favorecido con el poder de evitarlo:

«Supón que te has desligado de la unidad natural—pues tú eres una parte de la naturaleza, pero te has separado de



ella—sin embargo, hay esta buena provisión, que está en tu poder volver á unirte. Dios no ha concedido esto á ninguna otra parte—después que ha sido separada, de volver á juntarse. Pues considera la bondad con que el hombre está privilegiado; por haber puesto en su poder volver á unirse cuando ha sido separado y recuperar su lugar.»

Le da medios para dominar la pasión por el retiro y soledad, tan fuerte en un alma como la suya, á la que el mundo no puede ofrecer morada:

«Los hombres buscan el retiro en casa, en el campo, en las orillas del mar y en las montañas; y tú también estás propicio á desear eso mucho. Pero esto es una señal completa de la calidad más vulgar en los hombres, pues en tu poder está el retirarte en tí mismo donde quiera que estés. Porque en ninguna parte se tiene más sosiego ó se está más libre de que le turben, que retirándose dentro de su alma, particularmente cuando se tienen tales pensamientos, que al contemplarlos, se está en seguida en perfecta tranquilidad. Date, pues, constantemente este retiro y renuévate; y que tus principios sean breves y fundamentales para que tan pronto recurras á ellos, sean suficientes á purificar completamente el alma y á dejarte libre de todo descontento con las cosas á que vuelvas.»

Contra este sentimiento de fatiga y descontento, tan natural á los grandes, para quienes parece no haber quedado nada que desear ó tomar con empeño, pero que tanto les enerva y malea, Marco Aurelio nunca cesó de luchar. Con agradecimiento absoluto recordaba los favores de su suerte; los verdaderos favores, no los falsos:

«Tengo que dar gracias al cielo de haber estado sujeto á un jefe y padre (Antonino Pío) que fue capaz de quitarme toda soberbia y hacerme conocer que al hombre le es posible vivir en un palacio sin guardas, ni trajes bordados, ó cualquiera pompa de este género, sino que está en poder del hombre aproximarse á la manera de vivir de una persona particular, sin rebajarse en pensamiento por esta razón ó ser más



floja en acción respecto á las cosas que deben hacerse por interés público... tengo que darle gracias porque mis hijos no han sido estúpidos ni deformes de cuerpo; de que no haya hecho más adelantos en la retórica y la poesía y demás estudios por los que quizás habría estado muy engreído, si hubiese visto que hacía en ellos grandes progresos... de haber conocido á Apolonio, Rústico, Máximo... de que recibí claras y frecuentes impresiones acerca de vivir en acorde con la naturaleza y del género de vida que es esto, de modo que, en cuanto dependió del cielo y sus dones, protección é inspiración, nada me impidió vivir según la naturaleza, aunque por mis propias faltas y por no observar los consejos del cielo, y casi diría sus directas instrucciones, tuve alguna flaqueza; de que mi cuerpo se ha sostenido tan largo tiempo en un género de vida tal como el mío; de que aunque el destino de mi madre fue morir joven, pasó conmigo los últimos años de su vida; de que cuando quiera que yo deseaba auxiliar á cualquier hombre en su necesidad, jamás se me dijo que no tenía los medios de hacerlo; de que cuando yo tuve inclinación á la filosofía, no caí en manos de un sofista.»

Y cuando se detiene con gratitud en estos favores y beneficios que se le han concedido, su imaginación (así al menos me lo parece) vuelve algunas veces con pavor á los peligros y tentaciones de la altura solitaria donde está, á las vidas de Tiberio, Calígula, Nerón, Domiciano, en su horrible negrura y ruindad; y luego escribe para sí mismo una anotación de advertencia como ésta, significativa y terrible en su claridad:

«¡Un carácter tenebroso, afeminado, porfiado, brutal, pueril, estúpido, fingido, vil y tiránico!»

O esto:

«¿En qué estoy empleando mi alma? ¿En toda ocasión debo hacerme esta pregunta y tratar de saber qué parte tengo en lo que llaman principio dominante, y de quiénes tengo el espíritu—el de un niño, el de un joven, el de una débil mujer,



el de un tirano ó el de uno de los animales inferiores que están al servicio del hombre, ó el de una fiera?»

El carácter que desea alcanzar lo conocía bien y lo ha definido de una manera excelente, y también su sentimiento de no cumplirlo:

«Cuando tú has alcanzado estos nombres—de bueno, modesto, sincero, razonable y magnánimo—ten cuidado de no cambiarlos; y si los perdieses, vuelve á ellos con viveza. Si te sostienes en posesión de ellos sin desear que los demás te llamen por esos nombres, serás otro sér y entrarás en otra vida. Porque continuar siendo como hasta aquí, lacerado y corrompido en semejante vida, es propio de un hombre muy estúpido, complacido en ella, y ser como esos que pelean con las fieras, que á pesar de estar cubiertos de heridas y sangre, ruegan que se les deje para el día siguiente, aunque estarán expuestos en el mismo estado á las mismas garras y mordiscos. Por lo tanto, fíjate en la posesión de estos pocos nombres, y si eres capaz de conservarlos, persevera, mora en ellos como si te hubieras trasladado á las Islas Felices.»

Porque con toda su dulzura y serenidad, el punto final de la vida del hombre «entre dos infinitos» (según expresión de Marco Aurelio), era, no obstante, para él tan sólo una Isla Feliz, y juzgaba los hechos sin los velos de la ilusión. En general, nada es más triste y monótono que las declaraciones sobre el vacío y brevedad de la vida y grandeza humanas; pero en esto también, el gran encanto de Marco Aurelio, su emoción, alivia la monotonía y rompe á través de la obscuridad, y hasta en este lugar común eternamente usado tiene imaginación, novedad y admiración:

«Considera, por ejemplo, los tiempos de Vespasiano. Verás todas estas cosas, gentes que se casan, que educan á sus hijos, que enferman, mueren, hacen la guerra, tienen fiestas, trafican, cultivan la tierra, lisonjean, son tenazmente arrogantes, suspicaces, intrigantes, desean que alguno muera, murmuran del presente, aman, amontonan tesoros y desean



ser Cónsules ó Reyes. Pues bien, estas gentes hace mucho tiempo que no existen. Mira luego los tiempos de Trajano; todo es lo mismo. Sus vidas también concluyeron. Pero tú deberías pensar principalmente en esos á quienes has conocido distrayéndose en cosas ociosas, descuidando lo que estaba en concordancia con su propia constitución, adhiriéndose firmemente á esto y contentándose con ello.»

Además:

«Las cosas que más valen en la vida son vacías, podridas é insignificantes; y las gentes son como perrillos, mordiéndose los unos á los otros y, como niños pequeños, riendo, llorando y volviendo en seguida á reir. Pero la fidelidad, la modestia, justicia y sinceridad, han huído.

»De toda la extensión de la tierra al Olimpo.

»¿Qué te detiene todavía aquí?»

Y una vez más:

«Mira sobre esa innumerable multitud de hombres, y sus solemnidades sin cuento, y la infinita variedad de viajes en tormentas y calmas, y las diferencias entre los que han nacido, viven juntos y mueren. Y considera también la vida de otros en antiguos tiempos, y la de los que ahora viven en naciones bárbaras, y cuántos no conocen siquiera tu nombre, y cuántos lo olvidarán, y cuántos que al presente te elogian pronto te censurarán, y que ni un nombre póstumo, ni la reputación, ni ninguna otra cosa, son de algún valor.»

Reconocía, á la verdad, que — usando sus propias palabras — «el principio esencial en la constitución del hombre es el social»; y trabajaba sinceramente en hacer conformes á esta convicción, no sólo sus actos hacia sus semejantes, sino también sus pensamientos:

«Cuando desees recrearte, piensa en las virtudes de los que viven contigo; por ejemplo, en la actividad del uno y la modestia del otro, y la liberalidad de un tercero, y alguna otra buena cualidad de un cuarto.»

No obstante, es difícil, para un hombre puro y observador,



vivir en un estado de enajenamiento al espectáculo dado por sus semejantes; sobre todo, es difícil cuando un hombre está colocado á la altura de Marco Aurelio y ha sufrido los ataques de bajeza y perversidad de sus prójimos, en medida no común — ha tenido día tras día que experimentar cómo «dentro de diez días parecerás un dios á esos á quienes ahora pareces una bestia y un mono». La verdadera cadena de pensamientos cuanto á sus relaciones con sus semejantes, es más bien la siguiente: Ha estado enumerando los más elevados consuelos que pueden sostener al hombre en la aproximación de la muerte, y continúa:

Mas si tú requieres también un género vulgar de consuelo que te llegue al corazón, te reconciliarás mejor con la muerte observando los objetos que vas á dejar, y la moral de esos con quienes tu alma no se mezclará por más tiempo. Pues no hay justa manera de ser ofendido por los hombres, sino es por tu deber de estimarlos, tenerlos en cuenta y soportarlos con amabilidad; y recuerda, además, que tu separación no será de hombres que tienen los mismos principios que tú. Porque esta es la única cosa, si hay alguna, que nos conduciría al camino contrario y nos ligaría á la vida: el sernos permitido vivir con esos que tienen los mismos principios que nosotros. Pero tú mira cuán grande es la aflicción causada por las diferencias de los que viven juntos; así que puedes decir: «¡Ven pronto, oh Muerte, por temor de que acaso yo también me olvide de mí mismo!»

*¡Oh pérfida y perversa generación! ¿Cuánto tiempo estaré con vosotros? ¿Cuánto tiempo os sufriré? Algunas veces este tono se eleva hasta la pasión:*

«Breve es lo poco que te resta de vida. Vive como sobre una montaña. Que los hombres vean y conozcan al hombre sincero que vivió como entendía que debía vivir. Si ellos no pueden aguantarle, que le maten. Porque es mejor que vivir como ellos.»

Es notable cuán poco hay de carácter meramente local y



temporal, de esos ripios que un lector tiene que separar antes de llegar á la substancialidad; cuán poco que admita duda ó cuestión exhibe la moralidad de Marco Aurelio. Quizás en un punto debemos hacer una excepción: Marco Aurelio es aficionado á presentar como un motivo á la animosa conformidad en lo que le acontece, que «cualquiera cosa que suceda á cada hombre *es en interés de lo universal*»; que el todo nada contiene *que no sea para su ventaja*; que todo lo que sucede al hombre hay que aceptarlo, «aunque parezca desagradable, *porque se dirige á la salud del Universo*». Y todo el curso del universo, añade, tiene una referencia providencial con el bienestar del hombre: *todas las demás cosas han sido hechas en consideración á los seres racionales*. La religión ha usado francamente este lenguaje en todas las edades, y no es ella la que pondrá objeciones á que Marco Aurelio lo use; pero la ciencia con dificultad puede aceptar con severa exactitud este empleo de los términos *interés y ventaja*. Para una naturaleza recta y para una clara razón, la definición de que las cosas suceden «en interés del todo universal», según los hombres conciben el interés, puede parecer no tener ningún significado, y la definición de que «todas las cosas han sido hechas por amor á los seres racionales», puede parecer falsa. Aunque este lenguaje no es irresistiblemente convincente cuando se usa así en absoluto, Marco Aurelio le da un giro que lo hace sincero y útil, cuando dice: «La parte dominante del hombre puede convertir en material lo que se le resiste, como el fuego se apodera de lo que cae en él y levanta más altas las llamas por este material»; cuando dice: «¿Qué son todas las cosas sino ejercicios para la razón?» Persevera, pues, hasta que te hayas apropiado todas las cosas, como el estómago que está fortalecido aprovecha lo que se le da, como el fuego saca llamas y resplandor de todo lo que se le arroja»; cuando dice: «Tú no cesarás de ser miserable hasta que tu espíritu esté en una condición tal, que lo que la voluptuosidad es para esos que gozan el placer, tal será para ti, en cada materia que se presente, la hechura de las cosas que son



conformes á la constitución del hombre; pues un hombre debe considerar como goce todo lo que está en poder de hacer según su naturaleza, y donde quiera que esté en su poder.» En este sentido, es la mayor verdad que «todas las cosas han sido hechas en atención á los séres racionales»; que «todo trabaja en conjunto para el bien».

No obstante, en general, la acción que Marco Aurelio prescribe es la que cada recta naturaleza debe reconocer como justa, y los motivos que él señala son los que la clara razón debe reconocer como válidos. Así es que queda siendo el amigo y consolador especial de todos los hombres de claro entendimiento y corazón puro que están en la lucha diaria, especialmente en los tiempos en que se camina más con la vista que con la fe, y no tienen una clara percepción. Quizás no puede dar á tales almas todo aquello que anhelan, pero les da mucho, y lo que les da, pueden recibirlo.

A pesar de eso, no es por lo que así les da por lo que tales almas le aman más, es más bien por causa de la emoción que presta á su voz un acento tan conmovedor, es porque él también anhela, como ellos, algo inasequible. ¡Qué afinidad con el Cristianismo tenía este perseguidor de los cristianos! La efusión del Cristianismo, sus lágrimas consoladoras, su gozosa abnegación, eran los mismos elementos por los cuales su alma suspiraba; estaban cerca de él, le rozaban, él los tocó y los dejó á un lado. Comprende uno también que al Marco Aurelio que uno lee, aunque el Cristianismo le hubiese sido bien conocido, hubiera quedado en muchas maneras tal como era; él no hubiera sido Justino: ¿pero en qué le afectaría el Cristianismo? ¿De qué modo le habría cambiado? Concedido que podría haber hallado en el más bello de los Evangelios, en el que ha influído más eficazmente en la Cristiandad, el Evangelio de San Juan, demasiada metafísica griega, demasiada *gnosis*; concedido que éste le hubiera parecido demasiado semejante á lo que ya él conocía para sorprenderle en total; ¿qué hubiera dicho, pues, del Sermón de la Montaña, del ca-



pítulo XXVI de San Mateo? ¿Qué habría sido de sus ideas del *exiatibilis susperstitio*, de la «obstinación de los cristianos?» ¡Vana pregunta! Aunque el mayor encanto de Marco Aurelio es que nos la hagamos. Le vemos sabio, justo, dueño de sí mismo, tierno, agradecido, irreprochable; sin embargo, con todo esto, agitado, extendiendo los brazos á un más allá.

M. ARNOLD.



## CRÓNICA LITERARIA

---

Los juegos florales.—Interés que ofrecen al presente.—Discursos de mantenedores.—La política en los juegos florales.—Discursos de la señora Pardo Bazán, del Sr. Pi y Margall, del Sr. Unamuno y del señor Costa.

Mucho se ha extendido la costumbre de los juegos florales. En los meses de verano particularmente, menudean estos certámenes y apenas hay población de alguna importancia que no los incluya entre los números de su programa de fiestas. Como no podía menos de suceder, con el transcurso del tiempo han perdido estos ejercicios literarios mucha parte de su carácter primitivo y la importancia que conservan es sólo un atenuado reflejo de la que en otras épocas alcanzaron.

Al presente los juegos florales no pueden ser más que meros certámenes decorados con aquel nombre. Toda su parte decorativa y ceremonial, la flor natural, la Reina de la fiesta, la lectura pública de las composiciones, el mantenedor, el lema *patria, fides, amor*, no es más que un poético arcaísmo, que no hay para qué combatir, que á nadie perjudica, pero que no encarna en las costumbres actuales, ni representa más que una reliquia tradicional de tiempos remotos, como el saco de lana en que se sienta el *speaker* de la Cámara de los Comunes ó las bordadas dalmáticas de nuestros maceros del Congreso.



Entre las causas que han producido la natural é inevitable degeneración de los antiguos juegos florales, creo que debe contarse la primera la extraordinaria divulgación y abaratamiento de la imprenta, que ha hecho decaer todas las manifestaciones de la palabra hablada y especialmente las que no están defendidas por un ceremonial ó un procedimiento obligatorio como las alegaciones ante los tribunales y las discusiones parlamentarias. El libro, que va á todas partes y transmite á todos la palabra en forma sencilla, cómoda y barata, hace inútiles ciertas formas de comunicación, ciertas juntas y asambleas periódicas que antes tenían su razón de ser. Reunirse para asistir á la lectura de algunas composiciones literarias, dándolas á conocer de ese modo, es hoy una mera ceremonia representativa de algo que ha desaparecido ya de las costumbres. Antes de la imprenta era, además de una ceremonia, un procedimiento útil y adecuado.

Por otra parte, la decadencia de lo que podríamos llamar, con Spencer, instituciones ceremoniales, es cada vez mayor en la vida moderna. Nuestro naturalismo y nuestro espíritu utilitario tienden á simplificar las formas. A lo cual hay que añadir que como la decadencia de la preceptiva es indudable, el criterio de la autoridad en literatura ha perdido gran parte de su fuerza. La importancia que se da al juez ó al crítico depende de la que se otorgue á las reglas. La consagración de las obras literarias no la da ya, ni la puede dar un Consistorio del Gay Saber; la da el público, la suma de muchas vulgaridades, lo cual podrá no ser un bien, pero es un hecho. Nuestra literatura es anárquica por la crisis de las reglas, democrática en su régimen, de libre exámen, por cuanto hay muchos que leen y juzgan sin ayuda de vecino.

La frecuencia con que se celebran estos certámenes no significa, pues, que renazca el espíritu de los antiguos juegos florales. Representa la aspiración, culta y plausible, de adornar las fiestas locales con un elemento intelectual y artístico, para lo cual se adopta un molde, ó por lo menos un nombre



tradicional. Y aunque estos ejercicios ejerzan en realidad escasa influencia en el fomento de las letras, todavía deben ser mirados con benevolencia, por cuanto son generalmente la parte más espiritual y culta de los festejos locales, y también pueden ser un estímulo para dirigir la atención de los escritores hacia cuestiones de carácter literario, histórico, social, etcétera, interesantes para una ciudad ó una región, así como en alguna medida, aunque muy limitadamente, pueden contribuir á conservar la afición á la poesía. Los premios que suelen otorgarse en estos concursos no son de gran importancia en la mayoría de los casos, ni es extraordinario tampoco el valor moral del galardón que en aquéllos puede obtenerse; pero, con todo, suelen ser muchos los escritores que presentan sus composiciones al concurso. Tres arrobas y media pesaban los escritos de amena literatura presentados á unos recientes juegos florales, según oí á un conocido crítico que formaba parte del Jurado. Dígase después de esto si la poesía está en camino de desaparecer.

Lo que más ha transcendido al público (no hablo del público local, sino del general) y lo que se ha comentado más de los juegos florales recientemente celebrados, han sido los discursos de los mantenedores. Generalmente se elige para este cargo á literatos de fama ó á personajes políticos. Lo primero parecerá más natural, aunque no es inexplicable lo segundo si se considera que no hay entre nosotros ocupación que tanto dé á conocer á los hombres y los ponga tan á la vista de todos, como la política. La gran masa del vulgo no tiene idea de más notabilidades que las de la política y la tauromaquia, cada cual en su esfera. Hay españoles que no saben quién es Pereda, que acaso no tienen idea de que existió Cervantes; pero raro será el que no haya oído hablar de Sagasta ó de *Lagartijo*.

Como damos tan excepcional importancia á la política, se admite aquí sin dificultad que los que en ella han alcanzado posiciones eminentes tienen capacidad para todo, y esta capacidad se les concede ó reconoce todavía más fácilmente tratán-



dose de literatura, por lo mismo que la política requiere algunas facultades literarias, como las oratorias. De ahí que todo ex Ministro con algunas letras esté en camino de ser académico á poco que ponga de su parte. Pero sería temerario inferir de ahí que nuestros políticos (á excepción de los que son verdaderos literatos, como lo fue Cánovas y lo son hoy Silvela y Pí y Margall, entre otros) tengan la base de cultura literaria indispensable para que se les pueda considerar como autoridades en esta esfera.

\*  
\* \*

Cerrando este paréntesis, diré que los discursos de mantenedores de juegos florales que más han llamado la atención han sido el de la Sra. Pardo Bazán en Orense, el del Sr. Pí y Margall en Barcelona, el del Sr. Unamuno en Bilbao y el del Sr. Costa en Salamanca.

Todos estos discursos han tratado de asuntos de actualidad, que trascienden unos de la esfera literaria y están otros enteramente fuera de ella. Los de la Sra. Pardo Bazán y del Sr. Costa ofrecen la particularidad de tratar, no por incidencia ni de soslayo, sino directamente, temas políticos, razonando por que han pospuesto los literarios. Coinciden, como es natural, ambos mantenedores en la explicación de esta preferencia, la cual explicación consiste en que, hallándose el espíritu público embebecido por el dolor de nuestros males y preocupado con el remedio de ellos, no tiene vagar ni gusto para entretenerse en los deleites de la literatura y el arte. «Cuando una nación se siente en peligro, por instinto relega el arte á segundo término—dice la Sra. Pardo Bazán,—aunque busque en él momentánea ilusión consoladora.» Y el señor Costa, expresando en diferentes términos la misma idea, dice que los juegos florales no caben ya, *después del juicio final de 1898*, en aquel molde en que los troqueló Don Juan I de Aragón, «el amador de la gentileza», ni pueden ser ya ejercicios de ingenio y de *gay saber* «so pena de que pare-



ciesen corona de siemprevivas puesta sobre un sepulcro».

Honra verdaderamente al patriotismo de ambos ilustres escritores el que tan vivamente sientan esa preocupación nacional á que aluden, que se figuren verla palpitar en torno suyo; pero, ¿no es esto una ilusión generosa, un fantasma de exaltaciones subjetivas, propias de espíritus levantados y poéticos? ¿Qué señales hay positivas de esa preocupación? ¿Quién podrá descubrir vestigios siquiera de ella en el curso, normal y sosegado de la vida de todas las clases sociales? ¿En qué sacrificios individuales ó colectivos se ha traducido ese anhelo de remediar nuestros desastres, ni con qué ofrenda que á palabras no se reduzca, hemos tratado de aplacar las adversas divinidades? Por doloroso que sea para nuestro amor propio, preciso es confesar que no ha habido desastre nacional aceptado más tranquila y filosóficamente que el nuestro. Quizás ayudó á este resultado aquella inacabable insurrección de Cuba, que nos convenció poco á poco de nuestra impotencia y nos fue preparando á bien morir, como las enfermedades crónicas. Y en todo el negocio de la regeneración, la indiferencia pública, quitando un grupo de espíritus generosos y otro mayor de intrigantes y pescadores en agua turbia, es un hecho tan evidente que apenas habrá quien, observando y meditando serenamente, pueda negarlo.

No tiene, pues, razón suficiente en el estado de la opinión pública esa transformación iniciada en los juegos florales, y más bien hay que atribuirle á nuestra pasión por la política, á nuestra manía de arbitrismo y acaso también á la falta de afición y gusto de la mayoría del público por las cuestiones puramente literarias á consecuencia de la escasa difusión de la cultura y de la falta de una verdadera educación clásica.

Como *Zeda* ha dicho muy bien en *La Época*, creo que conviene conservar en lo posible á los juegos florales su verdadero carácter de fiestas literarias. Ocasiones de hablar de política nos sobran. Y aun admitiendo que aquella preocupación nacional á que antes se alude verdaderamente existiera, no sería



bien convertirla en monomanía. No es condición favorable para la curación de un enfermo el no hablar más que de su enfermedad, como algunos quieren que no hablemos ni tratemos más que de nuestras malhadadas últimas aventuras en América. Y tampoco es señal de que la curación se inicie ni de que recobremos el buen sentido, la exageración y el énfasis retórico que ponemos al describir nuestra caída, como si nuestra decadencia no hubiese empezado hace siglos y como si en esta reciente etapa, los tres años de descenso por el plano inclinado de la insurrección de Cuba, no nos hubiesen quitado todas las ilusiones y preparado de tal suerte para la caída final, que, cuando llegó, apenas nos preocupamos de otra cosa que de acabar cuanto antes.

\*  
\* \*

Si en alguien es disculpable esta intrusión de la política en el campo de los juegos florales, es en la Sra. Pardo Bazán. La exclusión de la mujer de la mayor parte de las funciones políticas justifica el que las raras personalidades, que forman como la aristocracia intelectual de este sexo é igualan y aun superan á las eminencias del otro, aprovechen cualquier tribuna y cualquier ocasión para resarcirse de aquella inferioridad. Por muy discutible y muy complejo que sea el problema de la participación de la mujer en las funciones del ciudadano, lo que no puede negarse es que á las mujeres superiores, que se han creado por su talento y su ilustración un puesto distinguido y aun eminente en letras, artes ó ciencias, les asiste un derecho natural para ocuparse en estas cuestiones. La capacidad de la mujer no es, respecto de ellas, problema, sino hecho demostrado. Y por otra parte, son tales la discreción y el acierto con que la autora de *Los Pazos de Ulloa* diserta sobre los temas políticos que su discurso abarca, que los mismos que entiendan que no debe darse ese carácter á los juegos florales no podrán menos de felicitarse de que por esta vez la desnaturalización de dichas fiestas haya dado lugar á tan excelente discurso.



Un saludo á Orense y la explicación de por qué elige un tema político forman el exordio del discurso. La exposición comienza sosteniendo en términos muy elocuentes el derecho de la mujer á preocuparse con los males de la patria y á procurar su remedio. Muestra después la ilustre escritora cómo el interés patriótico se identifica con el interés general de los individuos que forman cada nación; señala y analiza los problemas de actualidad planteados á raíz de nuestro desastre: el religioso, el del regionalismo, el del fracaso de nuestras instituciones liberales, problema del cual es un aspecto el del caciquismo; y tras un bello apólogo, encaminado á poner de manifiesto que la fuerza no crea nada estable si no va acompañada de la razón, habla de los dos remedios que en crisis semejantes suelen recomendar los galenos de la política: el dictador y la revolución.

Mucho hay que alabar en este discurso, que en cuanto á la forma, es uno de los mejores trozos de prosa que han salido de la pluma de la autora, y en cuanto al fondo, presenta un equilibrio sano de pensamiento que para sí quisieran muchos de los hombres más ó menos eminentes que en la tribuna ó en el libro han discurrido sobre las mismas cuestiones. Lo capital en el discurso de la Sra. Pardo Bazán es, á mi juicio, la refutación de ese sofisma, grato á todos los demagogos y á todos los *arrivistes* (1)—á todos los que quieren tomar por asalto las altas posiciones de la política,—que consiste en suponer que la culpa de nuestros males la tiene exclusivamente una reducida oligarquía de gobernantes y mangoneadores, y que la nación está limpia de todo pecado. «¿Cómo suponer—dice con mucha

---

(1) *Arrivistes* llaman ahora los franceses á los que todo lo sacrifican al buen éxito personal, á los que quieren llegar (*arriver*) por cualquier camino y por cualesquiera medios. Casi se puede transportar el neologismo del francés al castellano variando la *v* en *b* y tomando por punto de partida, en vez del verbo *arriver*, nuestro adverbio *arriba*. *Arribistas* serían en este sentido los que á toda costa quieren subir, encumbrarse, llegar arriba.



razón la Sra. Pardo Bazán—que se verifica una selección al revés, recogiendo para formar la oligarquía lo más inepto, lo más corrompido de la nación...? ¿Quién es el cacique?—pregunta luego.—¿Procede de una casta especial como los bramines y los chatrias indianos? » Aun siendo como son estas verdades tan evidentes, hay mérito en proclamarlas y utilidad en repetir las, para contrarrestar el efecto de aquel sofisma, agradable para el vulgo como todas las adulaciones, y repetido hasta la saciedad en los días que corren, hasta por personas de claro entendimiento.

\*  
\* \*

El discurso de Pí y Margall en los juegos florales de Barcelona es el más breve y el más sencillo de los leídos en estas fiestas. Está escrito en la limpia y castiza prosa, un poco fría, algo académica en el buen sentido de la palabra, que distingue al patriarca federal. Y es curioso que este escritor que no ha querido nunca ser académico, que no ha retrocedido ante ningún radicalismo del pensamiento, tenga algo de académico y de clásico en su estilo. Revolucionario en política, en religión, en filosofía, el Sr. Pí y Margall no lo es en literatura. Más bien podría decirse que es conservador en esta esfera.

Su discurso, muy sobrio, muy conciso, conserva el carácter local propio de los juegos florales. Habla del renacimiento del espíritu regional en Cataluña, literario primero, luego político; de los caracteres distintivos de la lengua, la literatura, las leyes y la índole de los naturales de aquella región. No es necesario decir, tratándose de Pí y Margall, que el discurso es un alegato en favor de la autonomía de Cataluña, pero autonomía dentro de la nacionalidad española. Al explicar con hermosa frase los tres lemas tradicionales de los Juegos florales, *Patria, fides, amor*, lo dice de un modo inmejorable. «Hay una patria para todos los hombres: la tierra. Hay una patria que nos han hecho siglos de comunes venturas y desventuras: la nación. Hay una patria que forman la común



lengua, las comunes leyes y los comunes usos y costumbres: la región, la región en que nacimos, nos educamos y tenemos los sepulcros de nuestros padres. Seamos catalanes, españoles, humanos.»

\*  
\* \*

También Unamuno, en su discurso de mantenedor de los juegos florales de Bilbao, se ha dado cuenta del carácter local que revisten estas fiestas, y que debe comunicarse, por regla general, á las composiciones presentadas al concurso y á la oración del mantenedor. Una cuestión local, la cuestión del vascuence, ha sido lo más discutido en su discurso, aunque en realidad esta parte es un episodio. El discurso es una serie de consejos á los vascos; una impugnación del exclusivismo, una apología del espíritu expansivo. Empieza Unamuno recordando lo que Vizcaya debe á Castilla, que acabó con los banderizos; presenta como *héroes* ú hombres representativos de la raza eúskara á Elcano, dando él primero la vuelta al mundo; á Legazpi ganando la islas Filipinas para la civilización, y sobre todo, á San Ignacio de Loyola creando la Compañía de Jesús, «una compañía universal por encima de las patrias todas», que dice el autor de *Paz en la guerra*. Del vascuence opina que le viene ya estrecho al alma vasca, y como cuesta menor esfuerzo aprender el castellano que transformar el vascuence, se impone en este caso por una ley de economía, el sacrificio del último. Y en los párrafos finales augura que de la riqueza exuberante de Bilbao brotará la cultura; hace un elogio de la mujer vasca, «relicario de la raza», y termina con palabras de fraternidad hacia «todas las castas y regiones todas que componen la común patria histórica, España, y los pueblos que en ambos mundos en robusto romance castellano de pensamiento encarnan».

Nada menos que de renegado tratan á Unamuno, con este motivo, los *bizcaitarras*, los cuales no se explican que un bilbaíno pueda reconocer y confesar que filológicamente el vas-



cuence es un fósil, venerable sin duda, pero fósil al fin, tan incapaz para servir de órgano de expresión al pensamiento moderno, como lo serían para vivir en el actual estado de la tierra las especies desaparecidas de que nos habla la Paleontología. Al parecer, no se ha entendido bien el verdadero espíritu del discurso de Unamuno, que no ha ido á Bilbao á hacer profesión de fe de centralismo ni de unitarismo, sino á combatir el espíritu exclusivista y de aislamiento, cosa diferente. Su juicio sobre el vascuence no significa siquiera que sea opuesto á la existencia de lenguas regionales, puesto que en una carta que ha publicado la prensa de Barcelona dice que de haberse dirigido á catalanes, no les hubiese aconsejado que abandonaran su idioma.

El estilo de este discurso, y en general el de todos los escritos de Unamuno, es la antítesis del de Pí y Margall. Tiene otra belleza, ó si se quiere, gracia, muy diferente. No despierta ideas de equilibrio, de reposo, de armonía, sino de movimiento, de esfuerzo, de acelerada procesión de ideas que atropelladamente se visten de las primeras palabras que han á mano. Podría decirse de él que es un estilo *dinámico*. Y llámesele como quiera, es un estilo muy personal, muy espontáneo, sabio á su manera, no con sabiduría retórica, sino filosófica y filológica, y con todo esto, transparente y ceñido á la idea.

\*  
\* \*

Al Sr. D. Joaquín Costa le han popularizado las aventuras de la Unión Nacional. Muchos que no le conocían por su *Teoría del hecho jurídico individual y social*, por su *Poesía popular española* y *Mitología y literatura celto hispanas*, por sus estudios sobre el Congreso de jurisconsultos aragoneses, sobre el Derecho consuetudinario del Alto Aragón, sobre la Costumbre jurídica, sobre la política exterior de España, sobre el Colectivismo agrario, y tantos otros como han salido de su fecunda pluma en el espacio de veinticinco años, le conocen por sus relaciones con D. Basilio Paraíso—que no ha necesitado escri-



bir nada de eso para hacerse célebre—y por los innumerables manifiestos de la Liga de productores y de la Unión Nacional, que en los últimos años fatigaron las prensas.

En este período de su vida de publicista, el Sr. Costa se repite bastante. Con metáforas diferentes, en un estilo lleno de poesía y de pasión, á veces casi calenturiento; poniendo á contribución interpretaciones más ó menos exactas de nuestra historia y textos más ó menos pertinentes de nuestros teólogos, moralistas, jurisconsultos y poetas, el Sr. Costa viene exponiendo la idea que con tanta razón refuta la Sra. Pardo Bazán: la de la nación víctima de una minoría de explotadores, que la tienen encantada con algún filtro desconocido y abusan de ella ó su sabor; la antítesis cualitativa entre gobernantes y gobernados y la necesidad de una revolución, realizada desde arriba á desde abajo, que rompiendo el encanto realice el prodigio, mucho más maravilloso, de transformar en meses ó en días á la nación. La *Gaceta* convertida en vara de virtudes de las hadas. La ilusión de los que, no habiendo manejado el periódico oficial, creen que su virtud taumatúrgica no tiene límites.

Así es que en su discurso de los juegos florales de Salamanca, como en su *Reconstitución y europeización de España*, en su *Oligarquía y caciquismo* y en todos sus escritos de última hora, parece que el Sr. Costa hace política, y en realidad hace poesía, poesía peligrosa y revolucionaria, si tuvieran eco sus estrofas. Parece que camina por el terreno firme de la práctica, y, en realidad, lo que hace es lanzarse á galope tendido por las regiones de la fantasía, prescindiendo de todas las limitaciones de lo concreto, de tiempos, lugares, antecedentes históricos, costumbres, de todo, en fin, lo que se opone á su utopía.

Salva la sinceridad y la buena intención, el Sr. Costa hace, ayudado de su superior cultura y de sus sobresalientes dotes literarias, lo que en todos los tiempos han hecho los demagogos y los sacamuelas políticos con menos arte y con menos literatura. Disertando en el Ateneo ó manteniendo los



juegos florales de Salamanca, resulta un demagogo con muchas letras, demagogo acaso inconsciente, de quien parece que se apodera al tratar de estas cuestiones un como delirio poético ó exaltación mística, una autosugestión semejante á la de los derviches danzadores, que le transporta del mundo real á un mundo quimérico y le hace idear la más extraña mezcla de realidad y ensueño, de sensatez y buen consejo, y de locura que han podido ver nacidos.

De ahí el mosaico de cosas peregrinas que forma el discurso: España simbolizada por Clemencia Isaura, como pudiera estarlo, cambiando la alegoría, por la Hermosa dormida en el bosque, esperando al Príncipe que ha de venir á desencantarla; el Cid Campeador encerrado con doble llave en su sepulcro, y el Cid de Santa Gadea (que no era ni podía ser más que el mismo Cid guerrero y feudal, sin lo cual no hubiese tomado juramento al Rey Alfonso) trocado en una especie de jurisconsulto krausista, imbuído del culto abstracto á la ley; Fray Luis de León *libertario* sin saberlo; la sentencia de Montojo aplicada á los gobernantes y subsidiariamente á la nación; Felipe IV saliendo de su tumba en la Pía Junta del Panteón del Escorial para decir á los españoles lo que no han querido oír al Sr. Paraíso ni al Sr. Costa; Orfeo y Anfión ayudando también á esta propaganda; las salmantinas de tiempo de Aníbal enseñando á las mujeres actuales el arte de ponerse los pantalones y de guiar á sus maridos por los senderos de la Unión Nacional; todo ello expuesto en excelente estilo y mezclado con ideas prudentes y sensatas, islotes perdidos en el mar de la utopía.

Es lástima que hombres de tan brillantes facultades como el Sr. Costa no sean más accesibles al sentido de la relatividad. Serían acaso menos poetas, pero serían más políticos, ya que de política se trata hasta en los discursos de los juegos florales.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.



# REVISTA HISPANOAMERICANA

---

SUMARIO: Las revoluciones y la guerra entre Venezuela y Colombia.—Diario de sus vicisitudes. - Los Manifiestos de Uribe y Uribe y Rangel Garviras.—La intervención de los Estados Unidos.—Alarma de Europa y América.—La protesta de la Argentina.—Paralización de los hechos y reacción de las ideas.—Cambio de política en el Gobierno de Washington.—Las declaraciones y la muerte de Mac-Kinley.—La declaración y la exaltación de Roosevelt á la Presidencia de la República.—¿Qué sucederá?—Lo que toca que hacer en esta cuestión al próximo Congreso Panamericano de Méjico.

La situación de la cuestión de Venezuela y Colombia continúa siempre siendo la misma, y al empezar esta Revista los telegramas que comunica á Madrid la *Agencia Fabra* vienen reconociendo al fin lo que sobre este confuso asunto hemos escrito en artículos de *La Epoca*, que han merecido el honor de ser reproducidos en versión al inglés por el *New-York Herald*, de la edición de París, y en las revistas de LA ESPAÑA MODERNA, que en diversas partes de América se han discutido, como confirman algunos de los periódicos que llegan á nuestras manos. «Cualquiera que sea el giro que tome esta cuestión—decíamos—ya sea por parte de Colombia, ya de Venezuela, ora del Ecuador y Nicaragua, sus presuntos auxiliares, ora de los Estados Unidos, sus presuntos instigadores, *la sangre no llegará al río*; esto es, la guerra no tomará el aspecto formal de esta clase de conflictos violentos». Y así, en efecto, felizmente va sucediendo: Venezuela vocifera, amenaza, parece que va á hacer, y no hace; Colombia casi se cruza de brazos; el Ecuador anuncia que permanecerá neutral; Nicaragua no chista, y los Estados Unidos, cuando ha oído decir, no sabemos desde qué baluartes de la América que fue española,



que en el momento en que, con tratado de 1846 ó sin tratado, intervenga militarmente en la cuestión y militarmente invada la menor parte de cualquier territorio latino, todas las Repúblicas iberoamericanas á una cometerán un acto en Washington que tendrá una inmensa resonancia en el mundo, también se han achicado, y á todo cuanto se han ofrecido cerca de los Gobiernos de Caracas y de Bogotá ha sido á ofrecer su mediación pacífica con el General Cipriano de Castro y el Doctor José Manuel Marroquín para un arreglo conciliador y amistoso. A esto habían quedado reducidas las alharacas del *Machias*, del *Iowa*, del *Wisconsin* y de toda la escuadra acorazada y de todas las tropas desembarcadas de Norte-América de que se habló en los primeros momentos, sin que en este retroceso de acción haya influido el asesinato de Mac-Kinley en Búffalo, pues Mac-Kinley mismo, antes de aquel criminal suceso, era el que ya había iniciado el retroceso.

Nada puede darse más pintoresco que la serie de noticias, entre sí contradictorias, en su mayor parte no confirmadas, y con frecuencia desmentidas, que de América han cargado sobre Europa acerca del curso del conflicto. No es extraño que en nuestro continente así acaezca. Seguimos con atención los servicios telegráficos que de Nueva York y Washington parten para la prensa periódica de las tres Américas de lengua española, y son también de tal confusión, que los periódicos de Méjico llaman á la cuestión *El embrollo colombiano-venezolano*; en otras partes la apellidan *La cosicosa del Centro*, y en alguna *El rompecabezas de Colombia y Venezuela*. No merecen mayor crédito los documentos oficiales y los boletines numerados que por algún tiempo dió á la estampa la prensa de Caracas, esa prensa que se limita á reproducir lo que el Gobierno del General Castro le transcribe, sin dar noticias propias de ninguna clase ni escribir artículos ni comentarios. Los mismos partes, decretos y cartas que con frecuencia insertan los periódicos de Bogotá, Cartagena y Panamá, no bastan para hacer luz y sacar el espíritu de estos enredos, en los



cuales fácil es hacer las más precisas observaciones. Por estos documentos se advierte que el movimiento de hostilidad del General Castro contra Venezuela no ha sido en esta República un verdadero movimiento de opinión. Se nota, además, que la insurrección de Rangel Garviras contra Venezuela, con su invasión y sus supuestos auxilios oficiales colombianos, tampoco ha encontrado calor en el campo elegido para la lucha, y la segunda insurrección del General Uribe y Uribe contra Colombia, á pesar de su supuesta ó real inteligencia con el General Castro, ni ha sido apoyada por el partido nacionalista venezolano, á quien Rangel Garviras apeló, ni por el partido liberal de Colombia, con quien Uribe y Uribe había lidiado toda la guerra interior revolucionaria, que empezó en la noche del 17 de Octubre de 1899, y que después de haber ensangrentado y devastado al país, durante los tres años en que con él se riñeron doscientos diez y ocho combates, terminó al cabo el 1.º de Marzo último con la fuga de Uribe y Uribe, después de la acción de Palonegro, con el Manifiesto pacificador de los liberales de Bogotá, á los que aún permanecían en armas en las provincias de Tequendama y Cundinamarca, y con las cartas cruzadas en Washington entre el Ministro colombiano D. Carlos Martínez de Silva y el mencionado General que había sido jefe de la revolución, por las que el Gobierno del Dr. Marroquín accedió en aras de la paz general á algunas pretensiones de Uribe y Uribe, presentadas como prendas de reconciliación y de concordia. ¿Qué estado ni de revolución ni de guerra se concibe, en el que ni Venezuela ni Colombia se asocian á sus respectivos revolucionarios, ni los mandatarios que gobiernan los dos países se arrojan á más hostilidades que las declamaciones de las notas y manifiestos diplomáticos, y las discusiones baldías de los decretos sin realización que se insertan en las *Gacetas Oficiales*? Cuéntese lo que se cuente del origen del conflicto, después que en Nueva York se dieron los auxilios metálicos, las armas y todos los demás elementos para la guerra, por una parte, á los agentes



de los enemigos del General Castro, á quien representó en la inauguración de la tentativa militar Rangel Garviras, y por otra á los amigos de Uribe y Uribe, esclarecidos bien los hechos, no fue—como en esta Revista se ha repetido—más que lo siguiente: El Sr. Rangel Garviras, prohombre de Venezuela, enemigo personal y político del General Castro y asilado en Cúcuta, entró en Táchira con fuerzas de la revolución, armadas en Colombia, al mismo tiempo que Uribe y Uribe, al mando de los emigrados colombianos, armados en Venezuela, avanzaba hacia Colombia. Los dos se encontraron y de este encuentro surgió el conflicto por los acaloramientos de Castro.

Estas dos fuerzas esencialmente revolucionarias por una y otra parte se encontraron en San Cristóbal, trabaron combate, y fueron derrotadas las que comandaba Uribe y Uribe. Para paliar la derrota y despertar el espíritu nacional en favor de su Gobierno, propaló el Presidente Castro que un ejército colombiano había invadido á Venezuela, había sido batido, y que se enviaban refuerzos á la frontera. El movimiento de Uribe y Uribe fue precedido del Manifiesto de 16 de Julio, y el de Rangel Garviras del Manifiesto fechado en Cúcuta el 18 del mismo mes, es decir, dos días después. El Manifiesto de Rangel Garviras bajo la bandera nacionalista impugna al Manifiesto de Uribe y Uribe, en que levanta la bandera de la reconstrucción de la Gran Colombia en la forma en que fue constituída la Nueva Granada en Diciembre de 1819 y en la Confederación de 1861. ¿En estos dos días, que median entre la redacción y publicación de estos documentos, pudo Colombia formar el contingente que Rangel Garviras llevó á la invasión de Venezuela? Estos datos bastan para poner patente y descubrir á las claras la mano oculta maquiavélica que simultáneamente proyectó, preparó y dispuso uno y otro movimiento, á fin de encender, á la vez, una revolución interior contra Castro en Venezuela, y una revolución interior contra Marroquín en Colombia, y una guerra de carácter exterior entre los dos Gobiernos y los dos Estados. Esta doble obra maquiavélica ni la proyectó Uribe,



ni la proyectó Rangel Garviras. Esta doble obra maquiavélica ni se incubó en Bogotá, ni se incubó en Caracas. Esta doble obra maquiavélica fue toda, toda, producto de la política traidora de los imperialistas de Washington y de Nueva York. En ambos hemisferios no ha podido menos de llamar la atención que, habiendo Uribe y Uribe abandonado en Marzo último la causa que había sostenido en Colombia por espacio de tres años, y refugiándose á los Estados Unidos por el total agotamiento de los medios necesarios para una lucha tan prolongada, en sólo cuatro meses se hubiera podido reponer de tal modo, que se sintiera bastante aprovisionado, sobre todo de bastimentos de guerra, para emprender una nueva de la índole de la promovida en Julio. «*Certo e, escribe á este propósito un periódico italiano, che l' Uribe é comparso con un abbondanza di mezzi che non si potivano supporre dopo le sventure di un anno fá!*

Las impresiones que hasta ahora se han recibido de esos inesperados acontecimientos, cuya oportunidad es tan discutible, cualesquiera que sean las intenciones recónditas con que se hayan prometido, y cualquiera que sea la mano oculta de quien haya emanado el sagaz impulso, aunque incompletas, bien pudieran formar un *Memorandum* provechoso para el ejemplo inmediato y para la historia, que tuviera por días los siguientes puntos de partida:

*Julio 8.*—Decretos del Vicepresidente, Presidente accidental de la República de Colombia como Jefe del Poder Ejecutivo, nombrando al General D. Carlos Alban Comandante en Jefe de las fuerzas fluviales y ribereñas del bajo río Magdalena y de las marítimas y terrestres de los departamentos de Panamá, Bolívar y Magdalena, sin perjuicio de seguir desempeñando las funciones de Jefe civil y militar del Istmo, y Jefe de Estado Mayor de las mismas tropas á D. Manuel M. de Castro U.

*Julio 17.*—Decreto núm. 855 del Vicepresidente de la República de Colombia, como Jefe del Poder Ejecutivo, decla-



rando traidor á la patria y condenando á muerte á todo colombiano ó extranjero que forme parte de fuerzas compuestas de extranjeros ó de nacionales extranjeros que lleguen á invadir el territorio de la República, sirvan de comisionados ó agentes de revolucionarios entre Gobiernos de otros países ó ante fuerzas invasoras, ó que contribuyan á promover la invasión, facilitarla ó auxiliarla, ó se hagan responsables de maquinaciones é inteligencias con Gobiernos extranjeros ó sus agentes para inducirlos á cometer hostilidades ó emprender la guerra contra Colombia.—Este decreto, además de la firma del Vicepresidente D. José Manuel Marroquín, está refrendado por don Guillermo Quintero Calderón, Ministro de Gobierno; D. Antonio José Uribe, Ministro de Relaciones Exteriores; D. Miguel Abadía Méndez, Ministro de Hacienda y encargado del Ministerio de Instrucción Pública; D. José Vicente Concha, Ministro de la Guerra, y D. José M. Cordobés, Subsecretario del Tesoro, encargado del Despacho.

*Julio 16.*—Manifiesto del General colombiano D. Rafael Uribe y Uribe, proclamando la restauración de la Gran Colombia, ó sea la Confederación de las tres Repúblicas de Colombia, Venezuela y Ecuador, á la que se agregarían las cinco Repúblicas del Centro. Este Manifiesto no consigna el lugar de su expedición.

*Julio 18.*—Manifiesto del hombre político venezolano don Carlos Rangel Garviras, protestando contra el de Uribe y Uribe, y proclamando el principio de las nacionalidades y el régimen de la libertad.—Este documento está fechado en Cúcuta (1).

---

(1) Estos documentos originarios del conflicto presente aún no se han publicado en Europa íntegros, y es necesario conocerlos para formar bien el juicio de la cuestión.

He aquí el *Manifiesto* de Uribe y Uribe:

MOTIVOS. I.—A la sincera proclamación de paz que hice en Abril no correspondió el Gobierno de Bogotá con una sola promesa de garantías, con acto alguno de justicia ó de lo que él llama clemencia con una frase



*Julio 20.*—Artículo de D. José A. Berti, titulado *La disolución de la Gran Colombia.—La muerte del libertador.—La nueva Confederación*, publicado en *El Constitucional*, de Caracas, órgano del General Cipriano Castro, Presidente de la República de Venezuela. En este artículo se atribuye la disolu-

conciliadora, ni con la más insignificante medida que demostrara la intención de sustituir por un régimen legal cualquiera el sistema puramente militar en que se apoya. Aquel avance de avenimiento pacífico no tuvo más respuesta que el sarcasmo en las palabras y el odio en los hechos. Las previsiones siniestras del Manifiesto, señaladas á nuestros adversarios con la mira de que no incurriesen en ellas, se han realizado con creces: la nomenclatura de horrores que se les puso á la vista para que la evitasen ha sido sobrepujada en la intensidad y en el número; y, ¡oh crueldad inaudita!, han sumado sombras al cuadro voluntariamente recargado que se imaginó del martirio liberal.

Por ferocidad nativa y porque atribuyeron á impotencia final nuestras disposiciones amigables, decretaron la guerra sin cuartel, y, efectivamente, han fusilado prisioneros, han matado á palo, han rematado heridos; las cabezas de otros han sido paseadas en picas, como en el siglo antepasado las de los comuneros Galán y Alcantuz; en las propias calles de Bogotá los sayones de Marroquín han escupido al rostro de nuestros generales vencidos y los han golpeado; las familias han recibido afrentas de palabra y obra; la conciencia de hombres y mujeres ha sido sometida á la atroz tortura de renunciar á sus creencias religiosas ó abjurar de sus ideas políticas; y, en suma, al creerse dueños de la situación, nuestros enemigos han dado rienda suelta á todos sus instintos de barbarie.

II. Porque de sus filas salió una voz de cordura, de humanidad y de justicia, proclamando que con la revolución no se acabaría nunca por la fuerza sino por transacción; que era política reconocer los derechos de los liberales como hombres y como partido, y que debían cesar los procedimientos salvajes empleados por el Gobierno de la guerra, quien profirió esa voz, perdió el alto puesto oficial que tenía, fue apellidado por los suyos «traidor» y obligado á retractarse. Hoy que los sucesos confirman la predicción de aquel sincero republicano y buen patriota, el Gobierno se apresta á lucha mortal, pero no tuerce el rumbo de su política.

Está, pues, visto que á todo trance quiere agregar al vencimiento la humillación, y á la humillación el exterminio. Inhumanamente acorralados así entre el oprobio y la muerte, no nos queda más recurso que batirnos con desesperación y sin tregua. Puesto que no consienten en aflo-



ción de la Gran Colombia que fundó Bolívar, á los conservadores que cooperaron á la política del Presidente Paez, y en lenguaje que traspasa todos los límites de la exageración, hasta convertirse en ridículo y disparatado, hablando de Bolívar dice textualmente: — *Ni el visionario de Judea es más*

---

jar nuestras ligaduras, rompámoslas del todo, ó con ellas el estambre de la vida.

III. No parece sino que el régimen surgido del cuartelazo de Julio estuviera de antemano consagrado al precipicio, demostrando así una vez más que la traición es mal cimiento para situaciones durables. A fin de prolongar su existencia artificial, tienen implícitamente declarado que necesitan la fiebre de la agitación bélica y que les es imposible afrontar los problemas de la paz con soluciones racionales. Han querido que siga la guerra, y la guerra seguirá, pero no como ellos la desean, sino como á nosotros nos conviene. ¡Que la desgracia y la culpa con que pensaban abatirnos caigan sobre ellos, y que Colombia, libre de su yugo, glorifique la República!

IV. «Injustificable rebelión» es la muletilla de los enemigos para calificar nuestro empeño. Pero el General Marcelino Vélez, Comandante por un día del Ejército oficial, declaró que «esta guerra ha sido hecha por un numeroso partido al cual se privó de los derechos y libertades que no se le niegan hoy á nadie en un pueblo culto». El Dr. Joaquín F. Vélez, Ministro en Roma y actual Gobernador de Bolívar, ha dicho recientemente: «Estoy maravillado de la vitalidad del partido liberal, en cuyas filas cada soldado es por lo menos un doctor.» Y D. Carlos Martínez Silva, Plenipotenciario en Washington, escribe que: «guerra tan larga y porfiada no puede ser el fruto de ambiciones personales, porque jamás en un pueblo tan laborioso y morigerado como el colombiano podrán hallarse miles de hombres que por dos años abandonen sus hogares y trabajo, y se expongan á sí mismos y á sus familias á las privaciones y á la muerte, sólo por servir los planes de unos pocos ambiciosos .

Según estos tres notables voceros del círculo gobernante—por no aducir el testimonio de otros más—la guerra reconoce causas profundas, que tienen su raíz en males graves á que el Gobierno actual, con la terquedad de quien prefiere perderse antes que ceder, no quiso, no quiere ni querrá nunca poner remedio voluntariamente. Por eso la continuación del régimen vigente es incompatible con la buena marcha de los intereses públicos y con el porvenir nacional; pero por eso también hay que verle de todos modos el fin á esa noche de la Regeneración, noche sin estrellas.



*grande y más sublime que el semidiós de América.* — Sobre el régimen de la Confederación nueva dice además:—«El Presidente de la Confederación sería, en el primer período, venezolano (¡Castro!), en el segundo *granadino*, en el tercero ecuatoriano, y así sucesivamente. La Confederación tendría diez

V. Penoso es que sea Colombia el único país que al comenzar el siglo xx esté dando al mundo el escándalo de la guerra civil; pero es porque también es el único que ofrece el escándalo aún mayor de un bando faccioso contra la civilización y el cristianismo, puesto que pretende perpetuar los antiguos métodos españoles de Gobierno, y puesto que por toda réplica á la petición de derechos del pueblo, lo hace asesinar por fieras que nada tienen que envidiar al «pacificador» Morillo y al «carnicero» Weyler.

Sin embargo, nuestros adversarios saben bien que las aspiraciones del partido liberal no son recuerdos de archivistas ni violencias de conspiradores, sino pesares, memorias, ideales, esperanzas, duelos y orgullos comunes á innumerables hombres de diversas condiciones y clases, y animados durante largos años por una resistencia latente ó abierta contra el detentador de sus derechos. ¿Y no es conocida ley histórica que cuando el mal éxito de las tentativas y el rigor de las persecuciones no quebrantan la constancia de los vencidos, es porque constituyen una familia política con derecho á sentarse al lado de los vencedores? La prueba más cierta de la razón que nos asiste es nuestra voluntad, que ha gastado al tiempo y sobrevivido á los desastres y á los martirios. Vencido ahora el liberalismo, su derrota sólo sería un aplazamiento de la ordalia, pues que nunca se resignaría á la servidumbre, mientras que triunfante de una vez, ésta sería nuestra última guerra civil, porque éste habría sido también el pòstrer esfuerzo del absolutismo para imponerse en un país de la América española. Es evidente, por tanto, que en el cuadrante que marca los destinos de los pueblos está próxima la hora de nuestro triunfo, aunque no fuera sino porque en el mundo, donde muchos desprecian la justicia, todos tienen necesidad del orden, y el orden no existe donde el Gobierno está entre el día siguiente de una revolución y la víspera de otra.

VI. En su soberbia y arrogancia han ido nuestros enemigos hasta amenazar por boca de su prensa, del Ministro de Guerra y de otros altos empleados, con que una vez terminada la que imaginan fácil tarea de acabar con nosotros en el interior, moverán guerra á los Gobiernos liberales de las Repúblicas vecinas. Es decir que, no contentos con arrebatarnos nuestra patria natural, pretenden extender su poderío hasta el re-



millones de habitantes y una milicia de 800.000 hombres.»

*Julio 24.*—Invasión de Rangel Garviras desde Colombia en el territorio de Venezuela, y aproximación de Uribe y Uribe á Colombia con su ejército formado en Venezuela.

*Julio 27.*—Proclama dirigida desde el Palacio de Miraflores

fugio que nos buscáramos en tierra de amigos, y alargar su brazo hasta el asilo donde procuráramos ponernos á cubierto de sus golpes.

El despotismo regenerador, como el volcán de Turbo, quiere derramar sus lavas de lodo asolador sobre los territorios aledaños. Bogotá es hoy el cráter de un fanatismo político expansivo, como en otro tiempo Madrid bajo Felipe II, y ha llegado á ser medida de política internacional extinguir ese foco perturbador y de infección.

Nosotros, sin perder de vista por un momento nuestros deberes de patriotas colombianos, aun en su más estrecha acepción, estamos en nuestro derecho—el derecho elemental de la defensa—para declarar que hacemos solidaria nuestra causa con la de los Gobiernos amenazados, á los cuales nos ligan estrechas analogías doctrinarias é históricas.

VII. «Siglo de las nacionalidades» fue llamado el XIX, porque él vió emanciparse pueblos nuevos y porque vió grupos de razas que andaban dispersos concentrarse bajo un mismo nombre y bandera para constituir unidades de combate, capaces de resistir y agredir victoriosamente en las luchas cada vez más ásperas por la vida y la supremacía. Esa impulsión continuará en el nuevo siglo y en otros continentes, y obedeciendo á ella, debe ser aspiración suprema de los pueblos que formaron la gran Colombia reconstituir esa nacionalidad gloriosa y potente, que la presión de las exigencias del tiempo hace hoy más necesaria que nunca.

El primer paso para realizar ese alto ideal es la creación de Gobiernos afines, entre los cuales reinen simpatías recíprocas. Para ello no falta sino variar el Gobierno reaccionario de Bogotá, único que rompe la armonía. Cuando el liberalismo sea una doctrina política común á los tres países, estará allanado el camino para pactar la reconstrucción de la entidad fundada por el genio de Bolívar.

Nuestra bandera ha crecido al través de la refriega. Pudo al principio no ser sino la de las reivindicaciones de un partido en las querellas intestinas de nuestro país; hoy es la bandera de la Gran Colombia la propia enseña que empuñó el Libertador. ¡Alcemos nuestros corazones á la altura de tamaña empresa, y ampliemos nuestras mentes para que en ellas quepa tan vasta concepción!—RAFAEL URIBE Y URIBE.

Julio 16 de 1901.



de Caracas á los venezolanos por Cipriano de Castro, Presidente provisional de la República y General en Jefe de sus Ejércitos. Este documento y el Decreto del Ejecutivo Federal suspendiendo las garantías constitucionales en los Estados de Táchira, Mérida, Trujillo y Maracaibo, fueron reproducidos

He aquí ahora el Manifiesto de Rangel Garviras:

Á MI PAÍS Y Á MIS AMIGOS POLÍTICOS

Vibrante, enérgico, inspirado en la santas cóleras del verdadero patriotismo, vengo á lanzar ante la América y el mundo mi grito de protesta contra la política de intervención, que fuera un día el ludibrio de los pueblos civilizados, exhumada al presente, en lo que hace á Venezuela y á Colombia, por las torpes pasiones de media docena de políticos perdidos en la opinión pública, que pretenden disponer de los pueblos como se hace con los rebaños, y han soñado en su demencia hilvanar á aquel punible intento el otro, más criminal todavía, de borrar nuestras actuales nacionalidades, de suprimir los nombres queridos de Venezuela y de Colombia, para envolverlos en un todo que sirviese de escabel á sus miras ambiciosas.

El Capitolio de Caracas es el centro de esa conspiración parricida; los dineros nacionales, que son el sudor del noble pueblo venezolano, se destinan para fomentar la hoguera; y los parques, acumulados por el patriotismo para defender la nacionalidad, para hacer á costa de toda nuestra sangre que Venezuela sea siempre Venezuela, pasan á manos mercenarias, ¡oh crimen inaudito!, precisamente para hacer todo lo contrario, para apuntar contra el propio corazón de la patria y borrarla como á Colombia del catálogo de las naciones independientes.

Sí, es necesario decirlo á grito herido, es necesario que todos los colombianos y todos los venezolanos, cualesquiera que sean su filiación política y sus responsabilidades en las luchas del pasado, conozcan el fondo negro de esta diabólica urdimbre que no reconoce otra causa sino la insana ambición, que no puede tener arraigo en el corazón del pueblo porque las masas ignoran lo que se ha pactado en los conciliábulos y á nadie han otorgado sus poderes; es preciso que el Ecuador, Venezuela y Colombia sepan sin reticencias que lo que se pretende es su desaparición como naciones independientes, á fin de que los diferentes partidos políticos adviertan el peligro, y olvidando momentáneamente las diferencias que los separan, hagan sentir de modo solemne su reprobación á tan descabellado intento.



en la *Revista hispanoamericana* del número anterior de LA ESPAÑA MODERNA. Los periódicos de Caracas y los de todos los Estados insertaron en sus columnas estos dos documentos, tomados de la *Gaceta Oficial*; pero solamente *La Restauración Nacional* y *El Nacional* los comentaron, execrando la traición de Rangel Garviras y protestando contra la supuesta invasión extranjera. *El Pregonero* protestó contra la totalidad del hecho revolucionario, exhortando á todos á seguir en semejante crisis el sendero del patriotismo, del honor y de la buena fe.

¿Qué significan si no las palabras que van en seguida tomadas del Manifiesto de guerra lanzado con fecha de ayer desde San Cristóbal por el General Rafael Uribe y Uribe? «Debe ser aspiración suprema de los pueblos que formaron la gran Colombia (Venezuela, Colombia y Ecuador) reconstituir esa nacionalidad gloriosa y potente, que la presión de las exigencias del tiempo hace hoy más necesaria que nunca. Nuestra bandera ha crecido al través de la refriega. Pudo al principio no ser sino la de las reivindicaciones de un partido en las querellas intestinas de nuestro país; hoy es la bandera de la Gran Colombia.»

¿Habría pensado del mismo modo el caudillo radical si en lugar de ser vencido se encontrara hoy triunfador en Bogotá? ¿Desecharía entonces la bandera que llevó á las campamentos, en cuyo nombre se está derramando torrentes de sangre desde hace dos años, para empuñar otra enseña, desconocida de sus amigos, que no lleva los colores queridos del soldado, mirando los cuales marcha sereno y sonreído á recibir la muerte?

¡No! Lo que se pretende es un absurdo, doble absurdo, puesto que aparecen *unitarios* los que predicán como el más fundamental de los dogmas de su credo la *descentralización*, la *soberanía*, la *expansión*. ¿Y creen seriamente que sobre sus hombros de enanos podría sostenerse el poderoso edificio que se derribó estrepitosamente un día, no obstante llevarlo sobre los suyos de gigante el genio sin igual de nuestro gran Libertador? Reconstituir la gran República por el solo esfuerzo de las armas sin que los pueblos hayan manifestado sus deseos para tan fundamental transformación, sin haberlos preparado, careciendo como carecemos de caminos de hierro que supriman las inmensas distancias, ¿no es un acto de demencia?

Por mis labios habla el partido republicano de los Andes, cuyas nobles ideas de expansión y de fraternidad hanle ganado prosélitos en todo el país; y habla el nacionalismo venezolano, con cuya Jefatura accidental me honro, partido el más disciplinado, el más firme en sus doctrinas, que



Habiendo ocurrido en San Cristóbal, en la noche del 28 al 29 de Julio, el encuentro de los revolucionarios capitaneados por Rangel Garviras, procedentes de las provincias limítrofes de Colombia, con el *Ejército Liberal Restaurador del Táchira*, mandado por el Comandante general D. Celestino Castro, hermano del Presidente D. Cipriano, y al que iban incorporados para invadir á Colombia los revolucionarios del General Uribe y Uribe, en Caracas comenzó á publicarse un *Boletín Oficial* de la guerra, del que sólo se dieron á la estam-

le fueron inculcadas por su ilustre y mártir jefe General José Manuel Hernández; y no creo equivocarme al decir que como yo piensa en la ocasión todo el país venezolano. Por consiguiente, mi protesta, que al ser meramente personal se extinguiría sin eco, lleva la inmensa resonancia de los grandes partidos políticos que represento y de todo el pueblo venezolano, víctima al presente de la más ridícula cuanto desenfrenada tiranía, y al que en vano se pretende envolver en la onda cenagosa de los odios que un hombre, hoy adueñado del poder, profesa al Gobierno de Colombia.

Sí, allá en Venezuela hemos levantado estatuas á Girardot y á Ricaurte, y en nuestros pechos existe inextinguible la gratitud por Colombia, en cuyo seno hospitalario rindió su último aliento el Padre de la Patria y halló en 1813, proscrito y perseguido, los auxilios necesarios para libertarnos del poder extranjero. Será en vano, pues, que se nos quiera arrastrar á una guerra internacional: los dos países permanecerán hermanos á pesar de los políticos infidentes, sobre los cuales caerá no muy tarde el estigma de la reprobación popular.

La guerra con que se nos amenaza no será jamás de pueblo á pueblo, sino de una parte entre un hombre, ensoberbecido por pasajero éxito, que distrae las propiedades nacionales para soplar la discordia entre dos naciones hermanas y hacer derramar sangre inocente en provecho de su insaciable ambición, y de la otra un Gobierno legítimamente constituido que resiste amparado por la justicia y sostenido visiblemente por la Providencia.

Sepan, por tanto, mis amigos políticos á qué atenerse en esta hora solemnísimas.—«Verdad, justicia y libertad», ha sido el lema de nuestra bandera: de hoy más deberemos ampliarlo escribiendo este nombre queridísimo: Venezuela.

Cúcuta, 18 de Julio de 1901.—*Cárlos Rangel Garviras.*



pa seis números: el primero, con los partes telegráficos expedidos desde Encontrados el mismo día 28 por el General Régulo Olivares, que con las fuerzas venezolanas que mandaban los Generales Mamerto González, José Trinidad Madera, Carlos Silverio, Echenique, Rafael Parra Ojeda y el Coronel Florentino Vargas atacó por mar y por tierra y tomó aquel puerto, que estaba defendido por los Generales revolucionarios Juan Márquez y José Trinidad Zuleta. En estos telegramas, transmitidos por la línea de Maracaibo, fue donde se habló por primera vez de haberse hallado entre los objetos cogidos á los revolucionarios fugitivos, divisas de los *Granaderos de Cúcuta* y dos prisioneros de la guarnición colombiana. El número segundo del *Boletín Oficial* de la guerra se encabezaba con una Circular del mismo Presidente Castro, informando á las autoridades de los Estados del resultado de la batalla de San Cristóbal, que comenzó á las dos de la tarde del día 28 y terminó á las cuatro de la tarde del día siguiente. El parte oficial detallado de esta batalla no se expidió en el cuartel general de San Cristóbal hasta el día 3 de Agosto, y se insertó en el número 3 del *Boletín Oficial*. En él se designan, como fuerzas del ejército regular colombiano que tomó parte en la función de guerra, el batallón de Artillería, el Girardot, el Junín, el Valencey, el TÁCota, el Cúcuta, el Rosario, el Vencedores, el Ospino, el Gramalote, el Arboledas, el Planadas, el Pamplona, el Tenerife, el Tiradores, el Rifles y otros. Se dijo en los primeros telegramas, que sobre esta acción se circularon por las *Agencias*, que en ella había muerto el General revolucionario colombiano puesto al servicio de Venezuela, Uribe y Uribe; pero en el parte oficial, el General muerto era D. Rosendo Molina, con los Coroneles Celestino y Miguel Velasco y Jesús Nieto, venezolanos todos. Los *Boletines* números 4 y 5 son ampliaciones de noticias ó comunicaciones de la cortesía oficial, y en el 6.º y último, el General Celestino Castro acusa á su hermano el Presidente D. Cipriano una nueva invasión del *Ejército colombiano*, con fuerzas traídas por el



Ministro de la Guerra de Colombia, González Valencia, sobre Colón. El primero de estos *Boletines* se publicó el mismo día 29 de Julio, el segundo el 30, el tercero el 3 de Agosto, y el último el día 8. El día anterior, el 7, volvió á aparecer, así en la capital y fronteras de Venezuela como en algunos puntos de Colombia, una nueva proclama revolucionaria dirigida á las fuerzas insurrectas de Cuenca y firmada por J. Paulo E. Bustamante, en la cual, después de designar al General Vargas Santos como Presidente provisional de Colombia y supremo director de la guerra, y al General Benjamín Herrera como Jefe superior de operaciones en el Cauca y Panamá, termina con este párrafo:—«El invicto Uribe y Uribe ha invadido nuevamente por la frontera del Táchira; por el Atlántico penetran al país poderosas expediciones; la costa del Pacífico está dominada por una gran nave de guerra revolucionaria; todo el interior de la República está en armas contra el Gobierno; la revolución se reanuda con mejores elementos y más brío, y corresponde á vosotros, altivos y valerosos hijos del Sur, empuñar las armas libertadoras para dignificar el nombre con que habéis honrado siempre la Historia de la Patria. ¡Venid, que en mí tendréis un compañero y un hermano que pronto os saludará alborozado en el vivac de la Victoria! ¡Viva la revolución liberal! ¡Viva la redención de Colombia!»

Desde este momento puede decirse que ya no habla casi sobre los conflictos internacionales y revolucionarios de Venezuela y Colombia sino el telégrafo de Nueva York, aunque á Londres se comunican algunas noticias desde Villemstad (Curaçao), desde Trinidad y otras islas en comunicación frecuente con el campo de los sucesos.

Agosto 4.—El *Times*, de Nueva York, anuncia que el Presidente Castro está dispuesto á entregar sus pasaportes al señor Rico, Ministro de Colombia en Caracas. Esta resolución, en efecto, se realizó el día 3 de Septiembre, no sólo con el Ministro Rico, sino con todos los Cónsules acreditados; pero salieron del territorio de Venezuela sin obtener los pasaportes.



*Agosto 5.*—Un telegrama de Nueva York anuncia la invasión simultánea contra Colombia por parte de Venezuela, Ecuador y Nicaragua.

*Agosto 7.*—A consecuencia de un mensaje recibido en Washington la noche anterior, de Mr. Gudger, Cónsul de los Estados Unidos en Panamá, el Departamento de Estado de la Casa Blanca solicita del Ministerio de Marina el envío de un buque de guerra á Colón. En efecto, se dan órdenes para su salida de Boston, donde se halla, al *Machias*, á fin de que observe de cerca los sucesos que se relacionan con la revolución colombiana.

*Agosto 8.*—Habiéndose recibido en el Departamento de Estado por el correo una correspondencia de Mr. Rusell, Encargado de Negocios de los Estados Unidos en Caracas, confirmando la inminencia de las hostilidades entre Venezuela y Colombia, el Secretario interino, Hackett, consultado por Mr. Adee, decidió que el segundo Comandante del *Sargent*, Comandante Nathan, partiera sin dilación para el mar de los Caribes, pues el *Machias* había de sufrir, durante su travesía, en Hampton Roads una inspección oficial.

*Agosto 9.*—El *New-York Herald* publica y el *Star and Herald* reproduce un artículo oficioso, tomando parte en la cuestión. Considera peligrosa la situación creada por los sucesos del 24 de Julio, y que podría dar ocasión á complicaciones de índole internacional; pues estando afectados importantes intereses extranjeros, y existiendo proyectos ambiciosos que pueden prosperar favoreciendo á uno ó á otro de los combatientes, los Estados Unidos no podrían consentir una intervención europea, que sería una transgresión de la doctrina de Monroe y un reto. Este reto tendría que ser aceptado, si no se quiere que la doctrina quede relegada á la categoría de una declaración académica. «*La única intervención que en realidad pueden permitir los Estados Unidos, si es para mantener su supremacía sobre el continente americano, es la que emane de los Estados Unidos mismos.*» Es preciso que los Estados Unidos envíen



una poderosa fuerza naval á las aguas de Colombia. El momento no es de sentimentalismo, sino de acción y pronta acción. No es cuestión de escoger la mejor de las dos rutas de canal que tienen frente á sí los Estados Unidos, sino una que envuelve su absoluta supremacía sobre el continente americano. Por lo tanto, se hace preciso proceder para probar á Europa que los Estados Unidos consideran la doctrina de Monroe como algo merecedor de combatir y de morir por ella si fuese necesario. No hay que descuidarse. El primer paso importante que debe dar el Gobierno de Washington, es el envío inmediato de la fuerza naval más poderosa de que pueda disponer, al mar Caribe. «Ya los diarios *jingoos* de Francia y de Inglaterra están acusando á los Estados Unidos de tener ciertas miras sobre las dos Repúblicas adversarias. Esto no es verdad. Pero tampoco pueden consentir en una intervención de parte de ninguna potencia europea, y así es que todo el mundo habrá de fijar su atención en la fuerza naval que los Estados Unidos concentren en las aguas centroamericanas, para decir á todos: ¡Alto ahí!»

Agosto 10.—El Departamento de Estado desmiente la noticia publicada en el sexto número del *Boletín Oficial de la Guerra* de Caracas, que anunciaba una nueva invasión del ejército colombiano sobre Colón; declara que no considera que la situación haya asumido la gravedad que se le atribuye, y dispone, sin embargo, que el acorazado *Wisconsin* salga de Puget-Soun para San Francisco de California, á esperar órdenes para marchar al puerto de San Diego en espectación de los sucesos del Istmo. Se dispone también una investigación sobre las fuerzas con que Colombia mantiene la seguridad del tráfico en el ferrocarril istmeño, y que se recuerde que en ocasión semejante, en 1885, el Gobierno de los Estados Unidos ocupó el Istmo para garantir su seguridad. El mismo día se recibe un despacho de Mr. Edward Simmous, de Nueva York, Presidente de la Compañía del ferrocarril de Panamá, haciendo ver que es grave la situación, y pidiendo buques de guerra



á los dos lados del Atlántico y del Pacífico, en cuya virtud se piensa en enviar á Panamá ó el *Mohican* ó el *Alert*, con instrucciones al Contralmirante Higginson para conservar á todo trance el libre tránsito.

Agosto 12.—El artículo del *Herald* suscita protestas en los periódicos de Bogotá, Cartagena y Panamá, rechazando la intervención y la protección de los *yanquis*. Esto es, dice *El Tiempo* de Cartagena, «el vaho de la serpiente sobre el incauto pajarillo que quiere devorar. ¡Es un colmo! ¡Gracias á los liberales, estamos amenazados por todas nuestras fronteras y corriendo el peligro de ser *protegidos* por los yanquis! Afortunadamente, Dios aprieta, pero no ahoga. Las guerrillas se han separado de la línea, y en los liberales se nota desaliento. El General Pinto se ha puesto al frente de las operaciones del Cauca, dejando su gobernación al General Jaime Córdoba. La *Bocayá* apresó un buque destinado á los revolucionarios y repleto de parque».

Un telegrama de Buenos Aires (Argentina), fechado el mismo día, dice que *La Prensa* de aquella capital, comentando los artículos de los periódicos de Nueva York y Washington sobre el conflicto colombiano-venezolano y la actitud de los Estados Unidos frente de la posibilidad de una intervención europea, expresa que «la América latina aplaudirá cordialmente la política de los Estados Unidos, siempre que se limite á no intervenir y á impedir que otros intervengan»; pero que «los Estados Unidos no deben invocar como *pretexto* para intervenir en pro de uno ú otro beligerante la doctrina de Monroe ni el derecho de jurisdicción marítima; pues *la América Meridional no podrá consentir este acto, sin manifiesto peligro para la soberanía de sus diversas Repúblicas*».

Otro telegrama de Santiago de Chile dice así: «En todas las Repúblicas de la América latina ha causado penosa impresión la actitud que ha adoptado la República norteamericana en lo que respecta á Colombia, considerándose su intromisión en los asuntos de este país como un *pretexto* para co-



menzar á apoderarse de los territorios de la América del Sur. Esta se considera, hoy más que nunca, amenazada por el imperialismo yanqui.»

Agosto 15.—*La República*, de Guatemala, publica un telegrama de Caracas, anunciando que los invasores de la frontera venezolana habían desaparecido.

El mismo día *The Tribune*, de Nueva York, órgano oficial en esta ciudad del Gobierno de Washington, en su primer editorial desmiente los rumores propalados por la prensa francesa y alemana sobre una inminente intervención de los Estados Unidos en la guerra (?) venezolano-colombiana, y niega que tales sean las intenciones del Gobierno norteamericano. *The Tribune* expresa que su acción se limitará á la presentación de sus buenos oficios á los gobiernos de las dos Repúblicas para el arreglo pacífico de las cuestiones que las dividen. «Si su mediación no es aceptada, los Estados Unidos se concretarán, como las demás naciones europeas que tienen súbditos é intereses en Colombia y Venezuela, á velar por las personas y los intereses de sus respectivos ciudadanos radicados en aquellos países. No obstante, los Estados Unidos, por virtud del tratado de 1846, tienen el derecho y el deber de mantener libre el tráfico en el Istmo, y lo mantendrán cada vez que alguna revolución lo interrumpa. Así lo han hecho otras veces, y los soldados norteamericanos se han retirado de Panamá apenas se ha restablecido allí el orden.»

Agosto 16.—Llegó á Panamá el crucero francés *Suchet*, y para el mismo punto había partido ya de Victoria, en la Colombia británica, el navío inglés *Icarus*. En Washington aún no se había resuelto si enviar á la costa occidental del Istmo ó el *Iowa* ó el *Ranger*; pues en la Casa Blanca se aparentaba tener cuidado por la actitud de Alemania, cuyo Ministro en los Estados Unidos se hallaba ausente con licencia en Europa. En los Estados Unidos la opinión popular se hallaba muy animada de propósitos belicosos, y se hablaba mucho en todos los círculos de la conquista del Istmo y de la guerra entre los Estados



Unidos y Alemania. Sin cesar corrían por los círculos de Nueva York telegramas que se decían recibidos por los agentes revolucionarios de Colombia y de Venezuela, en los que á diario se daban noticias de acciones, batallas y encuentros que después eran desmentidos.

*Agosto 17.*—El corresponsal del *World* en Guayaquil, autorizado por el General Alfaro, Presidente de la República del Ecuador, le comunica que esta República permanecerá neutral en el conflicto de Colombia y Venezuela, á menos que la primera no invadiera el territorio nacional.

La actitud del Ecuador exige alguna explicación. El General Alfaro había entrado en la conspiración contra Colombia; mas próximo el término de su mandato presidencial, y habiendo hecho elegir, bajo su influjo, para secundarle, al General Leonidas Plaza, el cual había de ser investido de su cargo el último día de Agosto, éste, interpelado por algunas personas, declaró que su política en las relaciones del Ecuador con los Estados fronterizos había de ser de perfecta cordialidad, pues él había siempre censurado en Alfaro las conspiraciones contra hermanos. Alfaro, cuando se informó de las intenciones de Plaza, trató de hacerle renunciar la Presidencia para que había sido elegido, diciendo que ni un solo individuo del partido liberal ecuatoriano le apoyaría, y que los que le habían votado estaban arrepentidos. Pero Plaza no cejó, y el rumbo que tomaron los sucesos después del 24 de Julio obligó á Alfaro á la actitud que reveló al corresponsal del *World* de Nueva York. No obstante, en Quito permanecen siempre, bajo el derecho de asilo, los radicales colombianos Lucas Caballero, Benjamín Herrera, Avelino Rosas, González Garro y otros, que no dejan de moverse, y Avelino Rosas ha poco publicó una proclama incendiaria contra el régimen actual de Colombia y el Gobierno de Marroquín. Con todo, *El Grito del Pueblo*, de Guayaquil, cree que restablecida la armonía entre Alfaro, que ya no es Presidente, y Plaza, su sucesor, éste sostendrá con firmeza sus opiniones. Los revolucionarios habían



intentado ya una invasión en Colombia y amenazado con una acción sobre Pasto.

Agosto 18.—La actividad de los agentes *yanquis*, esparcidos por Europa, no descansa en investigar el fondo de las opiniones en el viejo continente. En Alemania, *Die Post* extraña que en los Estados Unidos se proclame la discutible inviolabilidad de la doctrina de Monroe en la intervención que las potencias europeas pudieran interponer en los accidentados sucesos del Istmo, cuando la acción de estas potencias, dirigida á proteger personas é intereses de sus connacionales allí establecidos, no tenía para qué ser una acción política, sino sólo protectora, lo que no sólo no daña, sino canoniza, el derecho público internacional de todos los pueblos. *La Franckfürter Zeitung*, que cree descabellada la empresa de la reconstrucción de la Colombia de Bolívar, que sólo puede despertar celos y rivalidades entre los caudillos sudamericanos, la condena con tanto mayor motivo, cuanto que para tener pretexto con que intervenir en aquella codiciada parte de América, *ha trabajado mucho la mano de los yanquis, así en Caracas como en Bogotá.* «La tendencia de la política americana, añade, puede ser debidamente apreciada, leyendo el artículo del *New-York Herald* de los Estados Unidos, invocando la doctrina de Monroe; quiere proteger á Colombia contra los ataques de sus vecinos rivales; mas resta saber si Colombia aceptaría el apoyo de los Estados Unidos, después de haber averiguado si su ayuda es desinteresada ó si tiene que ser pagada á un alto precio.» La misma duda revela *Berliner Tageblatt*.—En la prensa inglesa se han hecho notar dos periódicos, más que los demás, el *Spectator* y la *Saturday Review*, el primero porque no sólo no cree que ofrecerá graves inconvenientes la intervención americana, sino porque, aunque considera posible que los Estados Unidos ocupen á Panamá, no ve en ello motivo para que la Gran Bretaña se oponga. La opinión de la *Saturday Review* es, en cambio, una esquiva protesta contra intenciones que están conocidas, y cree que la doctrina *escandalosa* de Monroe necesariamente tiene



que producir un conflicto de intereses entre los dos continentes. «Aunque los Estados Unidos, añade, han tenido tanto empeño en desalojar á España de aquel mundo por ella descubierto y que es la obra de su civilización, ni España, ni Alemania, ni Francia, ni Inglaterra, pueden abandonar sus legítimos títulos á su expansión por los casi desiertos territorios de la América del Sur.»

*Agosto 19.*—El publicista español D. Juan Pérez de Guzmán, en un artículo publicado en *La Época*, de Madrid, y titulado *La guerra entre Venezuela y Colombia*, imputó á los elementos *jingoistas* de los Estados Unidos el impulso dado á ciertos elementos trastornadores y belicosos para formar el proyecto de reconstituir por medio de las armas y con la unión de las tres Repúblicas meridionales, Colombia, Venezuela y el Ecuador, la antigua Colombia de Bolívar, dando pretexto para que la gran República del Norte trate de intervenir militarmente en aquella parte de América, que es poseedora del territorio del Istmo, por donde está trazado el canal de Panamá. Este artículo, traducido al inglés, fue reproducido íntegro, á pesar de su mucha extensión, en la edición de París del *New-York Herald*, el cual singularmente ha llamado la atención sobre el párrafo siguiente:

«Hay un hecho que hemos recogido en uno de los periódicos hispanoamericanos que asiduamente registramos y que conviene que se sepa en Europa. Está próxima la reunión del segundo Congreso Panamericano que los Estados Unidos han promovido y que el 28 de Octubre se debe inaugurar en Méjico. Ya en Mayo último la Exposición Panamericana, que debía precederle y que se ha celebrado en Búffalo, ha sido un fracaso total, y se cree que este fracaso anuncia el del próximo Congreso Panamericano,

«There is one circumstance which we have found stated in a Spanish-American paper, and which we here carefully reproduce directly in line with European sentiment. It concerns the session of the second Pan-American Congress, prompted by the United States, and to be convened in Mexico October 28. Already the Pan-American Exposition, intended to precede it, and which was inaugurated last May Buffalo, has been a total failure, and it is believed that this failure announces that also of the next



sobre el cual tanto se ha debatido entre los que se proponen concurrir ó no, á causa de la cuestión del arbitraje obligatorio y retroactivo. Se cree que los Estados Unidos toman en los conflictos de los Estados del Norte de la América meridional posiciones avanzadas para lo que en Octubre pueda ocurrir en la Asamblea de Méjico. Pero en el periódico á que hemos aludido hemos leído que, en la previsión de que por el Gobierno de Washington se tomen actitudes agresivas contra cualquiera de las repúblicas de lengua latina, cualquiera que sea el pretexto con que esto se haga, hay un acuerdo tomado entre los diez y ocho Estados independientes que se extienden desde las márgenes del río Bravo hasta el Estrecho de Magallanes, de retirar simultáneamente, en el acto de una intervención militar cualquiera por las fuerzas del Gobierno de la Casa Blanca, rompiendo con él las relaciones internacionales, hasta que en Washington se den garantías suficientes de que serán respetadas la independencia total y la total integridad de todas y de cada una de las diez y ocho Repúblicas latinas.»

Pan-American Congress, concerning which there has been so much discussion-as to who will appear and who will not, on account of the disputes raised relative to arbitration, obligatory and retrospective. It is believed that the United States takes an advanced position in these conflicts among the northern States of South-America now, in view of what might happen in the coming congress. But in the publication referred to, we have read that should the Washington Government assume a threatening attitude toward any one of the Latin republics, under whatsoever pretext, an understanding exists between the eighteen independent South American States to withdraw simultaneously with the armed intervention of the North American Government all their diplomatic representatives at Washington; and to seon all international relations with the United States until such a time as Washington gives sufficient guarantee of the independence and the integrity of each and all of these eighteen republics.»

Este mismo día, 19 de Agosto, el *New York Journal* publicó una carta sensacional llena de patrañas. Acusando al Gobierno de Venezuela de no permitir la transmisión de ninguna clase de noticias, ponderaba la habilidad de un corresponsal suyo que desde Puerto España, en la isla Trinidad, había logrado establecer un servicio directo de comunicación con Caracas, mediante el cual, y con fecha del 17, sabía que dos ejércitos, uno colombiano al mando del *General Pinzón*, *Ministro de la Guerra*, y otro venezolano, mandado con el *General Pulido*, se



hallaban frente á frente en la frontera de las dos Repúblicas y prontos á acometerse. El General *Próspero Pinzón*, el vencedor de Palonegro, ni podía ser Ministro de la Guerra del Gobierno colombiano, ni mandar un ejército de este país, por la sencilla razón de que hace más de un año que ha muerto, y Colombia le ha costado un monumento inaugurado hace poco tiempo. Respecto del General Pulido, mal podría mandar tampoco el ejército en campaña de Venezuela, cuando es notorio que, disintiendo del Presidente Cipriano Castro, cuando éste quiso declarar la guerra á Colombia, presentó su dimisión de Ministro de la Guerra y se retiró á la vida privada.

*Agosto 20.*—El *Morning Post* recibe de Nueva York confirmación de la existencia de un tratado defensivo contra Colombia, subscripto por Venezuela, el Ecuador y Nicaragua.—El Ministro de Colombia en Washington, Martínez Silva, celebra una conferencia en la Casa Blanca con el Coronel Hay para manifestarle que su Gobierno ha enviado fuerzas al Istmo para mantener expedito el tránsito, ofreciéndole la seguridad de que Colombia se basta por sí sola para conservarlo abierto y garantido.—El Departamento de Estado, por medio de notas officiosas, declara que el Gobierno norteamericano ni tiene ni ha tenido el propósito de poner en juego sus fuerzas militares para mantener expedito el tráfico del Istmo, y que ésta será su conducta mientras el Gobierno de Colombia no declare su incapacidad para sostenerlo.—*The New-York Tribune* prosigue su campaña de mentiras; describe las acciones supuestas libradas en Anapolía y Jombalo, y dice que el Presidente San Clemente, que se hallaba en la primera de estas poblaciones, con otros muchos conservadores históricos, se han unido á los revolucionarios liberales hasta derrocar el Gobierno de Marroquín.—El *Berliner Tageblatt* impugna la facultad de los Estados Unidos para una intervención militar en el Istmo, aunque se escude en el tratado de 1846 con una República, la de Nueva Granada, que ya no existe, habiendo anulado el cambio del sujeto de derecho el tratado hecho con un sujeto de derecho



que dejó de existir, al fraccionarse en los tres Estados independientes que de aquél se desgajaron. — En Austria, á la *Neue Freie Press* le parece que el conflicto venezolano-colombiano aún está en embrión; teme que se desarrolle en una verdadera cuestión internacional en que se interesen los dos continentes, y cree que no se resolverá hasta que los Estados Unidos se sientan más inmediatamente hostigados en sus pretendidos derechos de supremacía americana ó en sus velados propósitos de anexión ó conquista. — Este último hecho es para el *Novoie Uremia* de San Petersburgo la conclusión probable del enigma que envuelve esta cuestión. — *La Patrie*, de París, tiene noticias de que el General Castro, que es el instrumento hipnotizado del gravísimo conflicto pendiente, está fanatizado con la idea que se le ha imbuído de que él será el árbitro supremo de los destinos de la América latina; pero aunque con esta obsesión atiza cuanto puede la revolución en Colombia, en Colombia la revolución se ha estancado, y por lo tanto, no adelanta nada. En cambio, en Venezuela la revolución contra Castro gana terreno, estando ya en expedición para sus costas el General Hernández.

*Agosto 21.*—El Ministro de Venezuela declara oficialmente en el departamento de Estado del Gobierno de Washington que es inexacta la noticia inserta repetidas veces en los periódicos de Nueva York, de que el Gobierno de Caracas haya declarado la guerra á Colombia. «Ciertos incidentes lamentables —ha dicho á Mr. Hay—han producido una tirantez en las relaciones de Venezuela con Colombia; pero no ha habido ruptura, ni, por consiguiente, puede haber habido declaración de guerra. La frontera venezolana está debidamente guardada por tropas, pero no ha habido choque entre éstas y las que el Gobierno colombiano ha situado al otro lado de la línea limítrofe.»

A pesar de esta declaración, la Prensa de Nueva York sigue publicando noticias alarmantes expedidas, ó al menos fechadas en su mayor parte, en Jamáica, á las que el pueblo da más



fe que á las oficiales de Caracas ó Bogotá. — La noticia de la llegada del crucero francés *Suchet* á Colón, y la de que se esperan otros buques de guerra de otras nacionalidades europeas, hacen expedir á San Francisco de California un telegrama oficial para que el *Iowa* zarpe inmediatamente de aquellas aguas y se dirija á Panamá. — La Prensa americana comenta los artículos del *Petit Journal* y del *Journal des Débats*, que consideran la fingida ansiedad que se manifiesta en los Estados Unidos por los negocios del Istmo, como la máscara con que se disimula la ambición desmedida del imperialismo yanqui, que no ve el momento de echar la garra sobre el territorio en que se halla medio construído ya el canal de Panamá. — El Cónsul de Nicaragua en San Francisco de California declara que su país no hará causa común con Venezuela en el conflicto con Colombia. «Nicaragua—ha dicho—está en paz, y el espíritu revolucionario ha muerto en ella. Además, el Presidente Zelaya se ha hecho muy popular, y no permitiría que Nicaragua se viera envuelta en los trastornos de sus vecinas».

*Agosto 22.*—Mr. Gudger, el Cónsul de los Estados Unidos en Panamá, informa al departamento de Estado que la situación política del Istmo no había cambiado, y seguía temiendo que la pugna entre revolucionarios y fuerzas del Gobierno colombiano originase ataques á los trenes. John Hay partió á Canton á conferenciar con Mac-Kinley. En Inglaterra el *Daily Graphic* sostiene las ambiciones de los Estados Unidos sobre el Istmo, que califica de legítimas, y añade: «Las Repúblicas del Istmo sufrirán la suerte de Egipto, si no modifican su comportamiento antes de que se termine el canal.»

*Agosto 23.*—Los mismos periódicos de Nueva York que publican telegramas de La Guaira sobre movimientos de tropas venezolanas en territorio de Colombia, los anotan diciendo que como el Gobierno venezolano ha establecido una estrecha censura en todas las oficinas telegráficas de la República, el hecho de que esta noticia esté fechada en La Guaira, pone en duda su veracidad. Otras de Curaçao anuncian la salida de



una expedición de 800 hombres transportados de Maracaibo y Coro, para invadir á Colombia por el Río-Hacha. Martínez Silva confirma á Mr. Hay de una manera oficial que el Ecuador mantiene su actitud neutral, siendo inexactos los rumores propalados sobre invasiones en el territorio colombiano por tropas ecuatorianas.

Agosto 24.—Los periódicos *jingos* prosiguen su campaña sensacional, y el *World* publica un telegrama de Puerto Cabello con la salida de una expedición venezolana, armada de excelentes Maüser y ametralladoras con abundantes municiones de los parques de Venezuela para desembarcar en un punto de la costa colombiana, entre Barranquilla y Cartagena.—Martínez Silva declara en el Departamento de Estado que en la revolución de Venezuela no había ni un solo colombiano; que las autoridades colombianas de la frontera habían hecho los mayores esfuerzos para evitar que el territorio de Colombia sirviera de base de movimientos políticos contra Venezuela; por último, que el General Eloy Alfaro, en su mensaje al Senado ecuatoriano, acababa de declarar que «era imposible la guerra entre Colombia y el Ecuador».—El *Mail and Express*, de Nueva York, publica un telegrama de Washington diciendo que el Coronel Hay, desde Canton, residencia veraniega de Mac-Kinley, y con las instrucciones de éste, acababa de ordenar al Encargado de Negocios de los Estados Unidos en Caracas y al Ministro en Bogotá, ofrecieran la mediación del Gobierno de la Casa Blanca para el arreglo pacífico de las cuestiones que han creado el actual conflicto.—Este día llegó á Kingston (Jamaica), de paso para Colón, el cañonero norteamericano *Machias*, y á Puerto España (Trinidad) el crucero alemán *Vineta* con el mismo rumbo.

Agosto 26.—Opiniones de Europa.—El *Times*, de Londres, elogia la actitud de los Estados Unidos, encaminada á proteger sus propios intereses, y espera que el Gobierno de Washington, en conformidad con la doctrina de Monroe, se mantendrá dentro de límites razonables, para que su influencia



moral sea favorable para los países hispanoamericanos. «Los demás Estados del Nuevo Continente — añade — debieran aprender de Méjico, que nada tiene que temer de los Estados Unidos y sí mucho que ganar de la amistad y buena voluntad de la nación más poderosa y próspera del mundo.»—El *Times* anuncia además un *Memorandum* que Venezuela dirigirá á los Gobiernos extranjeros para sincerar sus quejas y justificar su conducta respecto á Colombia.—*Le Temps* y otros periódicos franceses hacen patente que el Gobierno de París no se ha ocupado especialmente de las contingencias á que daría lugar una intervención norteamericana en el Istmo, pues todavía no se había verificado cambio alguno de opiniones sobre el particular entre las Cancillerías europeas. *La Patrie* consagra una sección diaria de su periódico á *La guerre en Amerique*, en la cual inserta los telegramas que de Nueva York se le dirigen, con todas las noticias que después se desmienten ó se rectifican.—También en Alemania hay *jingos*, sobre todo en los pan-germanistas. La *Alldeutschen Zeitung*, órgano de los expansionistas germánicos, dice que el público alemán no se halla satisfecho con que sólo se haya mandado un buque de guerra á las aguas de Colombia.

Su opinión es que el Gobierno imperial debería intervenir francamente en el asunto y disputar en la América meridional la influencia política á los Estados Unidos. Un artículo del Dr. Ernest Kapff, de la escuela colonial de Witzenhausen, publicado por la revista *Die Grenzboten* y escrito en este sentido, ha sido reproducido con comentarios de aprobación por otros muchos periódicos. El Dr. Kapff prevee el momento en que el choque entre el Nuevo y el Viejo Mundo será inevitable, y excita al Gobierno alemán para que, puesto á la cabeza de la coalición europea, se declare protector de la libertad de la América española y se anticipe á tomar posiciones de defensa, pues la lucha intercontinental no hay medio de impedirlo.—Este modo de ver las cosas se censura por los periódicos de opiniones más moderadas. La *Kölnische Zeitung* cree que



esta propaganda compromete á Alemania, pues da á sus adversarios armas con que combatir su influencia creciente. La *Hamburger Nachrichten* le acompaña en esta reprobación.— En la prensa de Italia no se leen sino juicios triviales. *La Tribuna*, de Roma, se atrevió á formular algunos conceptos de crítica acerca de las miras conquistadoras de los Estados Unidos, y un diplomático que ha servido á su país en la Legación de Washington, le dirigió un comunicado para corregir su actitud. Respecto al Gobierno del Quirinal, sólo mandó este mismo día salir de Spezzia el crucero *Dogali* con destino á Centro América, con la misión de proteger á los súbditos italianos y sus intereses ante las contingencias del conflicto entre Colombia y Venezuela.— *La Epoca*, en España, tuvo una voz de aviso, diciendo que si Europa saliera de la actitud indolente que por temor á los Estados Unidos impera en sus Gabinetes hace muchos años, y cuya última expresión ha sido el abandono en que dejó á España en su conflicto con los Estados Unidos, la acción ya solapada, ya audaz, de los *yanquis* no sería posible, y no meditaría por medios inicuos sobre el Istmo despojos análogos á los que sufrió España. No obstante estos juicios de periódico tan mesurado é importante, *Las Novedades*, periódico español que se publica en Nueva York, dirige á quemarropa al Gobierno de Madrid estas preguntas y las reflexiones que le siguen:—«¿Qué pasos, dice, ha dado nuestro gobierno para impedir un conflicto entre Colombia y Venezuela, Ecuador y Nicaragua, países representados en el Congreso Iberoamericano de Madrid? Y si lo acordado en semejantes conferencias ha de ser menos que letra muerta, ¿para qué celebrarlas con tanto lujo de entusiasmo?»

Mientras el *New-York Journal* del día 26 denunciaba un convenio venezolano-alemán secreto, en virtud del que Alemania se opondría á la intervención norteamericana en el Istmo, recibiendo en recompensa la autorización para establecer una estación carbonera en Juan Griego, punto de la isla de Santa Margarita, la *Tribune*, órgano oficioso, de la



misma capital, publicaba un telegrama de su corresponsal en Washington, diciendo que en los círculos diplomáticos se aseguraba «que el conde Von Bülow, Ministro de Relaciones Exteriores del Imperio alemán, había comunicado oficialmente á los representantes de los países del Centro y Sud América en Berlín, que Alemania reconoce la existencia de la doctrina Monroe, percibe también la extensión de su aplicación, y no piensa en oponerse á la construcción del Canal Centroamericano por los Estados Unidos».

Agosto 28.—El telégrafo anuncia la salida de Hamburgo del vapor *Petersend* con rumbo á la Guaira, conduciendo veinte cañones de campaña, algunos miles de fusiles Maüser, municiones y equipos en gran número para el Gobierno de Venezuela.—Las autoridades de Venezuela comunican la desaparición de los insurrectos de la provincia de Coro, habiéndose refugiado con el General Riera, que los capitaneaba, en Curaçao.—Los periódicos de Nueva York publican un despacho de Panamá con la noticia de un encuentro en el Estado de Tolima entre las tropas del Gobierno colombiano y las fuerzas revolucionarias de la misma República.

Agosto 29.—El *Mail and Express* de Nueva York publica el *Memorandum* de Venezuela y la declaración oficial de la guerra á Colombia. La publicación de estos documentos, transmitidos por telégrafo á Europa, hace decir á *La Perseveranza* de Milán: «Con questo *Memorandum*, si entra in una nuova fase, la quale potrebbe anche condurre ad un intervento degli Stati Uniti, non già per farsi arbitri fra i due litiganti, ma per proteggere l'Istmo, como già si é detto.» Otro telegrama de Vancouver anuncia haberse recibido órdenes del Gobierno británico para que saliese inmediatamente para Panamá el acorazado *Authion*, que se estaba repostando de municiones y material de guerra, debiendo acompañarle los contratorpederos *Virago* y *Sparrowhawk*.

Agosto 30.—Los despachos que publican los periódicos de Nueva York describen á Colombia presa de la mayor anar-



quía; mas otros despachos que se les comunican de la Legación colombiana en Washington desmienten estas noticias, afirmando, en cambio, que en Venezuela, donde no ha sido batido, como se había dicho, el Dr. Garviras, era donde la situación se hacía cada vez más grave. Un despacho del Ministro interino de la Guerra, General D. Pedro Osluno, dice textualmente: «Las fronteras de Colombia están defendidas suficientemente, y este Gobierno tiene la certidumbre de que podrá sostener sus derechos y rechazar cualquiera invasión que pudiera ofrecerse.»

Agosto 31.—*La Liberté*, de París, recibe un telegrama de Nueva York en que se afirma que Venezuela está imposibilitada de invadir á Colombia, pues los revolucionarios de Rangel Garviras estrechan cada vez en mayor número al General Castro. El departamento de Estado de Washington vuelve á asegurar que los Estados Unidos no intervendrán en el Istmo mientras el libre tráfico por él no se interrumpa ó no se sientan amenazados los intereses de los súbditos norteamericanos. Un telegrama del Dr. Marroquín, Jefe del Poder ejecutivo de Colombia, á la Legación de París, y comunicados por ésta á *Le Gaulois*, asegura que la situación interior ha mejorado considerablemente y que el temor de la guerra con Venezuela se aleja también cada día más, y puede decirse está eliminado.

Agosto 31.—El Comandante del *Machias* comunica al Gobierno de Washington desde Colón, que todo está tranquilo y que habiendo por sí mismo girado una visita á Panamá, se ha persuadido de que los revolucionarios ni atacan ni atacarán al ferrocarril del Istmo. El *Evening Journal*, de Nueva York, no cesa de publicar noticias telegráficas alarmantes.

Septiembre 1.—El departamento de Estado declara oficialmente que en el Istmo todo está tranquilo. Se da orden al acorazado *Iowa* para que retroceda á San Francisco, quedando sólo el *Machias* en Colón.

Septiembre 3.—El General Cipriano Castro acusa el recibo del ofrecimiento de la mediación de los Estados Unidos. El



mismo día retiró el *exequatur* á los Cónsules colombianos y hace embarcar á su hermano, el General Cecilio Castro, para Europa, á fin de comprar más armamento.

*Septiembre 4.*—*La República*, de Caracas, órgano del Presidente provisional Castro, publica un artículo diciendo «que ha pasado la hora de las notas diplomáticas y ha llegado la hora de la acción». Los telegramas de los periódicos de Nueva York delatan que de Londres se giran á favor del General revolucionario Uribe y Uribe sumas de dinero de mucha consideración. En Minneapolis, el Vicepresidente de los Estados Unidos, Teodoro Roosevelt, con motivo de la apertura de una Exposición local, pronuncia un discurso de gran resonancia política, cuyas tres bases son: 1.<sup>a</sup>, la necesidad que la Gran República del Norte tiene de una gran política internacional; 2.<sup>a</sup>, que la clave de esa política es la doctrina de Monroe; 3.<sup>a</sup>, que la suerte futura de los territorios por donde han de atravesar los canales interoceánicos no puede escapar ni á las exigencias ni á los intereses del desarrollo de esa gran política exterior de los Estados Unidos del Norte.

*Septiembre 5.*—Discurso del Presidente Mac-Kinley en su visita á la Exposición Panamericana de Búffalo. Promesa de la inmediata construcción del canal de Panamá por los Estados Unidos, como complemento del programa de política de expansión comercial que forma el cuerpo del discurso.

*Septiembre 6.*—Agresión del anarquista Czolgosz en Búffalo contra Mac-Kinley.

Aunque desde el brutal atentado de Czolgosz contra el Presidente Mac-Kinley, la muerte de éste y la transmisión del Poder Ejecutivo de la Gran República del Norte al Vicepresidente Rossevelt, los asuntos del conflicto entre Venezuela y Colombia han ofrecido incidentes como el del naufragio del cañonero colombiano *La-Popa*, las alarmas de Calí en la frontera del Ecuador, el refuerzo del crucero norteamericano *Granger* en las aguas de Panamá, el cañoneo de Río-Hacha por parte de los venezolanos, la ruptura del cable entre Cura-



çao y Maracaibo, el envío por parte de Alemania de otros dos buques, el *Stein* y el *Moltke*, á los puertos de Venezuela, la adquisición de nuevo armamento por Colombia, la nueva amenaza hecha por los revolucionarios en armas de atacar simultáneamente á Panamá y á Colón y los pequeños combates de Boca del Toro, y se han emprendido algunas operaciones más activas en las inmediaciones de Río-Hacha, poniendo en cuidado al General Albán, puede decirse que todos estos sucesos no pasan de la categoría de simples escaramuzas, y que no son ni la guerra formal ni el pretexto definitivo. Antes de ser herido Mac-Kinley por Czolgosz, y habiendo Colombia aceptado la mediación de su Gobierno para un arreglo pacífico, todavía por parte de los Estados Unidos se propuso á Venezuela, no ya la mediación, sino el arbitraje del Presidente mismo. Interrumpidas estas negociaciones por la tragedia de Búffalo, la muerte del Presidente y el advenimiento de su sucesor, todo cuanto en el Istmo pasa puede considerarse como hechos insignificantes; pues dando ó no pretexto el conflicto venezolano-colombiano á una cuestión verdaderamente internacional, el asunto no se ha de ventilar ya sino con la intervención moral ó material de los Estados Unidos.

El proceso que minuciosamente queda formado desde los primeros síntomas de la revolución y de la guerra hace ver claramente que el problema ni se aprecia, ni se juzga, ni se discute en los dos mundos, sino por la participación velada ó pública que se le atribuye en él á los Estados Unidos, y en las miras anexionistas que se le suponen con relación á aquellos territorios. No entendemos que la independencia é integridad de las Repúblicas que han tomado lamentablemente para sí el papel de protagonistas del drama, puedan salvarse sin un acto de resolución y de completa unanimidad por parte de las Repúblicas convocadas al Congreso próximo de Méjico, por el que pueda arrancarse á la representación de los Estados Unidos en él la declaración y el compromiso solemne de que la independencia y la integridad de esas dos Repúblicas en divor-



cio, y de todas las demás en la actualidad constituídas, sin exceptuar á la aún nonnata de Cuba, será respetada siempre, sin que conspiren á hacerlas desaparecer y ni siquiera á desmembrar parte alguna del territorio que les pertenece, ni el derecho de conquista, ni la caución en ningún litigio, ni la cesión por venta ni por gracia, ni la anexión por la voluntad de sus moradores, expresadas por medio de ninguna clase de sufragios ni plebiscitos. Como se usa y se abusa del dolo contra todo sentido moral para encender á los Estados en quienes se quiere intervenir, ya en revoluciones interiores asoladoras, ya en conflictos armados de vecindad, las vías de la seducción, de la opresión y del engaño son más fáciles para inclinar, así á los pueblos fanatizados como á los gobernantes corrompidos, y de todas maneras á los que se dominan por el miedo ó se compran por el interés para que cedan los derechos que no son suyos, que son el patrimonio de la patria, el cual sólo en depósito recibe cada generación que se sucede en el imperio de la vida, pero que la honradez y el honor exigen que se conserve íntegro para las que vengan en pos.

Si en el Congreso Panamericano de Méjico las Repúblicas de sangre ibérica no obtienen solemnemente esta declaración y esta promesa,—¡proteste como quiera la Argentina á nombre del peligro de su seguridad!—Colombia y Venezuela, como en Europa anuncian la *Petersburskia Viedomosti*, la *Novoie Uremia* y otros periódicos rusos, y como en Europa aprueban de antemano el *Times*, el *Daily Graphic* y otros periódicos de Londres, serán dentro de poco la presa victoriosa que asegure á Roosevelt el triunfo de su segundo Consulado, cuando espire el poder interino que ahora le toca desempeñar.

IOB.



# REVISTA DE REVISTAS

---

SUMARIO.—RELIGIÓN Y MORAL: La vida y la doctrina de Jesús, según Tolstoi.—COSTUMBRES: La baraja y la política.—BELLAS ARTES: Sillerías de coro españolas.—Los modelos italianos.—CUESTIONES SOCIALES: Las mujeres de los condenados y el divorcio.—IMPRESIONES Y NOTAS: Renán y Julio Simón.—*Laboremus*, de Bjornson.

## RELIGIÓN Y MORAL

LA VIDA Y LA DOCTRINA DE JESÚS, SEGÚN TOLSTOI. -- En la *Revue Bleue* aparece un trabajo de Tolstoi, doblemente interesante por la firma que lo avalora y por el asunto de que trata. Es algo así como una reconstitución de la vida y de la doctrina de Jesús, desde el punto de vista de la concepción cristiana de Tolstoi, en el que se encuentra, como en casi todas las obras del ilustre ruso, afirmaciones paradójicas, vistas geniales, conceptos sublimes y explicaciones de hechos, á veces atinadísimas y otras veces desacertadas, como todo lo que es producto de una idea preconcebida á la que se quiere subordinar todo.

Jesús llamaba de niño su Padre á Dios. Habiendo oído las predicaciones de San Juan Bautista, se retiró á meditar al desierto, y después de permanecer en él varios días sin alimento, pensó: «Yo soy hijo de un Dios omnipotente y debo ser tan



poderoso como él; pero tengo hambre y mi voluntad no puede proporcionarme pan; luego no soy omnipotente. No puedo convertir en pan las piedras, pero puedo abstenerme de comer pan; luego soy omnipotente por el espíritu, porque puedo vencer la carne; luego soy Hijo de Dios, no por la carne, sino por el espíritu; mi carne debe, pues, servir al espíritu, que es mi Padre.»

La cláusula principal del convenio entre los hebreos y su Dios, era la observación del sábado; pero Jesús dijo: «El sábado es institución humana; una buena acción debe ejercitarse siempre, y si el sábado se opone á ello, es por ser una mentira.» Otra cláusula versaba sobre la separación del pueblo hebreo de los infieles; pero Jesús dijo que Dios mandaba que los hombres se amasen y no se sacrificasen unos á otros. Otra cláusula imponía las abluciones y purificaciones; pero Jesús dijo que el hombre no se mancha exteriormente, y que sus verdaderas máculas no pueden proceder sino de lo que piensa y de lo que hace.

Habiendo ido á Jerusalem, entró en el templo y dijo que no debía honrarse á Dios en un sitio determinado, siendo inútil el templo, y el culto exterior un engaño nada más. No conocemos á Dios, creador del mundo exterior, principio y fin de todas las cosas. Todo lo que podemos comprender de El es que ha sembrado en nosotros el espíritu como un labrador siembra en su tierra; y la semilla que ha caído en un terreno fértil germina, y la que ha caído en un terreno árido perece. El espíritu es el único que da la vida, y de nosotros depende conservarla ó perderla; el mal no existe para el espíritu: no hay más que la vida y la no-vida.

Jesús enseñaba en qué consistía la verdadera dicha diciendo: «Dichosos los que no tienen bienes, ni honores, ni cuidados de todo eso; felices los que cumplen la voluntad del Padre.» El primer mandamiento es el de no ofender á nadie ni provocar el mal ajeno, porque el mal engendra el mal; el segundo, el de no desear mujeres ni abandonar á aquella con



quien se vive; el tercero, no jurar, porque el hombre no puede prometer nada; el cuarto, no resistir al mal, sufrir las ofensas y hacer más todavía de lo que exigen los hombres; el quinto, no distinguir entre sus compatriotas y los extraños, porque todos somos hermanos. Estos cinco mandamientos deben observarse, no para merecer la aprobación de los hombres, sino por el propio bien. Por eso no se debe tampoco orar ni ayunar en público; Dios sabe todo lo que necesitamos, y no tenemos nada que pedirle, bastando con que cumplamos su voluntad. Para vivir, el hombre no tiene que cuidarse del alimento ni del vestido; Dios proveerá á todo.

Jesús pidió un día de beber á una mujer de otra secta que la suya, y aquella mujer se negó so pretexto de que tenía otra religión; Jesús la dijo: «Si comprendieses que quien te pide de beber es un hombre en quien reside el espíritu del Padre, no te negarías á darle agua.» Cuando volvió á Jerusalem encontró junto á una piscina á un enfermo que no quería hacer ningún remedio, esperando su curación de un milagro. «No esperes—dijo Jesús—á que un milagro te cure; vive mientras tengas fuerzas y no te equivoques sobre el sentido de la vida.» Y el enfermo se levantó y se fué.

Otra vez, habiendo ido al desierto seguido de gran multitud, los discípulos le preguntaron: «¿Cómo alimentar á tanta gente?» Entonces Jesús dijo á sus discípulos: «Dadme todo el pan que tengáis.» Tomó el pan, lo repartió á sus discípulos, éstos lo dieron á los demás, los demás imitaron el ejemplo, y todos comieron, y sobró pan, porque con lo que unos tenían de sobra, se satisfizo la necesidad de los que no habían llevado nada. «Obrad siempre así—dijo Jesús—dando á los demás lo que tengáis.»

La muerte corporal no debe ser temida, porque la verdadera vida no depende del cuerpo. No hay cuidado alguno, ni la salud corporal, ni los placeres, ni la familia, que pueda impedir al hombre vivir por el espíritu. Cuando Marta reconvenía á María porque no la ayudaba á preparar la comida, ab-



sorta en escuchar á Jesús, éste la dijo: «Haces mal en regañar; cuídate tú de lo que te da cuidado, pero deja á los que desdennan las satisfacciones del cuerpo ejecutar la única obra necesaria para la vida.»

Del mismo modo sigue interpretando Tolstoi los Evangelios hasta llegar á la crucifixión, reconstituyendo una figura de Jesús conforme á su concepción del Cristianismo.

## COSTUMBRES

LA BARAJA Y LA POLÍTICA.—Entre las peticiones presentadas á la Cámara francesa últimamente figura la del Sr. Guillemard, maestro retirado, que quiere acabar con el monarquismo hasta en las barajas, reemplazando los cuatro reyes, reinas y lacayos por los cuatro primeros Presidentes de la República: Thiers sería el rey de *pique* con Ceres de dama; Mac-Mahon, rey de *carreau* con Juana de Arco por dama; Grevy, rey de *trèfle* con la República de pareja, y Carnot, rey de *cœur* con Francia de compañera; los cuatro pajes (sotas) serían reemplazados por agentes de policía, menos Mac-Mahon, que tendría un ayudante.

No es Guillemard el primer republicano á quien se le ocurre la idea de suprimir los reyes de baraja, como dice Enrique Frichet. Proyectos semejantes han existido, no ya sólo á cada cambio de régimen, sino con motivo de sucesos menos importantes, como por ejemplo, la muerte de Víctor Hugo: una baraja de 1888 estaba destinada á conmemorar la gloria del inmortal poeta, que figuraba en ella en el puesto de honor, como rey de *cœur*, teniendo de compañeros á Thiers, Mac-Mahon y Grevy; las damas representaban la Ciencia, el Comercio, la Industria y la Agricultura, y los *valets* ó sotas eran Moliere, Voltaire, Racine y Gambetta.

El año 1889, centenario de la Revolución, no podía pasar sin inspirar á alguien el propósito de inventar algo nuevo en



materia de barajas y en son de protesta contra la realeza destronada; y en efecto, un tal Lenoir propuso lanzar al mercado las «verdaderas cartas republicanas». En este nuevo ensayo los palos eran designados con los nombres de Libertad (*cœur*, oros), representada por una estrella; Igualdad (*carreau*, copas), representada por un compás y una escuadra; Fraternidad (*trèfle*, bastos), figurada por dos manos, y Socialidad (*pique*, espadas), simbolizada en el gorro frigio; los reyes se llamaban *fundadores*, y eran Guillermo Tell, Washington, Bruto y Camilo Desmoulins; las damas ó reinas se llamaban *virtudes* y eran las cuatro que daban su nombre á los palos, Libertad, Igualdad, Fraternidad, Socialidad; y los pajes ó sotas, con el nombre de *sostenes*, eran los símbolos de la Agricultura, la Justicia, el Ejército y el Trabajo. El decreto de 28 de Marzo de 1889 prohibiendo la fabricación de cartas diferentes de las reconocidas como oficiales puso fin á estas tentativas, teniendo que contentarse los enemigos de la tradición con llamar á los reyes *tiranos* y á los pajes *lacayos*, diciendo con mucho énfasis al jugar: «¡Catorce de tiranos y tres lacayos!»

Las cartas, como el ajedrez, proceden de Asia y han sido introducidas en Europa á fines del siglo XIII por los bohemios, conocidos en Oriente con el nombre de Sah Indos, y llamados gitanos en España, egipcios en Escocia, zíngaros en Italia, y tzínganos á orillas del Danubio. Ellos son los que han traído de Oriente las barajas *tarot*, que luego se han modificado entre nosotros. El loco, los reyes, los caballeros son piezas del juego de ajedrez, que es indio. El papel del loco, análogo al de la cifra cero, es prueba de su origen oriental, como es oriental la idea de desgracia afecta al número 13, siendo la carta de la Muerte la que lleva el número 13 en la serie de los símbolos. El tarot consta de 78 cartas, de las que, descontado como cero el loco, las 77 restantes están basadas en combinaciones con el número cabalístico 7. Las primeras barajas chinas están también basadas en el mismo número; pero en Europa, si es que aparecieron al principio con el carácter profético y adivi-



natorio del tarot oriental, no tardaron en convertirse en simple juego, que ha dado lugar á mil ingeniosas combinaciones para entretener más ó menos desinteresadamente á los hombres.

## BELLAS ARTES

SILLERÍAS DE CORO ESPAÑOLAS.—Interesante, breve y rico en datos, como todos los suyos, es el artículo que en el *Boletín* de la Sociedad Española de excursiones publica su infatigable Presidente, D. Enrique Serrano Fatigati.

Como modelos de sillerías ojivales cita las siguientes: 1.<sup>a</sup> La de Zaragoza de la Seo, de 1412 á 1449, con altos respaldos, ligeros arabescos, columnillas góticas y medallones de figuras en los brazos, trabajado todo por los moros Alí Arrondí, Muza y Chamar, y luego por Juan Navarro, los hermanos Gomar y Francoy. 2.<sup>a</sup> La de la Catedral de Barcelona, con respaldos lisos, escudos pintados y altos doseletes de caballeresco aspecto; las sillas fueron ejecutadas por Matías Bonafé en 1453, y los doseletes por los artistas alemanes Miguel Locher y su discípulo Juan Frederic. 3.<sup>a</sup> La de la Cartuja de Miraflores, junto á Burgos, trabajada de 1486 á 1489 por Martín Sánchez. 4.<sup>a</sup> La de Santo Tomás de Avila, casi igual y de la misma mano que la anterior. 5.<sup>a</sup> La del Monasterio de Oña, á la que van unidos los espléndidos templetos de las ocho urnas de personajes reales de ambos lados del crucero. 6.<sup>a</sup> La de Santa María del Campo, en la provincia de Burgos.

Al lado de estas sillerías, que son las más típicas, pueden colocarse la de Tarazona, la conopial de Segovia, los restos de la de Mejorada, hoy esparcidos en diversas iglesias de Olmedo, y otras varias.

Las sillerías del período de transición son interesantísimas, siendo su rasgo dominante el carácter enciclopédico de las tallas de sus paciencias ó misericordias, fiel legado de los capi-



teles cluastrales de mediados del siglo XII y principios del XIII. Las más importantes son las dos de Rodrigo Alemán, conservadas en Plasencia y en Ciudad Rodrigo, de fines del siglo XV y comienzos del XVI: en la primera se ve representado un auto de fe, varios oficios, muchachos jugando al moscardón, una dama solicitada por un fraile y defendiéndose de sus acometidas, otra escena semejante entre otra dama y un paje, una mora de espaldas seguida por un cerdo, un guerrero á gatas azotado por una mujer, y la suerte de la espada en el toreo; en la de Ciudad Rodrigo se ve un mono tocando el tambor, cerdos orando é hilando, cerdo con capilla escribiendo, cerdo leyendo, frailes con alas de murciélago, lucha de un toro y un tigre, tres salmistas con cuerpos de odre, un mono con mitra, un diablillo con mitra y báculo, un niño montado en un palo con cabeza de caballo, un dromedario, un carnicero matando una res, un cerdo capilludo tocando la gaita, la fábula de la zorra y la cigüeña, y muchas otras escenas semejantes.

Al lado de estas notables sillerías merecen figurar la de la catedral de Zamora, con hombres golpeándose, cerdos en variadas actitudes, zorra frailuna predicando á las gallinas y guardándose los pollos, etc.; la de León, con personajes en ce-  
pos, el diablo confesor tentando al penitente, dama que sube á su galán por una cuerda, mujer dando de mamar á un asno, figura trifacial, campesina hilando, etc.; la de Astorga, con la lucha del águila y el cocodrilo, muchachos disputándose un palo, combate de un hombre con un monstruo, mono peinando á una mona, jugadores de cartas, murciélago, etc.; la de Oviedo y otras. La de Santa María de Nájera y la de San Benito de Valladolid ocupan también un lugar intermedio, aunque de distinta fase.

Al período del Renacimiento pertenecen muchas, clasificadas por la influencia borgoñona, italiana ó española, que personifican Felipe de Vigarny, Alonso Berruguete y Guillermo Doncel, pudiéndose añadir la flamenca de Cornelis de Holanda. Como tipos de estas sillerías pueden citarse la alta de Toledo,



conocidísima, hecha á medias por Berruguete y Vigarny; la de Burgos, con el milagro del gallo y la gallina y la escena del diablo que se lleva áuestas un prelado; la del Parral, con escenas apocalípticas; la de Avila, la del Pilar de Zaragoza, la de menores de la Cartuja de Burgos, la de la Catedral de Pamplona, de Ancheta; la de San Marcos de León, de Doncel; la de Huesca, de Verástegui y Verrueta, y otras varias, algunas de las cuales tienen retoques ó adiciones de siglos posteriores, como sucede con las de Palencia, Sevilla y Astorga.

En las sillerías de épocas más cercanas á nuestro siglo domina el estilo greco-romano ó pseudo-clásico y el barroco más ó menos pronunciado, como sucede con las de Santiago, hecha en 1603 por Juan de Vila; Salamanca, de Alfonso Balbás en 1651; Orihuela, de Juan Bautista Borja de Valencia en 1692; Segorbe, de Nicolás Camarón en 1692; Lérida, de Luis Bonifar y Massó, nacido en 1730, y la de Córdoba, de Pedro Duque, ambas del siglo XVIII.

\*  
\* \*

LOS MODELOS ITALIANOS.—Todavía no se ha olvidado—dice en *La Revue Paulucci di Calboli*, Secretario de la Embajada de Italia en París—la frase mortificante pronunciada por un escritor del segundo Imperio: «Italia, que antes era un modelo de países, es ahora un país de modelos.» Italia inunda, en efecto, de modelos los talleres de los artistas de todos los países, siendo Francia la nación que mayor consumo hace de los mismos.

El origen de los modelos se confunde con el de la pintura y la escultura; baste recordar el ejemplo clásico de Zeuxis y su retrato de Elena, depositado en el templo de Juno, de Crotona, y formado por el conjunto de perfecciones que el artista tomó de cada una de las más hermosas vírgenes de la ciudad que le sirvieron de modelo. Entonces, sin embargo, no se trataba de una verdadera profesión, sino de servir de modelo por



puro amor al arte y á la religión, como en el ejemplo citado, ó de simple vanidad, como en el caso de Lais al permitir á los escultores moldear su turgente seno, ó bien de afecto al artista, que era el caso más frecuente, como lo prueban Elpínica con Polignoto, Campaspes con Apeles y Glicería con Pausias.

El estudio del natural desaparece con el paganismo. El artista cristiano sólo se preocupa de santos y de mártires y desdén el estudio del cuerpo humano, sobre todo del desnudo, y principalmente de la mujer, causa del pecado. Italia fue la primera en volver por los fueros de la naturaleza, ignorándose si fue Giunta ó Cunabe quien resucitó la práctica del estudio del natural, que no tardó en generalizarse. El modelo no se niega ya al pincel ó al cincel del artista, y sus tipos suelen ser, como antiguamente, su hija, su mujer, y, sobre todo, su amiga: Fra Filippo Lippi se inspira en el bello contorno del rostro de Lucrecia Buti, Andrés del Sarto en la graciosa abertura de la boca de Lucrecia del Fede, el Ticiano en las hermosas curvas de las carnes de Violante, y el Perugino y Rafael en la radiante belleza de Clara Fancelli y de la Fornarina. Todavía no existe la profesión de modelo, ni se conocen hasta el siglo xvii modelos de oficio, que coinciden con la fundación del premio de Roma por Luis XIV, desarrollándose especialmente en la segunda mitad del pasado siglo. El sistema de los *padroni* mostró lo mucho que podía ganarse con la exportación de la mercancía, y París, que hasta entonces apenas había visto más que modelos romanos, importados por los artistas premiados de la escuela francesa de Roma, se vió inundado por centenares de jóvenes de ambos sexos de la Campania y la Basilicata, hasta que la ley de 1873 vino á poner coto á semejante explotación. El impulso, sin embargo, estaba dado, y la corriente siguió su curso, sólo que, en lugar de venir los modelos consignados á sus *padroni*, vinieron con sus padres, emigrando en masa las familias.

Al lado del modelo italiano, que ha monopolizado durante un siglo el oficio, ha surgido el modelo francés, y merced por



una parte al jingoísmo, y por otra á la nueva dirección del arte, que prefiere la mujer histérica, neurótica, sin pechos ni caderas, á las formas clásicas, los modelos italianos han pasado al segundo rango, aunque pintores y escultores amalgaman las perfecciones de unos y otros, dando al rostro de la parisién de Montmartre los senos de mármol de la italiana, y recibiendo la cabeza de madona de la Trastiberina el talle esbelto y el elegante corte de la parisién.

Contra la opinión general, el oficio de modelo es más difícil de lo que parece. Hay que sufrir físicamente el tormento de la inmovilidad absoluta durante muchas horas, con el solo descanso de diez minutos de hora en hora; hay que comprender al artista á media palabra que diga, dando así prueba de tener el alma de un artista y el juego de actitudes de un músico. En cambio, si el oficio es difícil, el aprendizaje es fácil: se empieza á trabajar apenas se nace, ganándose la vida á los pocos meses haciendo de amor ó de angelito para subir poco á poco la escala, acabando por representar al Padre Eterno. Las sesiones de bebés duran afortunadamente poco, y para el premio Chenavard se emplean modelos italianos de dos años, á quienes se concede amplios descansos; pero cuando el niño tiene ya tres años, se le suele obligar ya á un trabajo de cuatro horas diarias, demasiado fatigoso para él. La vida empieza para estas criaturas de bien triste modo.

Por numerosos que sean los modelos que llaman á las puertas de las Academias, son muy pocos los elegidos; y el famoso cuadro de Fortuny, *La elección de modelo*, nos muestra el suplicio refinado de la pobre criatura desnuda, estudiada minuciosamente por todos lados por aquellos viejos profesores. La mercancía desechada por los grandes consumidores, se ofrece entonces al pequeño negociante y se convierte en objeto regular de un mercado abierto, pues en París hay verdaderos mercados de modelos como el de la calle de la Grande Chaumiere y el de la plaza Pigalle.

¿Qué suelen ganar los modelos? La mujer—caso raro—gana



en París generalmente más que el hombre, porque las Venus son más escasas que los Hércules ó los Apolos. En Italia é Inglaterra ganan ambos sexos lo mismo, y en el Japón se ha fijado la tarifa de seis *sen* diarios (medio real) por un bebé, 40 por una joven, y 60 por un joven. En París, la Academia de Bellas Artes, aunque no llega á la esplendidez de la de Londres, que abona 10 chelines por dos horas, es más generosa que la del Japón; las mujeres reciben 36 francos semanales por cuatro horas diarias de trabajo; los hombres cobran 30 francos, y los niños 15. En las Academias particulares suelen percibir de 20 á 24 francos si trabajan cuatro horas de la mañana, de ocho á doce, y 18 ó 20 francos si la sesión es por la tarde. Los hay que teniendo otras ocupaciones por el día, trabajan de ocho á diez de la noche por el salario semanal de 12 francos; pero son muy pocos, porque para poder servir á la luz artificial, necesitan tener hermosas y bien marcadas líneas. Entre los artistas, el precio corriente es el de cinco francos la mujer y cuatro el hombre, por cada sesión de cuatro horas; sólo hay tres modelos varones, franceses los tres, que cobran también cinco francos. Claro es que tratándose de verdaderas bellezas no hay precio fijo, y así se explican fortunas como la del célebre Dubosc, que llegó á formarse en cincuenta y cinco años de trabajo un capitalito de 200.000 francos, y como la de *la bella Francesca*, que consiguió retirarse á Italia con un capital de 500.000 francos.

Además de la competencia que los modelos se hacen entre sí, hay que contar con la competencia de los *blak-legs*, ó modelos de ocasión, frecuentemente preferidos; y no hay que olvidar la estación *muerta*, desde los envíos al Salón de Abril, hasta el invierno, época de huelga forzosa, en la que los pobres modelos tienen que dedicarse á otro oficio, haciendo de zapateros, limpia-botas, organillistas y cantores. Esta inestabilidad del oficio y estos apuros no son los más á propósito para garantizar la moralidad de las costumbres de los modelos, especialmente de las mujeres. Estas, sin embargo, suelen



ser de reconocida probidad y honradez, en lo que toca á las leyes de derecho común; pero en su vida privada dejan no poco que desear. ¿Qué va á pedirse á una joven, obligada por su oficio á ser instrumento de tentación? Sus padres las vigilan por codicia, pues si su cuerpo se deforma por algún embarazo, el modelo se inutiliza; pero si á veces conservan la virginidad material, ¿cómo exigirles que conserven la virginidad de espíritu? Convencidas todas de la verdad del axioma de Diderot, de que lo indecente no lo hace el desnudo, sino el vestido, jamás se visten ni se desnudan en presencia del artista.

¿Qué vida hacen los modelos? ¿Cuál es su presupuesto de gastos? Los que lo pasan mejor, comiendo en su casa, se alimentan con macarrones, sopa de cebolla, pimientos y tomates, y á veces con fritos, pescado y queso, regalándose los domingos con el clásico plato de cabeza de cordero. Los hombres comen peor que las mujeres, tomando un poco de pan y fruta al ir al trabajo, ó bien gastándose siete ú ocho sueldos en un *ordinario*, compuesto de caldo, carne y legumbres. Los hay tan pobres, que van por la mañana al mercado á rebuscar como los perros su alimento entre los desperdicios. A veces una familia entera de cinco á siete personas, tiene que vivir con lo que gana un solo individuo, que muchas veces no encuentra trabajo más que dos ó tres días por semana.

En cuanto á viviendas, generalmente habitan cuartos compuestos de una sola pieza, que hace de alcoba, sala y comedor para todos; para ganar sitio han inventado las camas de dos pisos, poniendo los catres al revés y colocando unas tablas encima. Los cuartos son pintorescos, porque los modelos tienen colgado su repertorio de trajes de las paredes; pero está todo tan sucio, y los modelos mismos están tan llenos de suciedad, que se hace repugnante visitarlos. El número de los modelos italianos existentes en París, que en 1888 calculaba en 500 Hugues Le Roux, se hace hoy ascender, por los cálculos de los modelos mismos, á 1.000 ó 1.200, estimando di Calboli algo exagerada esta cifra, y optando con arreglo á sus datos



y averiguaciones por la de 800 á 850, la mayor parte procedentes de la Campania y de los Abruzzos.

## CUESTIONES SOCIALES

**LAS MUJERES DE LOS CONDENADOS Y EL DIVORCIO.**—Un hombre—dice en la *Rivista de Diritto penale e Sociologia criminale*, de Pisa, el magistrado de Sanctis— se rebela contra la ley y ofende al prójimo; la ley afirma el derecho ofendido, y prende, juzga y condena al rebelde. El condenado expía su culpa en la cárcel, donde nada falta de lo que es indispensable para la vida; pero muchas veces no es él el único que sufre el castigo de su crimen, sino que tiene una mujer y tiene hijos á quienes falta, con su encarcelamiento, el pan aportado por su trabajo. ¿Qué hace la sociedad por la mujer del delincuente? El Código la entrega la autoridad del jefe de familia, de que despoja al reo, pero eso es todo; y eso es muy poco. La mujer puede administrar sus bienes; pero ¿qué bienes, si no tiene ninguno? La ley asegura al culpable el sustento, y prepara á su inocente mujer la senda del precipicio.

Aun tratándose de mujeres á quienes la prisión del marido no condena á la miseria y á la prostitución, el Código resulta injusto é incompleto. El amor es el efecto de la unión del egoísmo con el altruísmo; necesita que cada individuo concurre con su gentileza, con su gracia, con sus virtudes, con su propio sacrificio al bienestar del otro; el amor es deseo de posesión entera, espiritual y material. Alejado uno de los esposos, falta á la sociedad conyugal el primer elemento de vida; el alejamiento, que se comprende y se soporta cuando urgentes necesidades lo imponen de un modo transitorio, se hace insoportable cuando es duradero y lo impone la ley como castigo; la causa que lo produce suele ser debida á la conducta del esposo, y es además deshonrosa, llevando aparejada la des-



estima; y cuando una persona deja de estimar á otra, el amor muere.

Un hombre, y es el caso más frecuente, se entrega al juego y al vino, é indiferente ante las lágrimas de su mujer, se perverte con malas compañías y llega un día en que comete un crimen, y la ley le condena á veinte años de reclusión. Está bien; pero ¿y la mujer? La mujer es joven y bella, tiene corazón, nervios y sangre; el marido está encerrado, y ella queda en medio de la vida, con todas sus asechanzas, seducciones y estímulos; ella, que ya había luchado contra sus impulsos de rebelión al ver á su marido despreciar sus lágrimas, no puede ya estimarle, y con la estimación siente perder su antiguo amor; y piensa que veinte años son una eternidad, son toda su juventud, con sus sonrisas y entusiasmos, sus delirios y sus misterios.

Y no se invoque la virtud del sacrificio, porque el sacrificio sólo se ejercita por quien lo merece; se comprende la joven viuda, atrofiando sus sentidos con incesantes lágrimas, y permaneciendo fiel de alma y de cuerpo al marido difunto; se comprende también la mujer del delincuente ocasional, que en un momento de arrebató comete un crimen, y á quien la esposa conserva fielmente su estimación y su afecto; pero, aparte de que ni aun en estos dos casos son frecuentes los ejemplos de fidelidad, ¿cómo puede pretenderse el sacrificio en mujeres para quienes el nombre del marido es sinónimo de ofensa y de deshonra, mucho más cuando se trata de mujeres generalmente incultas, poco avezadas á exquisiteces ideales? No, no es posible que la ley imponga á la mujer tamaño sacrificio.

Y luego está la miseria. En vano preguntan los niños: «¿por qué no viene papá? ¿Dónde está papá?» Papá no vuelve y el blanco mantel no se extiende sobre la mesa, y los niños desgarran el corazón de la madre pidiendo pan, el pan que falta. Y pasan los días, y la pobre mujer trabaja como esclava, sin lograr casi nunca atender á las necesidades de la casa por lo



mal retribuido del trabajo mujeril; y ocurre casi siempre que la esposa del condenado, después de haber empeñado y vendido lo poco que tiene, se rinde en la heroica lucha, y entrega su cuerpo para poder ganar su vida. Y he ahí el hecho inmoral; pero ¿quién lo ha producido?

Y no se crea que estas son escenas pintadas de propósito para impresionar: de cien mujeres de penados, jóvenes y bellas, ochenta por lo menos caen vencidas de este modo. ¿Quién no conoce la suerte de las mujeres de los criminales? Casi siempre su calvario comienza con la prisión misma del marido, obligadas á buscar defensores y recursos; y como si esto no bastara, el marido mismo, con sus cartas gemebundas, pidiendo mejora de sus alimentos, viene á empujarlas por la fatal pendiente; porque ¿de dónde va á sacar una pobre mujer recursos y medios, no sólo para vivir ella misma, sino para atender á tales exigencias, como no sea de la venta de su hermoso cuerpo juvenil?

El marido, sin embargo, después de quince ó veinte años de ausencia, al volver libre á su casa, tiene la pretensión de encontrar á su mujer pura é intacta, volando á su encuentro, como las damas de los tiempos heroicos salían á recibir á sus maridos de regreso de las Cruzadas. Y ocurre con frecuencia que el marido, sabiendo ó viendo la infidelidad de su mujer, arma su brazo y mata... y la sociedad aplaude... y los jurados absuelven... ¿No es esto sumamente inmoral y atrozmente vil?

No hay para semejante estado de cosas más que un remedio: el divorcio. Condenado un cónyuge á una pena de más de diez años, el otro debe tener el derecho de reclamar la disolución del matrimonio. No se pide el divorcio como pena accesoria, sino como derecho ejercitable por el cónyuge inocente.



## IMPRESIONES Y NOTAS .

RENÁN Y JULIO SIMÓN.—Tomada de *Los primeros años de Julio Simón*, memorias del eximio moralista que la piedad de sus hijos ofrece al público, he aquí una anécdota histórica digna de ser recogida en estas páginas, por la valía de los personajes y por su fondo mismo:

Una mañana en que Julio Simón, ya ilustre, estaba en su despacho, se le presentó un joven eclesiástico, de aspecto tímido y aire embarazado, que después de haberse dado á conocer con el nombre de Ernesto Renán, declaró que había ido á consultar con Julio Simón un asunto muy grave.

—¿Cuál, Dios mío?—preguntó el autor de *La Moral*.

—He perdido la fe—respondió Renán lanzando un profundo suspiro.

—¿Y vaciláis sobre el partido que debéis tomar?

—Absolutamente. Estoy enfermo de ello.

—La cosa, sin embargo, me parece muy sencilla: desde el momento que no creéis, no podéis permanecer en el seminario de San Sulpicio.

—Sí, eso es lo que yo me digo á mí mismo; pero tengo escrúpulos que me detienen.

—En conciencia no debéis tenerlos.

—¡Son de naturaleza tan delicada!... Tengo un tío hermano de mi madre, y él es quien ha pagado hasta aquí los gastos de mi educación. A la muerte de mi pobre padre, mi madre quería sacarme del seminario; mi tío no quiso, y dijo que él se encargaba de todo, y que más tarde, cuando fuese yo cura, le reembolsaría como pudiera de sus gastos. De modo que si ahora renuncio á la vida eclesiástica, me pregunto cómo podré devolverle lo que ha gastado por mí, y si no está mal hecho frustrar así sus esperanzas.

—Os repito—le dijo Julio Simón, que escuchaba conmovido y confundido aquella confesión—que no podéis continuar



en San Sulpicio sin cometer un sacrilegio. La cuestión de intereses nada tiene que ver en este asunto. Sois deudor de vuestro tío, desde luego; pero sería un crimen persistir en lo que vuestra conciencia rechaza. Volved al siglo, y ya reembolsaréis á vuestro tío cuando podáis y como podáis.

—Está bien—dijo Renán llorando.—Acabáis de descargarme de un peso enorme. Voy á hacer lo que decís. Hasta la vista, y gracias.

\*  
\* \*

«LABOREMUS», DE BJORNSON.—En la *Grande Revue*, de París, ha publicado la señora Remusat la traducción de la última obra del dramaturgo nórdico Bjornson.

El argumento es muy sencillo: una mujer que adoraba la música estaba enferma, y creyendo su familia que la música podía curarla, hicieron venir á una gran pianista que todos los días consagraba á la paciente una sesión deliciosa, gracias á cuyos efectos logró aliviar su padecimiento. Desgraciadamente, con los progresos que hacía la curación, coincidían los que hacía la conquista del corazón del marido de la enferma por la pianista; el marido, prendado del arte y de la artista, olvida sus deberes, y la pobre enferma muere sin poder resistir aquel terrible golpe. El espectro de aquella desgraciada y la aparición de otros personajes, turban el alma de los culpables, y los tres actos del drama se desarrollan sin encadenamiento ni trabazón entre brumas de observaciones y análisis psíquicos, situaciones lánguidas y diálogos sin movimiento.

FERNANDO ARAUJO.



## NOTA BIBLIOGRÁFICA

---

**La mala vida en Madrid. Estudio psico-sociológico** por C. Bernaldo de Quirós y J. M. Llanas Aguilaniedo. Un vol. 361 págs.—Madrid: Rodríguez Serra, editor; 1901. Su precio, 4 pesetas.

¡Así se trabaja! Eso es lo que se me ocurre decir á los simpáticos autores de este libro al volver la última página del mismo. ¡Así, así! Es verdaderamente hermoso el ejemplo que á nuestra juventud ofrecen estos dos infatigables *estudiantes*, autor ya el uno, Quirós, de otro libro, *Las nuevas teorías de la criminalidad*, que la crítica científica europea recibió con simpatía y aplauso; y el otro, de otro, *Alma contemporánea*, al que la crítica literaria dispensó una acogida excepcionalmente buena. Son estos jóvenes de los que demuestran el movimiento andando, es decir, de los que no andan buscando recetas para regenerar el país, sino que lo regeneran del único modo como la regeneración es posible: trabajando, trabajando y trabajando en serio, procurando emplear procedimientos de los que emplean las gentes que en el mundo culto trabajan en serio.

El libro *La mala vida en Madrid* merece aplauso por el asunto y aun por el desempeño. El asunto es de los que atraen en todas partes, con atracción irresistible, lo mismo al sociólogo que al moralista, al filántropo que al pedagogo: ¿cómo no? Hay crímenes, hay perversión moral, hay cáncer social, allá en lo más hondo y obscuro de las sociedades humanas: todos sienten sus efectos, todos somos en parte causa ó condición de los mismos: la conciencia pide remedios; pero una conciencia reflexiva exige que, ante todo, nos enteremos ó, por lo menos, que á la acción curativa incesante acompañe una acción investigadora positiva, real, que ofrezca, como resultados de sus vigiliass y esfuerzos, la pintura exacta del mal en sí mismo y en sus orígenes. Los Sres. Quirós y Llanas se han dedicado con una fe digna de su empresa, infinitamente piadosa y cari-



tativa, á esta labor de investigación de los *fondos* podridos y fétidos de una ciudad grande como Madrid, tan *original* y típica, por mil razones de atraso moral y material: y en el libro de que hablo presentan al desnudo con el lenguaje propio, sin ropajes retóricos que aquí resultarían repugnantes, el resultado de sus excursiones por los campos del vicio y de la miseria. Que el moralista se entere y diga el remedio, que remedio hay. Lo indican harto brevemente, es verdad; pero señalando una orientación segura nuestros jóvenes autores, «sería preciso—dicen—una gran penetración de clases, un contacto continuo, una vida íntima, por efecto de la cual, recibiendo la piedad y la enseñanza de las almas de buena voluntad, el pueblo perdiera su ignorancia, su superstición, su grosería, sus vicios, su suciedad...»

El cuadro que comprende *La mala vida* de las *gentes* que forman el ejército de viciosos y criminales actuales ó posibles de Madrid, es muy completo: han hecho en este punto un trabajo indicativo de la mala vida, interesante en extremo. Abandonados, inadaptables, caídos, *golfería* multiforme, prostitutas, ladrones, todo un enjambre de hombres y mujeres, de pobres niños, perdidos para el bien, desfila por las páginas á veces vivas y reales del libro de Quirós y Llanas. Han visto estos jóvenes mucho y con cuidado. ¡Lástima que no hubieran procurado describir con más arte y componer con mejores proporciones su obra! Estoy en este punto conforme con mi amigo Dorado, cuando al criticar este libro advierte que acaso hay en él demasiada doctrina, ó por lo menos que la abundancia de ésta pone muy en segundo término, lo que, después de todo, constituye el núcleo principal de la labor del libro: la descripción realista de la gente de mal vivir en Madrid.

De todas suertes, este defecto es explicable y hace, por otra parte, honor á los autores, pues revela en ellos la preparación científica necesaria para acometer con más fruto otras empresas de la índole de las que su libro supone.

A. POSADA.



## INDICE

---

	<u>Págs.</u>
<i>Su Majestad</i> (novela), segunda parte, por Luis Couperus.....	5
<i>Poetas americanos: Mi alma en el mar</i> (pequeño poema), por Luis Fernán Cisneros.....	47
<i>La reforma del castellano</i> , por Miguel de Unamuno.....	55
<i>Viaje de la Embajada española á la corte del Sultán de Marruecos</i> , por Rafael Mitjana.....	64
<i>El Derecho internacional americano ante el segundo Congreso Panamericano en 1901</i> , por Juan Pérez de Guzmán.....	87
<i>Marco Aurelio</i> , por M. Arnold.....	120
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	143
<i>Revista Hispanoamericana</i> , por Iob.....	155
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	189
<i>Nota bibliográfica</i> , por A. Posada.....	206